



DOLERSE

Textos desde un país herido

CRISTINA RIVERA GARZA

SUP+

DOLERSE

Textos desde un país herido

Dolerse
Textos desde un país herido

© Cristina Rivera Garza, 2011

Primera edición 2011
Segunda edición 2015

Editor: Saúl Hernández
Cuidado de la edición: Patricia Salinas
Galeras: Isaura Leonardo
Portada: Charles Glaubitz
Diseño editorial: Gabriela Díaz

© Surplus Ediciones S de RL de CV
Shakespeare 201
Col. Anzures, 11590
México, DF

ISBN: 978-607-8147-28-1

Hecho e impreso en México

www.surplusediciones.org



Reconocimiento – NoComercial – CompartirIgual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

DOLERSE

Textos desde un país herido

CRISTINA RIVERA GARZA

Segunda edición

SURPLUS EDICIONES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
Como quien se guarece: Horror, Estado y dolor en el México de inicios del siglo XXI	
PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	19
Con/Dolerse: Textos desde un país herido	
LOS SUFRIENTES	
I. La reclamante	29
II. Agencia trágica (<i>30 de marzo de 2010</i>)	33
III. <i>Diario del dolor</i> de María Luisa Puga (<i>6 de agosto de 2004</i>)	37
IV. La violencia y el dolor (<i>6 de noviembre de 2007</i>)	41
V. 2501 migrantes de Alejandro Santiago (<i>2007</i>)	45
¿QUÉ PAÍS ES ÉSTE, AGRIPINA?	
VI. La guerra y la imaginación (<i>31 de marzo de 2009</i>)	59
VII. El Estado sin entrañas (<i>4 de enero de 2011</i>)	69
VIII. Radiografías violentas (<i>4 de mayo de 2009</i>)	79
IX. Lo que une la sangre (<i>abril de 2010</i>)	83
X. ¿Qué país es éste, Agripina? (<i>23 de marzo de 2010</i>)	89
XI. <i>Non-Fiction</i> (<i>abril de 2012</i>)	93
XII. La mejor parte del mejor trato (<i>10 de Julio de 2012</i>)	97
XIII. Cacaluta (<i>5 de febrero de 2013</i>)	101
XIV. Las sirenas disecadas (<i>11 de junio de 2013</i>)	105

BAJO EL CIELO DEL NARCO	
XV. Horrorismo	111
XVI. La guerra que perdimos (<i>13 de abril de 2010</i>)	115
XVII. Las neo-Camelias (<i>11 de agosto de 2009</i>)	125
XVIII. El domingo más largo (<i>agosto de 2014</i>)	129
XIX. Una red de agujeros (<i>31 de agosto de 2010</i>)	141
XX. Bajo la resolana con Guillermo Fernández (<i>3 de abril de 2012</i>)	145
XXI. Bajo el cielo del Narco (<i>4 de agosto de 2009</i>)	149
ESCRITURAS DOLIENTES	
XXII. Duelo (<i>5 de abril de 2011</i>)	155
XXIII. La escritura doliente (<i>9 de febrero de 2010</i>)	159
XXIV. Escribir contra la guerra (<i>5 de julio de 2011</i>)	165
XXV. <i>Enargeia</i> (<i>25 de septiembre de 2012</i>)	169
XXVI. Seguir escribiendo (<i>junio de 2011</i>)	173
BIBLIOGRAFÍA	179

INTRODUCCIÓN

COMO QUIEN SE GUARECE:

HORROR, ESTADO Y DOLOR EN EL MÉXICO DEL
SIGLO XXI

El 14 de septiembre del 2011, despertamos de nueva cuenta con la imagen de dos cuerpos colgando de un puente. Un hombre; una mujer. Él, atado de las manos. Ella, de muñecas y tobillos. Justo como en otras tantas ocasiones, y como también lo notaron con cierto pudor en las notas del periódico, los cuerpos mostraban huellas de tortura. Del abdomen de la mujer, abierto en tres puntos distintos, brotaban las entrañas.

Es difícil, por supuesto, escribir de estas cosas. Es más, acciones como la descrita anteriormente son llevadas a cabo, de hecho, para que no se pueda hablar de ellas. Su fin último es causar la parálisis básica del horror —esa ofensa que se ejerce no sólo contra la vida humana sino también, acaso sobre todo, contra la condición humana.

En *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea* —un libro indispensable para pensar, si entender fuera imposible—, Adriana Cavarero nos recuerda que el terror surge cuando el cuerpo tiembla y huye para conservar su vida. El aterrorizado teme y, por encontrarse dentro de la esfera del miedo, busca una salida. El horror, cuyas raíces latinas nos remiten al verbo *horreo*, está más allá del miedo que con tanta frecuencia alerta

contra el peligro o conmina por lo mismo a trascenderlo. Frente a la cabeza de Medusa que es todo cuerpo despedazado hasta más allá del reconocimiento humano, el que se horroriza separa los labios e, incapaz de pronunciar palabra alguna, incapaz de articular lingüísticamente la desarticulación que llena la mirada, muerde, así, el aire. El horror vive de y en la repugnancia, asegura Cavarero. Arrebatados de su agencia a través del estupor y la inmovilidad, engarrotados en un juego de las estatuas de marfil perpetuo, los horrorizados miran y, aun mirando fijamente o precisamente por mirar fijamente, no pueden hacer nada. Más que vulnerables —una condición que compartimos todos— desarmados. Más que frágiles, inermes. Por eso el horror es, sobre todo, un espectáculo —el espectáculo más extremo del poder.

Lo que los mexicanos de inicios del siglo XXI hemos sido obligados a ver —ya en las calles, en los puentes peatonales, en la televisión o en los periódicos— es, sin duda, uno de los espectáculos más escalofriantes del horrorismo contemporáneo. Los cuerpos abiertos en canal, vueltos pedazos irreconocibles sobre las calles. Los cuerpos extraídos en estado de putrefacción de cientos y cientos de fosas. Los cuerpos arrojados desde camionetas de redilas sobre avenidas transitadas. Los cuerpos chamuscados en piras enormes. Los cuerpos sin manos o sin orejas o sin narices. Los cuerpos invisibles, incapaces ya de reclamar sus maletas en las estaciones de autobuses a donde sí llegan sus pertenencias. Los cuerpos perseguidos; los cuerpos ya sin aire; los cuerpos sin voz. Esto es el horror, en efecto. Esto es la versión actual de

un tipo de horror moderno que igual ha enseñado su cara más atroz en Armenia, en Auschwitz, en Kosovo.

En el caso de México de fines del xx e inicios del XXI, el horror va íntimamente ligado al retroceso del Estado en materia de bienestar y protección social y, consecuentemente, al surgimiento de un feroz grupo de empresarios del capitalismo global a los que se les denomina de manera genérica como el Narco. Se trata, pues, del horror de un Estado que, en pleno retroceso ante los intereses económicos de la globalización, no ha hecho más que repetir una y otra vez aquel famoso gesto de un traidor: lavarse las manos. Así es, desde la época de las reformas salinistas de 1989, y siempre violentando acuerdos centrales que la sociedad mexicana había alcanzado luego de más de una década de lucha en la así llamada era de la Revolución mexicana, el Estado neoliberal mexicano le ha dado la espalda a sus compromisos y a sus responsabilidades, rindiéndose ante la lógica implacable, la lógica, literalmente letal, de la ganancia. A ese Estado que rescinde su relación con el cuidado del cuerpo de sus constituyentes le he llamado en estos ensayos el *Estado sin entrañas*.

El Estado es, sin embargo, un verbo y no un sustantivo; el Estado, como el capital, es una relación. Cuando de manera unilateral el Estado mexicano, administrado por una enérgica generación de tecnócratas convencida de la primacía de la ganancia sobre la vida, se sustrajo de la relación de protección y cuidado para y con los cuerpos de sus ciudadanos, entonces se produjo la intemperie. Justo ahí, en el escenario de esa intemperie atroz, es que los

cuerpos de sus ciudadanos además de vulnerables —que es parte de una condición humana—, se volvieron inermes —que es una circunstancia generada artificialmente por las formas de violencia unilateral producida por la tortura. En su indiferencia y descuido, en su noción instrumental de lo político e incluso de lo público, el Estado sin entrañas produjo así el cuerpo desentrañado: esos pedazos de torsos, esas piernas y esos pies, ese interior que se vuelve exterior, colgando.

En un lúcido ensayo sobre lo que está mal en el mundo de hoy, el humanista Tony Judt equiparó el nivel de agresión y descuido que sufren los ciudadanos en sociedades donde el Estado es totalitario con las sociedades donde la carencia de Estado invita a la impunidad y a la violencia. Este último es, sin duda, el caso de México. El día que el representante del Ejecutivo emitió, en un tono cínico que aun ahora ocasiona escalofrío, la frase “¿y a mí qué?”, cuando se le pedía su intervención en materias de bienestar social, ese día se sentaron las bases culturales y políticas, sintácticas y contextuales, de nuestra peculiar forma de horrorismo.

A un Estado Pilatos que ha asumido como propia la lógica de la ganancia, se le unió, con frecuencia de manera orgánica cuando no filial, ese grupo de feroces empresarios de la primera globalización posmoderna (si tomamos en cuenta que, como argumentaba Eduardo Grüner en *El fin de las pequeñas historias*, la gran globalización moderna dio inicio en 1492). Producto en algunos casos de las desigualdades y jerarquías de una sociedad con un Estado en franco retroceso, el Narco

llevó a cabo por decenios enteros una estratégica y exitosa labor que lo validó como una entidad necesaria. Tanto la corrupción estatal como las atroces ejecuciones que se han convertido en su sello identitario han ido demostrando lo que no era tan difícil ocultar desde el inicio: los narcotraficantes son empresarios dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias —consecuencias que con frecuencia se encuentran en la intemperie donde termina la condición humana— con tal de asegurar, y sobre todo aumentar, su ganancia.

Mientras los narcotraficantes consiguen a través de la violencia unilateral y espectacular de la tortura lo que las maquilas y otras cadenas de trasnacionales intentaron a lo largo del último tercio del siglo xx, esto es, reducir al cuerpo a su estado más básico como productor de plusvalía, los mexicanos nos hemos vistos forzados a ser testigos de los hechos. Boquiabiertos, con los vellos erizados sobre la piel de gallina, fríos como estatuas, paralizados realmente, muchos no hemos hecho más que lo que se hace frente al horror: abrir la boca y morder el aire. Como bien lo recuerda Cavarero, ya Primo Levi aseguraba que los testigos integrales, aquellos que han regresado vivos de su contacto con el horror, son usualmente incapaces de articular su experiencia de los hechos. Insisto: eso y no otra cosa es el horror. Para eso existe. Ésa es su raíz. Del otro lado, sin embargo, justo en su otro extremo, está el dolor —las múltiples maneras en que el dolor nos permite articular una experiencia inenarrable como una crítica intrínseca contra las condiciones que lo hicieron posible en primera instancia.

Cuando todo enmudece, cuando la gravedad de los hechos rebasa con mucho nuestro entendimiento e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí, dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante, el lenguaje del dolor.

De ahí la importancia de dolerse. De la necesidad política de decir “tú me dueles” y de recorrer mi historia contigo, que eres mi país, desde la perspectiva única, aunque generalizada, de los que nos dolemos. De ahí la urgencia estética de decir, en el más básico y también en el más desencajado de los lenguajes, esto me duele. Porque Edmond Jabès tenía razón cuando criticaba el *dictum* de Adorno: no se trata de que después del horror no debamos o no podamos hacer poesía. Se trata de que, mientras somos testigos integrales del horror, hagamos poesía de otra manera. Se trata de que, mientras otros tantos con nosotros demandemos la restitución de un *Estado con entrañas* —el mismo objetivo tenían, por cierto, Madres de Plaza de Mayo ante las atrocidades de la Junta Militar en Argentina, y el movimiento de las Arpilleras en Chile cuando trataban de contradecir el horror de Pinochet, entre otros tantos movimientos generados por grupos alternativos de la sociedad— podamos articular la desarticulación muda con que nos atosiga el estado espeluznante de las cosas a través de estrategias escriturales que, en lugar de promover la preservación del poder, activen más bien el potencial crítico y utópico del lenguaje. Dolerse como quien se guarece de la intemperie. Dolerse, que siempre es escribir de otra manera.

Además de dolerme, no sé qué hacer. Todavía no sé con quién unirme, dónde verme, sobre qué hombro llorar. Sé que el dolor encuentra con frecuencia sus propios aliados —y una larga tradición religiosa, alejada de las instituciones más rancias del catolicismo conservador, atestigua en nuestra historia algunos de los usos más políticamente efectivos del sufrimiento social. Recuérdese, entre otros casos, el de nuestro movimiento independentista, al menos el primero, el que todavía fue capaz de aglutinar el apoyo popular. Recuérdese, entre tantos otros ejemplos, el de Tomochic y la Santa Niña de Cabora. Recuérdense, en fin, tantas cosas. Lo único cierto es que, luego de la parálisis de mi primer contacto con el horror, opto por la palabra. Quiero, de hecho, dolerme. Quiero pensar con el dolor, y con el dolor abrazarlo muy dentro, regresarlo al corazón palpitante con el que todavía tiembla este país. Frente a la cabeza de Medusa, justo ahí porque es ahí donde el riesgo de convertirse en piedra es más verdadero, justo ahí decir: aquí, tú, nosotros, nos dolemos.

Si la política, como argumentaba Jacques Rancière en *El espectador emancipado*, “consiste ante todo en cambiar los lugares y la cuenta de los cuerpos”, si la política “es la práctica que rompe con ese orden de la policía que anticipa las relaciones de poder en la evidencia misma de los datos sensibles”, entonces estos textos doloridos, estos textos dolientes, son más que un mero intento de empatía con las víctimas. Son, si son algo, un ejercicio de disenso a través del cual tendría que ser posible poner en juego una vez más, y de otra manera, “lo que es

percibido, pensable y factible”. Estos textos, quiero decir, son política. No piden conmiseración; no están sujetos al mercado de la lástima. No tratan ni de tomar la voz ni de dar voz a las múltiples voces que existen, de hecho, por sí mismas. Al contrario. Más bien, en su afán de operar en disenso de un discurso bélico que antepone a la violencia de los empresarios globalizadores la violencia del Estado, estos textos implican al dolor, especialmente al dolor del cuerpo desentrañado, para participar de la reconfiguración de “lo visible, lo decible, lo pensable; y, por eso mismo, un paisaje nuevo de lo posible”.

Un día, una tarde nublada de marzo para ser más exactos, yo estaba en un salón de clase rodeado de ventanas. A través de una de ellas, de manera por demás sorprendente, entró alguien. Era un muchacho. Dijo que venía de Oaxaca y que quería saludarme. Creo recordar que ese muchacho se quedó a la sesión en que discutíamos algunos asuntos relacionados con los métodos de la poesía documental, esa práctica de la escritura que incorpora y subvierte, que abraza y testerea el lenguaje público de los desposeídos y los sufrientes. Los que formamos parte de aquel taller terminamos produciendo un blog con textos a su vez configurados a partir de las palabras enunciadas en diversos medios por los padres y madres de los 49 niños masacrados por el fuego en la Guardería ABC, localizada en Hermosillo, Sonora. Tiempo después, ese mismo muchacho que atravesó una ventana como si fuera una puerta, me pidió algo imposible —que es lo único que vale la pena pedir. Saúl Hernández, ése es su

nombre, me pidió que articulara en un libro mis ideas sobre la situación del México actual. No quería a la historiadora; tampoco a la escritora. Saúl quería a la ciudadana que es a la vez, que no puede dejar de ser, ni una historiadora, ni una escritora, ni una madre, ni una hija, ni una mujer de luto. Me tomó sólo un par de minutos entender que ése y no otro sería mi siguiente libro. Lo imposible es a veces así. Retomé cosas que había escrito y publicado, así como textos que se quedaron sin ver la luz del día. Incluí poemas y crónicas y ensayos personales. No respeté un orden cronológico, pero puse bastante atención en su orden de aparición. Su diálogo interno. Su derivación. Todavía convencida de que el libro debe ser una experiencia táctil, como lo quería Mark Rothko de toda práctica plástica, quise que aquí entrara el aire. El aire del presente. En efecto, esto no se acaba sino hasta que se acaba. Y sí, algo huele mal en Dinamarca. Aquí.

Frente a Medusa, que también es una cabeza separada de su cuerpo; frente a Medusa que también es una mujer decapitada, evado el espejo, que es otra manera de evadir a la piedra, y acepto las consecuencias, todas humanas y todas últimas, de las palabras. Éstas son mis oraciones.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN
CON/DOLERSE: TEXTOS DESDE UN PAÍS HERIDO

1

Me gustaría que este libro no existiera.

Y qué extraño, y qué justo, iniciar un libro deseando su desaparición.

Es en serio: me gustaría que no hubiera razones para la existencia de este libro. Me gustaría que no fuera necesario volver a insistir sobre este libro. *Dolerse*. Me gustaría que no fuera éste el país herido desde donde parten estos textos también heridos. Me gustaría que no tuviéramos que dolernos, que no tuviéramos que hacer propio el dolor ajeno y volver ajeno el dolor propio para seguir adelante incluso en medio del horror. Pero es preciso. Condolerse es preciso. Las razones están aquí, desbordándose en el día a día de una nación que se sacude ante sus propias contradicciones, su propias limitaciones, sus propias masacres. Condolerse, que no es el discurso de la victimización ni mucho menos de la resignación, sino una práctica de la comunalidad generada en la experiencia crítica con y contra las fuentes mismas del dolor social que nos aqueja, que nos agobia, que acaso también nos prepare para alterar nuestra percepción de lo posible y lo factible.

Me gustaría que este libro no existiera, pero existe. Se trata, como la primera vez, de un libro sobre el dolor.

Alrededor de él. En su centro. Se trata de palabras sueltas y palabras tomadas, de oraciones gramaticales y espirituales y estéticas, de párrafos concatenados que intentan, a su vez, concatenarse a otros fuera de la página, en la calle de nuestros días, en las voces que van a parar, tumultuosas, en los pabellones de nuestras orejas. Se trata de un libro que es, a su vez, una conversación, una visita, una insistencia. Un sampleo. Un *loop* y un remix. Y una alterada alteración. Somos más ahora: Yásnaya Elena Aguilar Gil, Marina Azahua, Amaranta Caballero Prado, Elda Cantú, Roberto Cruz Arzabal, Irmgard Emmelhainz, Verónica Gerber Bicecci, Mónica Nepote, Diego Enrique Osorno, Javier Raya, Ignacio Sánchez Prado, Alexandra Saum-Pascual, Ingrid Solana, Eugenio Tiselli y Sara Uribe; autores de México y España y Estados Unidos han contribuido con sus propias reflexiones y procesos para acrecentar la capacidad de nuestra escucha. Por desgracia, somos más; por fortuna.

Y, como todo libro es un libro vivo, hemos trastocado el original —quitando o añadiendo textos, reconsiderando el orden de las cosas— para conectarnos de manera más pronta, más íntima, con todo lo que nos compete. La primera curaduría de este libro se llevó a cabo durante los momentos más álgidos de la guerra calderonista. Aunque la gravedad de nuestras circunstancias no ha disminuido, el paso del tiempo y, sobre todo, las discusiones desatadas debido al aumento de la movilización de la sociedad mexicana, abrieron el campo de visión y de escucha. A medida que el trabajo del pensamiento se volvía más y más colectivo, los pronombres en plural

demandaron su justo sitio. Y otros frentes de crítica se asomaron con insistencia: la defensa del medio ambiente, por ejemplo. Por desgracia, las escrituras dolientes se extendieron para cruzar la frontera con el trabajo artístico de Alejandro Santiago, o para ponernos de luto por el homicidio del poeta y amigo Guillermo Fernández.

2

Lo sabíamos desde antes, pero lo sabemos ya sin lugar a dudas ahora, especialmente después de las tragedias del 2014. La mortífera tarea que se propuso el neoliberalismo desde 1988 —reducir al Estado a sus funciones meramente administrativas— se ha llevado a cabo con todo éxito. Se trata de un éxito macabro y horripalante, en efecto. Pero el neoliberalismo nunca prometió otra cosa; nunca, en todo caso, para las mayorías de este país.

Estamos, ciertamente, frente a un régimen que poco a poco pero sin descanso alguno se ha encargado de dismantelar las bases mismas de esa relación social que es el Estado. Enrique Peña Nieto no ha dejado ningún proyecto cardenista en pie. Ha atacado por igual la protección ecológica del Nevado de Toluca (un logro del gobierno de Lázaro Cárdenas que otorgó el *status* de parque nacional a unas 53 mil hectáreas del volcán Xinantécatl en las afueras de Toluca en 1938), así como las escuelas normalistas rurales, dentro de las cuales se cuenta ahora, con sumo dolor, la de Ayotzinapa. Ha atacado la educación pública y, tras admitir la explotación de recursos

naturales a través del *fracking*, también ha puesto en riesgo a nuestro medio ambiente. Nuestro entorno. Las reformas energéticas y económicas son mucho más visuosas y más imperiales en su afán de ceñirse a la máxima de la ganancia a toda costa, pero éstas se llevan a cabo y se materializan a través de una dilapidación milimétrica, de un desmantelamiento casi quirúrgico del Estado mexicano.

Cada que se menciona al Estado recuerdo el famoso “Tratado de nomadología” que Deleuze y Guattari incluyeron en sus *Mil mesetas*. El capítulo es complejísimo, pero entre otras cosas anteponen ahí el objetivo de producción y permanencia de los órganos de poder del Estado contra la velocidad y la naturaleza nómada de las máquinas de guerra que lo cuestionan. No sé si ahora mismo, con todas las heridas que sufre el país a causa de la violencia desatada por la guerra calderonista y ahora peñanietista, el término *guerra* sea el más afortunado, pero sí creo que lo que hemos presenciado estos meses entre el fin de 2014 y el inicio de 2015 —esas caudalosas marchas de tribus enteras que avanzaron por las calles de varias ciudades del mundo en apoyo a Ayotzinapa— tenían toda la pinta de ser máquinas nómadas listas para cuestionar las bases mismas de un Estado que gusta de presentarse a sí mismo como todopoderoso, omnipresente y, sí, eterno. Ya lo decía Claudio Lomnitz en un artículo reciente: “Lo cierto es que en México la fantasía del Estado omnipotente le ha servido durante demasiado tiempo a demasiada gente. El Estado mexicano siempre ha tenido serios límites de poder, pero esos límites han

sido siempre cuidadosamente ocultados y negados”.¹ Y, desde una óptica más teórica, lo decía también Michael Taussig en un libro fabuloso que se llama *The Nervous System: la ficción en el centro del corazón del Estado* bien podría ser su realidad más esencial.

Una gran diversidad de documentos históricos de inicios de siglo xx dan cuenta de algo que resulta asombroso en nuestros días: la conciencia plena de los gobernantes de épocas pasadas —no sólo los de la así llamada izquierda, como Lázaro Cárdenas, sino incluso de presidentes francamente asociados con fuerzas más conservadoras como el general Plutarco Elías Calles— acerca de su tarea como partícipes de esa relación social a la que denominamos como Estado. En efecto, ellos tenían todavía muy frescos en la memoria, no sólo mental sino también corporal, esos muchos años de batallas libradas en distintas regiones del país, y tampoco olvidaban el millón de mexicanos (son datos de estadística oficial) que perdió la vida en esa década de movilizaciones, violencia, hambre. Los gobernantes actuales han olvidado todo eso; y lo han hecho con toda intención y con una disciplina a prueba de balas. Cuando el neoliberalismo optó por la ganancia a toda costa, aliándose a ese conjunto de capitalistas salvajes que son los grupos antes conocidos como narcos, los gobernantes le dieron la espalda a los acuerdos con los que iniciamos una nación, según consta en la Constitución de 1917. Ese olvido es

¹ Claudio Lomnitz, “La unidad se tendrá que construir (por un servicio civil universal obligatorio)”, *La Jornada*, 12 de noviembre, 2014.

imperdonable. Es un olvido donde queda la responsabilidad del Estado por el bienestar de la ciudadanía: una ética de co-responsabilidad y de cuidado. Valdría la pena preguntarles a esos intelectuales liberales que tanto abogaron por la reducción del Estado (ellos decían que en nombre de la libertad, pero ahora sabemos que era en nombre de la mayor ganancia para los muy pocos) qué harán o qué hacen ahora que su reducción del Estado ha mostrado su cara más cruel: la cara desollada de los estudiantes más pobres.

Es de suyo significativo que la serie de movilizaciones con que terminamos el 2014 e iniciamos el 2015 demanden la aparición, la participación y la responsabilidad del Estado. Justo como las madres de la Plaza de Mayo en Argentina antes, o las arpilleras en Chile a fines del siglo pasado, al exigir que el Estado cumpla con sus funciones, que responda por la protección de la ciudadanía, ciñéndose a una ética del cuidado civil, se demanda en realidad otra relación política. Acaso, incluso, otro entendimiento de lo político en cuanto tal.

3

En efecto, iniciamos el 2015 con una serie de movilizaciones sociales que, entre otras cosas, indica que la parálisis en la que nos sumió el horrorismo de la guerra neoliberal también ha llegado a su fin. Las familias y los jóvenes y los trabajadores y los estudiantes y los profesionistas y los artistas y las amas de casa y las adolescentes

y los niños y todos los que han colocado su cuerpo junto a otros cuerpos en el foro público de ciudades y pueblos nos dicen, con toda claridad, que el momento de imaginar otro régimen ha empezado ya. Imaginar, en este caso, es conversar y es dirimir y estar de acuerdo en que no estaremos de acuerdo. Es el momento, sin duda, de la micropolítica —el momento de recordar otra vez las bases mismas de esa comunalidad que ha dado vida y resistencia a tantos pueblos indígenas (y no) a lo largo y ancho del país.

Lo decía Jaime Martínez Luna, un antropólogo originario de Guelatao de Juárez (Oaxaca): la comunalidad es lo opuesto a la individualidad, somos territorio comunal no propiedad privada.² Lo recordaba Tajëew Díaz Robles (@TajeewDR), politóloga procedente de Tlahuitoltepec, una comunidad en la sierra mixe de Oaxaca que se ha regido por su propio sistema normativo y sin la intervención de partidos políticos desde al menos 1936: donde hay asamblea hay comunalidad. 1. Reunámonos en barrios, colonias, cuadras, trabajo o comunidades en asamblea. 2. Definamos la comunidad que deseamos construir. 3. Definamos las problemáticas. 4. Definamos cómo resolverlas. 5. Manos a la obra. Lo decía Eugenio Tisselli (@sautiyawakulima), poeta y activista urbano y rural: 1. Comunalidad. 2. Renta básica. 3. Protección del trabajo y producción local. 4. Justicia ambiental. 5. Desmonetarización del trabajo semiótico.

² Ver, por ejemplo: Jaime Martínez Luna, “Comunalidad y autonomía”. Recuperado de http://eramx.org/Estudios_y_proyectos/RecupBosq/Comunalidad_y_Autonomia.pdf

México cuenta con una de las historias de resistencia social más dinámicas del globo terráqueo. No por nada hemos logrado sobrevivir a una de las vecindades más desiguales y crueles del siglo xx. Y, para llevarlo a cabo, una gran diversidad de comunidades han echado mano de un gran abanico de estrategias tanto económicas, sociales y culturales que les ha permitido estar sobre esta tierra con dignidad. Conocer todas y cada una de esas estrategias nos hará bien para los tiempos venideros. Ya sea para leer libros o para producir otras relaciones de lectura, ya sea para producir otros tipos de existencia, esas vidas más justas y más plenas que son nuestro derecho, tenemos que aprender de los que saben. Tenemos que oír; aprender a oír. El momento de la micropolítica es, también, el gran momento de la escucha social.

Los sufrientes

I. LA RECLAMANTE

**Discúlpeme, Señor Presidente, pero no le doy
la mano
usted no es mi amigo. Yo
no le puedo dar la bienvenida
Usted no es bienvenido
nadie lo es.**

*Luz María Dávila, Villas de Salvárcar, madre de Marcos
y José Luis Piña Dávila de 19 y 17 años de edad.*

**No es justo
mis muchachitos estaban en una fiesta
y los mataron.**

*Masacre del sábado 30 de enero en Ciudad Juárez,
Chihuahua, 15 muertos.*

**Porque aquí
en Ciudad Juárez, póngase en mi lugar**

Villas de Salvárcar, mi espalda, mi fulmínea paradoja

**hace dos años que se están cometiendo asesinatos
se están cometiendo muchas cosas**

cometer es un verbo fúlgido, un radioso vértigo, un
letárgico tremor

se están comiendo muchas cosas y nadie hace algo.
Y yo sólo quiero que se haga
justicia, y no sólo para mis dos niños

los difuntos remordidos, los fulmíneos masacrados, los
fúlgidos perdidos

sino para todos. Justicia.

Encarar, espetar, reclamar, echar en cara, demandar,
exigir, requerir, reivindicar

¡No me diga “por supuesto”, haga algo!
Si a usted le hubieran matado a un hijo,
usted debajo de las piedras buscaba al asesino

debajo de las piedras, debajo de piedras, debajo de

pero como yo no tengo los recursos

limosnas para las aves, mis huesos
mi carne
de tu carne mi carne

póngase en mi lugar, póngase
mis zapatos, mis uñas, mi calosfrío estelar

**no los puedo buscar porque no tengo
recursos, tengo
muertos a mis dos hijos**

Byagtor: entierro a cielo abierto que significa literalmente “dar limosnas a los pájaros”.

Tengo mi espalda. Mi lágrima. Mi martillo.
No tengo justicia. Póngase
en su sitio: Villas de Salvárcar, ahí
donde mataron a mis dos hijos.

Usted no es mi amigo, ésta
es la mano que no le doy, póngase
Señor Presidente
en su lugar, le doy
mi espalda

mi sed, le doy, mi calosfrío ignoto, mi remordida ternura,
mis fúlgidas aves, mis muertos

Y la mujer bajita, de suéter azul, salió del salón limpiándose las lágrimas.

* Textos de Luz María Dávila, Ramón López Velarde, Sandra Rodríguez Nieto y Cristina Rivera Garza.

II. AGENCIA TRÁGICA

Suele ser difícil escribir sobre el dolor. Los riesgos al tratar de aprehender sus contextos sociales y de encarnar sus quiebres y recovecos humanos, como lo recordara Susan Sontag en *Ante el dolor de los demás*, van desde el amarillismo fácil hasta la sentimentalidad achacosa —formas de interpretación que, en lugar de provocar una respuesta implicada o una empatía activa, más bien transforman cualquier escena de sufrimiento en un estereotipo o una pétrea lejanía. Se trata de mecanismos interpretativos que por lo regular se rinden ante el estado de las cosas o, peor aún, que lo reproducen ya en su crudeza o en su impotencia o en su verticalidad. Contra este tipo de construcciones, emergieron hacia el último cuarto del siglo xx estudios que privilegiaron la perspectivas de los más débiles y, en su caso, el de las víctimas. En su afán por ofrecer la otra versión, la perspectiva alternativa, la mirada que iba de abajo para arriba, muchos de estos análisis transformaron al sufriente en un héroe, incluso a pesar de sí mismo. Así, enfatizando la agencia social —capacidad del ciudadano de producir su propia historia a través de estrategias tales como la resistencia, el acomodo o la negociación—, estos estudios se convirtieron, queriéndolo o no, en narrativas de heroísmo: relatos más bien lineales y positivos en los que el agente no sólo aparece como proactivo sino que

también se orienta hacia resultados concretos, por no decir oportunos. ¿Y qué se hace entonces con el individuo que lo intenta pero no lo logra y, habiéndolo no logrado, entonces desiste? ¿Dónde se coloca a la persona que, devastada por el sufrimiento, sólo atina a enunciarlo y, aun entonces, entrecortadamente? Los estudios acerca del sufrimiento social, un campo interdisciplinario del que se fue oyendo más y más hacia finales del xx, han intentado, de hecho, buscar respuestas a este tipo de preguntas. Entre otras cosas, a mí me han hecho pensar en otro tipo de agencia. Sin ser pasivo, pues un acto siempre es un acto, este agente clama por una denominación alternativa: trágico.

Como término que necesariamente remite a *La poética* de Aristóteles y que a menudo representa el fatalismo en el discurso común (pues en una tragedia, el héroe es destruido), la tragedia exhibe “la relación entre el sufrimiento y el gozo en un universo que con frecuencia es percibido, en mejores términos, como adverso, y en peores términos, como radical en su hostilidad hacia la vida humana”. Tanto si es celebrada como un deleite dionisiaco, al estilo de Nietzsche, como si es lamentada como un mundo que lucha contra la voluntad de la humanidad, la tragedia incluye el importante concepto de purificación, “por piedad y temor”, en términos de Aristóteles; el proceso a través del cual las limitaciones humanas son reconocidas y aceptadas. Sin embargo, como ha señalado Karl Jaspers, la tragedia funciona cuando revela “alguna verdad particular en cada agente y, al mismo tiempo, las limitaciones de esta verdad, con [el] fin

de revelar la injusticia en todo”. Este poder revelador ha conducido a Raymond Williams, con Bertold Brecht en mente, a percibir la tragedia a través de las lentes tanto del sufrimiento como de la afirmación.

“Tenemos que ver no sólo que el sufrimiento es evitable sino que no es evitado. Y no sólo que el sufrimiento nos destruye sino que no necesita destruirnos... Contra el temor de una muerte general y contra la pérdida de conexión, un sentido de vida se afirma, aprendido tan cerca del sufrimiento como nunca en el gozo, una vez que las conexiones son establecidas”. Estos elementos trágicos, es decir, el énfasis en el sufrimiento y en los límites de la experiencia humana que subrayan el encuentro de fuerzas antagónicas capaces de alterar las jerarquías que las mantienen en su sitio, han demostrado ser particularmente útiles para el análisis social de las revoluciones.

En el México moderno, donde las generaciones pos-revolucionarias han convertido la Revolución de 1910, con más o menos éxito, en una épica oficial y fundamental, muy poca atención sería prestada a sus trágicos orígenes y a sus sujetos trágicos. Las narrativas dolientes, en las cuales, como en la tragedia, “el detalle del sufrimiento es insistente, así sea por violencia o por la reconfiguración de las vidas por un nuevo poder en el Estado”, proporcionan esa oportunidad al lector. Como han señalado los estudiosos que trabajan en el campo emergente e interdisciplinario de los estudios del sufrimiento social, el sufrimiento es una acción, una experiencia social y cultural que implica los más ominosos

aspectos de los procesos de modernización y globalización. Al considerar que las formas locales de sufrimiento, establecidas históricamente, “merecen atención seria”, estos expertos evaden las representaciones de quienes sufren como víctimas inadecuadas, pasivas o fatalistas. Así, en lugar de privilegiar “los devastadores daños que la fuerza social puede infligir en la experiencia humana”, los estudios más recientes hacen hincapié en las distintas maneras en que los sufrientes identifican, soportan y desenmascaran las fuentes de su desgracia.

Mi comprensión del agente trágico, más una aproximación que un concepto en sí, pretende vislumbrar lo que parece tener sentido en tantas narraciones de padecimientos del hospital psiquiátrico: que el sufrimiento destruye pero también confiere dignidad, un estatus moral más alto, a quien sufre. Como en una ocasión dijo Jorge Luis Borges: “Los hombres siempre han buscado la afinidad con los troyanos derrotados y no con los griegos victoriosos. Quizá sea porque hay una dignidad en la derrota que a duras penas corresponde a la victoria”.

III. DIARIO DEL DOLOR DE MARÍA LUISA PUGA

Hace un par de años, cuando todavía daba clases en San Diego State University, organicé el seminario “Social Suffering and Redemption in Historical Perspectives” (Sufrimiento y redención social en perspectivas históricas) —una clase para estudiantes de posgrado en la cual explorábamos algunas de las maneras en que distintas sociedades han producido y experimentado la materialidad y el simbolismo del dolor. Empezamos leyendo ese magnífico libro de Elaine Scarry, *The Body in Pain* —una lectura cuidadosa de documentos producidos alrededor de la tortura política—, seguimos con *The Culture of Pain* de David Morris —con interesantísimas interpretaciones de la cultura popular del dolor— y, al final de la primera sesión, hablamos sobre el volumen editado por Arthur Kleinman, *Social Suffering* —uno de los libros que, sin duda, ha propiciado el inicio oficial de los así llamados estudios sobre el sufrimiento humano. Así, con la ayuda de estos tres libros, llegamos a plantear los enigmas a los que luego, con cada nueva lectura, acabaríamos regresando sin remedio alguno a lo largo del semestre. Si el dolor ocurría más allá del lenguaje, como argumentaba Scarry, ¿qué silenciaba entonces? Si las experiencias dolorosas cambiaban de sociedad en sociedad y de época histórica a época histórica, ¿qué había, si había algo, de esencial en él? ¿De qué manera producía

el dolor al cuerpo y no viceversa? Si es necesario hablar sobre eso que no se podía hablar, ¿cómo discurrir acerca del dolor sin volverlo una mercancía o una fórmula de intercambio? Todas y cada una de estas preguntas, y muchas más que había olvidado, están presentes, de esa manera punzante, de esa ardiente manera, en el *Diario del dolor* que publicara en 2004 la escritora mexicana María Luisa Puga —un libro en el que no sólo queda plasmada su relación cotidiana con la artritis reumatoide crónica, sino también con la escritura. Una afección. Dos.

Repartido en 100 entradas breves, entrecortadas, frágiles como un hueso, el libro no avanza ni retrocede sino que se encuentra suspendido en ese vacío que la autora compara con el “haberse quedado en la anestesia”. Sin sentimentalismos, evadiendo en lo posible una nostálgica edad de oro en la que el dolor todavía no tenía nombre, y saltándose también la teleológica visitación del origen, lo que María Luisa Puga consigue en este texto es de una exquisita crueldad: no sólo hace hablar al dolor sino que, escritora al fin y al cabo, habla con él. Lo obliga a ponerle atención y, al final, debido a su propia escritura, lo incita a enamorarse de sí mismo con el mismo “regocijo narcisista” de los entrados en años. Su *Diario del dolor* es esa conversación silenciosa, ese diálogo a gritos mudos, este tú a tú que la doliente establece, de manera activa y sin misericordia alguna, con su otro Otro, su símil, su sombra interna. Su Dolor. Porque lo cierto es que, desde que apareció, desde que se dio a conocer, es decir, desde el mismísimo inicio de este diario, tal como queda anotado ahí, la autora no volvió a estar sola.

Más que un padecimiento, un romance. O, mejor aún: un padecimiento y un romance. El romance que es todo padecimiento. En estas páginas, el dolor irá sustituyendo a la novela —porque la novela se lleva, tiene razón Puga, como una aureola dentro y fuera de la cabeza— y a los amigos y al cuerpo mismo y, eventualmente, a lo real. Contra lo que nunca puede Dolor es, claro está, contra la escritura. Convertida en ese tercero apocalíptico que ve y registra, la escritura estabiliza el ángulo desde el cual Puga se dirige a Dolor. “Me mira insistente”, dice la autora de la escritura, “diciéndome: yo te reconozco perfectamente, tú a mí todavía no, pero lo harás, me canso si no. Yo acepto sin mayor resistencia, pero no hago nada. Me dejo estar”. Dolor, como bien lo anota luego la autora, se muestra “escéptico frente al cuaderno”. Y, al menos por esos momentos manuscritos, los dos se dan la espalda. Se diría, incluso, que la escritura les permite descansar.

En descripciones hechas en la suspensión de juicio al que la empuja Dolor, María Luisa Puga relata cómo tiende la cama o cómo avanza por su casa en una silla que tiene ruedas pero que no es silla de ruedas. Todo esto sin el menor asomo de autocompasión. Todo esto con un austero sentido del pudor. Con el tentativo caminar de quien se adentra en un mundo privado. ¿Y qué decir de la manera en que le duelen las sillas? ¿Cómo aproximarse siquiera al escozor que produce la arruga de la sábana? ¿De qué manera imaginarse al bastón que recoge la tapa diabólica del shampoo? ¿Cómo no quedarse con el libro entre las manos, la mirada suspendida en algún otro vacío

que cuelga de otra cuerda floja, cuando Puga describe al HOMBRE (las mayúsculas son suyas) que la acompaña y le facilita la vida con las siguientes palabras: “Me siento muy bien en la camioneta, sólo que a veces lo miro de reojo y sé que le sucedió algo: una embolia que le paralizó todo el lado derecho, o sea yo”.

Aceptar o someterse a los dictados de Dolor es aceptar, como decía Judith Butler del luto, que todo cambiará. Éste es el diario de esa clase de aceptación. Aquí la autora se dirige a Dolor —ya con rabia o con resignación, ya con ganas de no verlo nunca o extrañándolo cuando aparenta irse, ya en el coloquialismo de la chanza o las instrucciones de uso destemplado— como el Otro para quien la puerta está, finalmente, abierta. Ésta es tu casa. Ésta es la casa de ellos. Ésta es, por gracia de la palabra, nuestra casa también. La casa de la transformación más ardua. La casa donde el cuerpo cae.

IV. LA VIOLENCIA Y EL DOLOR

Hace poco más de un par de décadas, diversos grupos de antropólogos, filósofos, médicos, historiadores, entre otros tantos analistas de lo social, trajeron al campo de los estudios culturales el tema del dolor individual e íntimo que muchas veces se transforma en una cicatriz muda pero evidente, y el dolor social que marca la historia y el presente de las comunidades en las que vivimos. Aglutinados alrededor de desgracias tanto individuales como sociales (del exilio a la hambruna, de la tortura a los desastres naturales, de la violación sistemática a la guerra), estos analistas empezaron por enfrentar uno de los problemas que, a juicio de Susan Sontag en su muy famoso ensayo *Ante el dolor de los demás*, ha impedido la comprensión cabal, es decir, la comprensión cabalmente política, de la experiencia humana del sufrimiento, a saber, el creciente valor de cambio y la glamourización de la violencia. ¿Cómo evitar tanto el morbo como la indiferencia cuando se trata del dolor ajeno? ¿Qué hacer para transformar el acto de ver un cuerpo destrozado (en la calle, por ejemplo) en algo que no sea puro voyeurismo o vacía fascinación? ¿De qué manera evadir el sentimentalismo artero con el que con tanta frecuencia se explota el dolor ajeno con fines de auto-agrandamiento? ¿Cómo evadir el shock comercial de la violencia y tocar, y trastocar si es del todo posible, el mundo de los sufrientes?

No se trata, por supuesto, de cerrar los ojos o apagar el televisor. La solución no consiste en hacer como si esto (esto que es la violencia en el mundo contemporáneo) no estuviera pasando. Sontag recurre, de manera convincente, a las series de fotografías que Sebastião Salgado ha realizado acerca de las migraciones contemporáneas y los procesos de trabajo en el mundo actual para señalar los riesgos en los que incurre la cámara y el fotógrafo y aquellos que miran las imágenes de la cámara del fotógrafo cuando se toca, sin tocar, el dolor de los otros. Argumenta Sontag que, en el contexto de una creciente comercialización en el que se exhibe su trabajo, Salgado representa a los sin poder como, efectivamente, sin poder, agrandando el sufrimiento al grado de producir parálisis en lugar de empatía. Salgado, además, sustrae el nombre de las víctimas, excluyéndolos así de una autoría que, en sentido estricto, les pertenece. Los sufrientes, esto habrá que recordarlo, están interesados en que se represente su sufrimiento y también, a veces sobre todo, en representarlo ellos mismos. Esta manera de ver el dolor, continúa Sontag, se basa en y a su vez produce dosis cada vez mayores de pasividad, aunada por supuesto a “ese cinismo de las clases cultas”, tan proclives a cuestionar incluso el estatuto de “realidad” de mucho del sufrimiento humano.

Ante la reificación y la rapiña, ante el cinismo y la indiferencia, nada como reconocer por principio de cuentas —esto es lo que sugiere Sontag como inicio de un paliativo que consiste en la contextualización puntual, es decir política, de la desgracia— que si justo en este

momento somos capaces de ver el dolor de los otros (en la nota roja, en la televisión, en una pintura, un grabado, un libro) es porque somos privilegiados y ese privilegio —este privilegio— está conectado de maneras directas e íntimas, de maneras jerárquicas e injustificables, de maneras desiguales e históricas, con el dolor ahora observable de los otros. Localizar estos múltiples vínculos para ponerlos sobre la mesa de discusión del nosotros sería, así, una manera de evitar la glamourización de la violencia para recordar tantas veces como sea necesario que el dolor es un fenómeno complejo que, por principio de cuentas, cuestiona nuestras nociones más básicas de lo que constituye la realidad. El dolor paraliza y silencia, es cierto, pero también satura la práctica humana y, en ocasiones, la libera, produciendo voces que, en su profundidad o desvarío, nos invitan a visualizar una vida otra, en plena implicación con los otros.

De la violencia al dolor: cuatro puntos varios:

1) Sólo una historiografía centrada en el cuerpo puede albergar estudios sobre el dolor: cuando estudiamos el dolor en realidad estamos acercándonos con todas nuestras herramientas teóricas y metodológicas al cuerpo.

2) El cuerpo dolorido habla, pero habla a su manera. Habla entrecortadamente. Titubea. Tropieza. Pausa. Hay que encontrar una manera de escribir (una manera de representar) que emule y encarne esa manera de hablar.

3) Debido a su complejidad, el dolor va directamente contra las dicotomías que hacen tan fácil el uso o admiración por la violencia. El dolor nos saca del terreno de la violencia: el dolor arroja a la violencia con su manto de humanidad.

4) El dolor no sólo destroza sino que también produce realidad: de ahí que sus lenguajes sociales sean sobre todo lenguajes de la política: lenguajes en que los cuerpos descifran sus relaciones de poder con otros cuerpos. Es con frecuencia a través de la religión y la reproducción social que el lenguaje del dolor se convierte en un productor de significados y legitimidad.

V. 2501 MIGRANTES DE ALEJANDRO SANTIAGO

1

Hace miles de años, en lo que ahora es la provincia china de Xian, un emperador que se preparaba para morir, y para extender su reino a la otra vida, ordenó a sus artesanos que reprodujeran, en tamaño natural, a todos y cada uno de los miembros de su ejército. Con materiales locales y en bien organizados equipos de trabajo, los artistas no sólo dotaron a cada pieza de un rostro único, volviéndolas así personas, sino que también colocaron entre sus manos las armas que su jerarquía precisaba. El efecto de realidad de la pieza en su conjunto fue tanta que, años después de la muerte del odiado emperador de Qin, una horda de campesinos luchó cuerpo a cuerpo contra los soldados de terracota, despojándolos de su armamento e hiriendo, se diría de muerte, a muchos de ellos.

Caminar entre las piezas que Alejandro Santiago y un equipo de 32 artistas-trabajadores han ido diseñando y produciendo en los últimos seis años en su rancho-taller El Zopilote, ubicado en Santiago Suchilquitongo, una comunidad cercana a la convulsa capital del estado de Oaxaca, produce una sensación similar: la sensación de hallarse entre seres extrañamente vivos que, de un momento a otro y de preferencia entre traguitos de mezcal, empezarán a contar historias de sus travesías entre éste y

el otro lado de la línea. Fantasmagóricos y aterradores a la vez, frágiles como el material que los compone, pero ciertos en el aire que los envuelve y sólidos en el espacio que ocupan, los migrantes de Santiago cruzan sobre todo una frontera: la muy delgada y quebradiza línea de lo que con frecuencia se denomina como realidad.

“A veces los veo desde lejos”, dice Santiago con esa voz de paso que resbala con gran lentitud sobre un suelo de tierra, “y me da la impresión de que están platicando”. Emplazados en las lomas que franquean el rancho-taller o apostados a lo largo del camino de entrada al mismo, los migrantes, sin duda, observan todo con cautela. De dimensiones humanas y con rostros que no retratan sino que evocan una realidad tanto interna como externa, las piezas no sólo son parte del paisaje sino también de la incesante conversación que ellos mismos provocan. “Éste es un niño como de doce, sano él, pero se nos cayó”, medio susurra Santiago señalando, no sin gravedad, la pierna rota de una de las piezas. Con historias propias, es decir, con identidad, los cuerpos de barro podrían, incluso, causar temor. No es difícil imaginar al oficial de migración que, años antes de la muerte del odiado emperador, apunta su arma contra el migrante de barro que, con rostro alucinado y tatuajes de la virgen de Guadalupe sobre la espalda, intenta cruzar una vez más, siempre una vez más, esa línea tan móvil y equívoca que une y desune al país más rico del mundo y su vecino pobre del sur, a la pesadilla y al sueño, a lo que está y a lo que está a punto de irse, al ahora y al más allá.

Cada uno de los migrantes de barro de Alejandro Santiago lleva una firma: el aspecto de los pies. Cada una de esas firmas no es de Alejandro Santiago. Cada firma —una línea curva que se extiende hasta el astrágalo, una hendidura simétrica entre los dedos, el atisbo apenas de una uña— es una seña de identidad: la de los 32 jóvenes mixes y mestizos que, gracias a que laboran en el rancho-taller de Santiago, no han tenido que emigrar, como tantos otros, hacia el norte. Ganando un promedio de 3,600 pesos mensuales, una cantidad nada despreciable en un entorno rural donde hasta el agua escasea, los trabajadores e incluso los familiares de Santiago aseguran a la menor provocación y sin ánimo adversativo que ésta o aquéllas son piezas suyas. Para comprobarlo no hay más que mirar con cuidado los pies.

En los *Escritos Económico-Filosóficos* de 1844, el entonces joven filósofo Karl Marx se explayaba con característica pasión acerca del proceso de trabajo en tiempos regidos por los avatares de esa relación de poder que es el capital. Decía el muchacho de temperamento abismal que el trabajo, al transformar la naturaleza en sociedad, era la única y verdadera fuente de nuestra humanidad. En una sociedad ideal, es decir, en aquélla en la que el trabajo y el objeto del trabajo todavía le pertenecen al trabajador, trabajar y crear serían una y la misma cosa, uno y el mismo proceso. En ese tipo de sociedad un trabajador podría enunciar, justo como la cuñada de Santiago frente un grupo de doce piezas a medio terminar:

“ésta son mías”. Algo en el tono entre natural e irrevocable de su afirmación obliga a repensar los límites del concepto de autoría.

Más que productos del trabajo, los 2501 migrantes de Alejandro Santiago son, ante todo, trabajo, el proceso en sí y para sí. Regidos por las dotes administrativas de Zoila Santiago, esposa del artista, los artesanos ponen tanto esmero en construir los cuerpos de barro como en atender, todo a su tiempo, vacas y borregos y guajalotes que en su incesante ir y venir por entre las milpas no dejan de observar, sin asombro aparente, las piezas terminadas. Son ellos los que mezclan el material que yace en costales a un costado del taller y ellos los que, con base en el método de ensayo y error aunque siempre dirigidos por Santiago, fueron encontrando las posiciones adecuadas para que los hombres y mujeres de barro pudieran sostenerse en pie. Los jóvenes artesanos saben cuando una pieza está lista y, entonces, la introducen al horno para que adquiera la consistencia y el color de un cuerpo humano. Entre una cosa y otra, los muchachos también tienen acceso en el mismo rancho a los instrumentos musicales que Santiago ha ido adquiriendo con el afán de formar algún día una banda de música norteña.

A medio camino entre el ágora y la pequeña empresa (no lucrativa), el proceso de producción de los migrantes de barro reta, y por retar cuestiona, el proceso de producción de los migrantes de carne y hueso. Si el primero responde a las necesidades humanas de la localidad, proveyendo a sus integrantes con una oportunidad para permanecer, es decir, para reproducir a la comunidad; el

segundo responde a las necesidades del capital norteamericano, provocando una diáspora que, en Oaxaca como en tantos otros estados de México, ha ido dejando tras de sí un rosario de pueblos fantasma. No es mera coincidencia, o en todo caso es una co-incidencia de la política contemporánea, que ése sea el contexto original del proyecto de Santiago: una plaza vacía por donde se deslizan los espectros de los cuerpos que ya no están. Ahí, acaso como aquel Juan Preciado que vino a Comala porque le dijeron que acá vivía su padre, un tal Pedro Páramo, Alejandro Santiago se puso a discernir los murmullos de los idos y a desear, como se desean estas cosas, con vehemencia, su súbita aparición. Del deseo de verlos una vez más, del deseo de tenerlos cerca, codo a codo en la brega diaria o en el eco de la carcajada compartida, del deseo, también, de hacer justicia, fueron naciendo uno a uno los migrantes de barro que, en número, son los mismos que habrían muerto intentando cruzar la línea fronteriza entre México y los Estados Unidos hasta el año en que Santiago, vía la garita de Otay en Baja California Norte, hizo lo mismo. Dos mil quinientos también era el número de familias que, según recuerda Santiago, conformaban su pueblo. Dos mil quinientos murmura, con toda seguridad, el hombre que sigue sentado en la plaza del pueblo fantasma, deseando. Dos mil quinientos más el que sigue. Dos mil quinientos más el que Alejandro Santiago quiere retener, con oportunidades de trabajo que son oportunidades de vida, en sus pueblos de origen en Oaxaca.

En el último de los tres manuscritos que Marx elaboró en 1844, el joven filósofo aseguraba que “la formación

de los cinco sentidos es un trabajo de toda la historia universal hasta nuestros días”. El hombre, como se decía entonces, aprende a ver y, viendo, produce el ojo y el objeto de la visión del ojo. Lo mismo sucede con el olfato, el sabor, el tacto. Al pasar la yema de los dedos sobre el barro de los migrantes de Santiago es fácil caer en la impresión de que en ese contacto se concentra, efectivamente, toda la historia universal hasta nuestros días. Que ahí se concentra una eternidad vuelta política.

3

Una convulsa belleza surca los cuerpos de los migrantes de barro que salen del rancho-taller El Zopilote. Más que hermosos, apabullantes. De manos recogidas y tatuajes acaso místicos en la espalda, las figuras de hombres, mujeres y niños comparten con una suerte de expresionismo original el sentido interior del drama y del grito. Ahí hay algo contenido que amenaza con desmoronarse en cualquier instante. El barro, traído expresamente de Zacatecas, otra entidad que en México se caracteriza por el alto número de trabajadores que parte hacia los Estados Unidos, puede, en efecto, volverse lodo o polvo o nada bajo el embate del clima y el paso del tiempo. El barro, que Alejandro Santiago utiliza como un maleable bastidor, puede abrirse, para no cerrarse jamás, en las tajaduras que van apareciendo sobre los rostros y los torsos de los migrantes. Heridas en flor. Señas de identidad. Mapas.

Lejos del realismo que comandaba los diseños de los artesanos de la corte del emperador Qin, los rostros de los migrantes de Santiago parecen emerger de un purgatorio privado o de un mundo todavía por nacer. Extraídos, sin duda, del mundo alucinante de su pintura, estos rostros son únicos, ciertamente, pero son, a la vez, acaso por lo mismo, irreconocibles. Quien desee realmente verlos tendrá que aproximarse y cerrar los ojos y volver a abrirlos. Quien desee ver, tendrá que introducirse por las múltiples ranuras del barro y ocupar, desde dentro, el lugar de la cara que mira la manera en que es vista. Estos rostros, como lo decía el filósofo francés Emmanuel Levinas, requieren. La cara, en efecto, clama. La cara, por el mero hecho de existir, precisa de una respuesta: “el movimiento gratuito de la presencia”. Quien desee ver se implicará.

De texturas rugosas que invitan al tacto, los migrantes de Santiago se integran a una larga tradición de escultura en barro en el estado de Oaxaca. Entre las figuras zoomorfas dentro de las cuales crece la chía y las mujeres moldeadas a mano que produjo la desaparecida alfarera de Atzompa, Teodora Blanco, hay un lugar para estos hombres y mujeres que regresan de un viaje largo. De hecho, no sería del todo descabellado pensar que las sirenas de barro negro y las tanguyús de Tehuantepec comparten el mismo universo táctil y delirante de los hombres y mujeres de barro de Alejandro Santiago. Hay algo en ellos de alucinación y rejuego; algo de la estridencia de la carcajada popular y algo del popular recogimiento de los pueblos. Algo en ellos también hay de

ese Frankenstein que, ya conminado por la imaginación, perdió su camino entre las trémulas fronteras globales. Algo de rígido Atlante convertido en mujer. Algo de maniquí que se niega al comercio. Algo de cyborg y de mutante. Algo de ese alien *from planet Mexico* que continúa su paso.

Como si se defendieran de los transparentes peligros del aire, las manos de los que migran se recogen sobre el pecho, prefigurando acaso la posición que adquirirán cuando finalmente, y esto en el pueblo desde cuya plaza vacía fueron invocados, descansen.

4

Mike Davis, el agudo crítico norteamericano y autor, entre otros tantos libros, del ya clásico *City of Quartz*, alguna vez sostuvo que el muro fronterizo no era más que una especie de espeluznante espectáculo político. Eficaz sólo para justificar la violencia del cruce y para reforzar, luego entonces, las dinámicas del poder generadas por el imperio, el muro no ha podido hacer lo que hacen los muros: suspender el flujo, detener el paso, contener la materia. El muro fronterizo no ha podido ni podrá evitar el cruce incesante de los hombres y mujeres que requieren la economía y el estilo de vida de los Estados Unidos. Esto lo saben muy bien los migrantes oaxaqueños, para quienes el viaje hacia el norte se ha ido convirtiendo al paso de los años y las generaciones en una forma de vida para comunidades enteras. Reitero:

una forma de vida. Porque a los riesgos reales del tránsito entre los dos países, a las dificultades propias del desierto y la saña de la explotación, muchos de estos migrantes, como analiza la socióloga Laura Ortiz Velasco en “Agentes étnicos transnacionales: las organizaciones de indígenas migrantes en la frontera México-Estados Unidos”, han antepuesto sus propias formas de organización comunitaria para apropiarse de las realidades que su trabajo contribuye a reproducir. Aunque las estadísticas de oaxaqueños en Estados Unidos varían (las cifras en diversas fuentes van desde los 30 hasta 500 mil migrantes), la mayoría de ellos se concentra en California. Introduciendo no sólo un lenguaje, o en muchas ocasiones dos, sino también formas de socialidad y protesta en los campos y ciudades del vecino del norte, la comunidad oaxaqueña forma parte de lo que tanto militantes como analistas han denominado la **mexicanización de Estados Unidos** —ese proceso paulatino pero inexorable que a muchos provoca ansiedad y a otros tantos, no siempre los más, expectación.

Pero toda esa fuerza y tradición que ha asegurado, a pesar de las circunstancias adversas, la supervivencia dignificada de la transmigración oaxaqueña ha sido posible sólo a expensas de su presencia entre intermitente y fantasmagórica en la región de origen. Sus cuerpos no están o sólo están a veces sobre las veredas que los vieron nacer. Apariciones súbitas. Sus manos no toman la herramienta que puede horadar la tierra para producir maíz, agave, frijol. Sus ojos no ven los rines oxidados de un carro que alguna vez funcionó. Aquel juguete. Sus

pies no se introducen con curiosidad o devoción en las aguas curativas de Hierve el Agua —dos cascadas petrificadas de carbonato de calcio de grandes dimensiones y dos pequeños manantiales de agua carbonada (lo cual quiere decir que son verdiazules). Sus voces. Sus ecos. Los 2501 migrantes de Alejandro Santiago son, fundamentalmente, una meditación sobre esa ausencia. Los 2501 migrantes son un trabajo, en realidad, sobre los alcances del cuerpo que no está.

Mucho se ha hablado sobre la nostalgia del que parte, pero pocas veces se ha explorado, y mucho menos con barro, la larga melancolía del que se queda. ¿Qué ve en realidad el testigo del lento proceso del deterioro, la paulatina configuración de la ruina, la siempre fugaz alegría del reencuentro? ¿Cómo se experimenta en carne propia el proceso a través del cual la realidad se vacía? Cuando uno camina por entre los cuerpos de barro de los migrantes no puede evitar pensar que se encuentra ante el trabajo del niño solitario pero inventivo que, a fuerza de puro deseo, tuvo que construir a sus propios compañeros de juego. Hay algo de esa energía infantil y voraz en el diseño de los cuerpos, especialmente en la manera en que cuelga el sexo masculino y en cómo el sexo femenino se abre en dos. Dicotomía fulgurante. Hay algo de esa energía desatada e imposible en los cuerpos de barro que nos los traen de regreso. Y para recibirlos e invocarlos al mismo tiempo, para seguir jugando ese juego tan extremo que se llama vida, Alejandro Santiago irá colocando a sus 2501 migrantes en Teococuilco de Marcos Pérez, en la sierra norte de Oaxaca, un pueblo

que con su presencia, que es toda ausencia, dejará de ser fantasma para volverse pura intervención. Y si ése no es el poder del arte, ¿qué es? Y si esto no es una forma de resistencia, ¿qué es?

5

En ese largo estudio sobre las dinámicas personales y políticas del dolor humano que es *The Body in Pain*, especialmente en el capítulo que le dedica a la tortura, Elaine Scarry analiza con singular atención el lugar del interrogatorio en la producción de una confesión que siempre, por necesidad, será la que quiere oír el representante del poder, es decir, que será, aun siendo verdadera, falsa. Una impostura que responde a una imposición. Un trueque que, según testimonios varios, termina produciendo no sólo culpa sino un sentido de traición y, aún más, de auto-traición. El interrogatorio fronterizo que tiene como objetivo producir, a través de la constante confirmación, una identidad única, pareciera cumplir, dicho sea esto guardando todas las proporciones del caso, una función similar: yo soy ése que aparece ahí, tendrá que asegurar el migrante frente a su documento de identidad. El que aparece ahí soy yo, repetirá. Y todo eso, aunque a veces sea verdad, tendrá que ser, por necesidad, porque eso es lo que quiere escuchar el representante del poder, falso. Una impostura que responde a una imposición.

Dice Alejandro Santiago que pocas veces se ha sentido más desnudo que frente a un oficial de migración.

No dice que el interrogatorio es una arma del imperio que le hiere el cuerpo, pero lo sugiere. Lo que sí dice es que ésa es una de las razones por las cuales sus migrantes de barro van desnudos: todos ellos están ahí permanentemente, en la garita, impostándose a sí mismos, respondiendo. Todos ellos están cruzando. Gerundio eterno. Y yo que he pasado tantas veces por ese trecho y que, aún así, sigo padeciendo ese sutil desconcierto y esa suerte de horror que provoca el tener que comprobar quién soy, quién de entre todas las que soy soy, me quedo mirando a los cuerpos de barro y, súbitamente, me siento parte de ellos.

Y es entonces que tú, que es otra forma de decir yo, nos ves.

¿Qué país es éste, Agripina?

V. LA GUERRA Y LA IMAGINACIÓN

En uno de los capítulos que componen *El legado de la pérdida*, la novela que Kiran Desai —escritora nacida en la India con residencia en Estados Unidos e Inglaterra— publicó en 2006, Gyan, un joven e improvisado tutor de matemáticas, se une casi por casualidad al Ejército de Liberación de Gorkha. Como muchos habitantes de Nepal, Gyan ha resentido tanto el colonialismo británico como el de la India, pero la tarde en que llegará a formar parte de una marcha de protesta, se debe más a que conoce a muchos de sus integrantes —antiguos compañeros de colegio— que a convicciones netamente políticas. Mientras avanza con ellos por las calles de Kalimpong, alzando su voz junto a las otras voces, llega primero la sensación vertiginosa de estar haciendo historia y, luego, casi de inmediato, la sensación de estar actuando a estar haciendo historia. El desdoblamiento lo abate. De pronto, mirándose desde afuera, no puede dejar de notar los elementos cotidianos de sus calles con una melancolía que en mucho se parece al cariño: el tráfico, los comercios locales (los sastres sordos, los herreros, la farmacia homeopática), la loca que pasa corriendo. “Y luego, viendo hacia las montañas, se salió de la experiencia otra vez. ¿Cómo puede cambiarse lo ordinario?”, se pregunta. Mientras recuerda la manera en que los pobladores de la India se unieron para demandar el desalojo

de la presencia británica en la península, recordando la gloria y el riesgo que forma parte de la médula latente de la India liberada, Gyan reflexiona: “¿Si una nación ha tenido tal clímax en su historia, en su corazón, no tendrá hambre de eso otra vez?”.

Suelo hacerme preguntas similares de cuando en cuando, especialmente en un año que, como 2009, se aproxima al cierre de los ciclos de 100 años que marcan el surgimiento de los movimientos de Independencia y de Revolución en México, iniciados cada uno, al menos formalmente, en el número 10 del nuevo siglo. Me hago esas preguntas de manera por demás ahistórica, pues, en un año que ha comenzado con una ola de violencia que las generaciones urbanas nacidas hacia finales del siglo xx sólo hemos conocido de oídas, en los relatos de los abuelos o en ciertas novelas o ciertos libros de historia o, incluso, en películas. La historia, todo parece indicarlo, ya está de regreso de su sueño de progreso y globalización. Despierta, la historia se pasea por las calles de la ciudad o las veredas de los campos con su hambre a cuestas. Fauces en vela. La historia nos recuerda, como siempre, que somos mortales. Que hay cosas irresueltas.

En *Los grandes problemas nacionales*, el detallado análisis de la historia mexicana que Andrés Molina Enríquez publicara en 1909, éste argumentaba que el gran problema de México no era, como decía Francisco I. Madero en su libro *La sucesión presidencial*, la democracia o, más precisamente, la falta de democracia, sino la tierra. En su opinión y con base en datos históricos de larga duración, el problema de México no era, luego

entonces, meramente político sino profundamente material: la propiedad de la tierra. A mayor concentración de la tierra, mayor desigualdad. A mayor concentración de la riqueza en pocas manos, mayor explotación del trabajo. A mayor explotación del trabajo, mayor posibilidad de violencia popular. Al contrario de lo que esgrimía el hijo de hacendados norteros educado en París, Molina Enríquez creía que, de no resolverse, esta desigualdad seguiría llevando al país una y otra vez a los ciclos de violencia ancestral. El problema no se resolvía, pues, en las urnas, sino en el contexto en que se producían esas urnas.

Habrá que recordar que, de acuerdo con algunos historiadores, la conquista de México coincidió, de hecho, con una ola de sublevaciones populares contra el poderío azteca, cada vez más distante de sus gobernados. Si las crónicas indígenas de la época son dignas de confianza, habrá que recordar que no sólo los españoles llamaron “perro” a Moctezuma, y que fueron sus propios congéneres quienes le arrojaron las piedras que lo acabarían. Habrá que recordar también que, de entre todas las movilizaciones que resultaron en las independencias de Latinoamérica, sólo la mexicana se convirtió, al menos entre 1810 y 1815, bajo el liderazgo de Hidalgo y de Morelos, en un verdadero intento de revolución estructural. Basta leer ese maravilloso documento *Los sentimientos de la nación* (somos una nación en cuyas letras iniciales se desliza, en efecto, la palabra sentimiento) para darse cuenta de lo que reside en la médula misma de este país: igualdad entre las razas, distribución de la

tierra, devoción a la Virgen de Guadalupe. Y habrá que recordar que, justo como lo argumentaba Molina Enríquez en su grueso tratado, aun cuando Madero llegó a ser presidente de México, la falta de apoyo popular, marcada por la distancia establecida por Zapata en el Plan de Ayala, lo llevó directamente, y sin metáfora de por medio, a la muerte.

¿Qué se sentía vivir en esos tiempos? ¿De qué manera se fragua, desde la vida cotidiana, una revolución? En palabras de Gyan, el personaje de Kiran Desai: “¿Cómo es posible cambiar lo ordinario?”. Según algunos, aquellos que mantienen la teoría de la bola, todo se resume con frecuencia en el efecto de la bola de nieve —un proceso acaso “natural” y en todo caso irracional al que son afectas las clases populares de un país. Alguien empieza sabiendo poco o muy poco, y otros, sabiendo todavía menos, lo siguen. ¿Por qué? Por seguir a La bola. Algunos historiadores han trabajado de manera más o menos explícita con este tipo de nociones. Y la misma idea no deja de estar presente en *Los de abajo*, la famosa novela de Mariano Azuela en la que un doctor civilizado de la clase media citadina llega a asquearse ante la ferocidad sin agenda de los campesinos y soldaderas con los que convive durante los años de la gesta revolucionaria. No todas las visiones de la Revolución, sin embargo, son tan clasistas (y racistas y chovinistas). Hay también los que han argumentado que son las disparidades estructurales, ya económicas, políticas o culturales, las que palpitan en el corazón de un levantamiento. Eso, por supuesto, y la esperanza. ¿Quién que no crea que hay

algo mejor adelante, en ese otro lugar que no es el aquí, puede dejar su casa una mañana y levantarse en armas? ¿Quién que no crea que hay algo más por ganar, porque en lo que hay todo está perdido, puede empuñar el arma que terminará con esa otra vida que representa todo un sistema de muerte?

De entre todas las descripciones de la época, me quedo con la de Nellie Campobello en *Cartucho*, ese libro inclasificable cuyos ojos de niña nos hacen ver no sólo lo que pasaba en el norte mexicano a inicios de siglo xx, sino lo que sucede en todo el país cien años después, a inicios del xxi. Mis hombres muertos. Los juguetes de mi infancia. Mis decapitados. Sin sentimentalismos, con una austeridad que sin duda alguna resulta exasperante, la niña registra la violencia cotidiana de una manera que ni los novelistas de la época ni los historiadores de otra han logrado emular. Aunque todos ellos hablan, con mayor o menor grado de fascinación, de la violencia, sólo la niña la ve. Ahí está la naturalidad con la que emerge en las calles (mis juguetes de la infancia), la cruenta cotidianidad de su paso. ¿Estará ya la novelista de finales del xxi pensando en los “decapitados” que aparecen en las calles y en la televisión y en la prensa como los juguetes de su infancia? ¿Ella los ve ahora con el mismo desasimilamiento, la misma contundencia que Campobello le adscribe a su joven personaje femenino? ¿Conocerá ya, esa niña, el miedo? ¿Sabrá ya que no debe apartarse de sus padres en el supermercado porque la pueden secuestrar o habrá asistido ya al funeral en el que se despidió del padre o madre de algún amigo? ¿Sabe ya, esa niña, que

no puede salir de tarde o de noche a la ciudad porque la ciudad, ese amasijo de calles, no le pertenece a ella ni a las que son como ella, extirpada pues de su ciudadanía? ¿Ha sentido ya esa futura novelista el palpitar alocado del corazón cuando pasa vertiginoso el comando militar y, luego, la sirena de la ambulancia, y luego, el silencio que todo lo sepulta en la noche más negra? ¿Sabe ya esa novelista de finales del XXI que la escritura más letal del México en el que nació no está en los libros sino en las mantas que aparecen, a lo largo y ancho de todo el país, en las ciudades más remotas y en las más pobladas, con amenazas diversas?

Dice Sarah Ahmed en *The Cultural Politics of Emotion*, que el miedo es una de las experiencias a la que recurren los políticos con gran frecuencia para servir a sus propias agendas. Maleable, el miedo alerta ante el peligro, en efecto, pero sentido por mucho tiempo, también adormece. Paraliza. Una sociedad con miedo es una sociedad que baja la vista. El que tiene miedo prevarica. Presa del temor, el miedoso escucha ruidos que, en la noche, se alargan exasperantes hasta la madrugada, y en el día se acomodan al andar de los pasos. El que tiene miedo pierde la mejor parte de su energía preparándose contra golpes que no son, en su caso, imaginarios. Agazapado dentro de sí, aguarda el momento crucial —la decisión que, aunque nimia, o tal vez por nimia, desatará el fin del mundo personal. Pocas cosas como el miedo nos hacen conscientes de las cruentas repercusiones de cada diminuto acto: estar parada en esa esquina, haber vuelto la cabeza, conocer a cierta persona, haber

coincido en una fiesta. Todo eso puede convertirse, al pasar del tiempo, en la causa de ese disparo, aquel secuestro, esta violación. En expansión, descomunalmemente agrandadas, cada decisión de la vida cotidiana no deja de ir teñida por la paranoia. El miedo aísla. El miedo nos enseña a desconfiar. El miedo nos vuelve locos. Con las manos dentro de los bolsillos y con la cabeza gacha, el que tiene miedo se transforma así en la herramienta por excelencia del *status quo*.

Acaso el ejemplo más explícito del uso político del miedo en los tiempos contemporáneos haya sido la desvergonzada manipulación que el ex presidente Bush hizo del ataque contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. Arengando a una guerra santa contra el Islam y promoviendo el odio que alimentó en primera instancia a la agresión misma, Bush sumió a Estados Unidos en un trance de pánico que desactivó la energía creadora, políticamente creadora, de sus habitantes. Congregados bajo la bandera de un patriotismo de cabeza gacha y ojos cerrados, los estadounidenses se acostumbraron con gran naturalidad a ser esculcados en los aeropuertos y ser registrados en sus domicilios privados. La disidencia, como bien se sabe, fue acallada bajo el pretexto de traición —y esto lo experimentó en carne propia Susan Sontag cuando, con característica valentía, se atrevió a cuestionar la uniformidad de criterios a la que apelaba y que consiguió el ex presidente. Conminar a una guerra, santa o no, siempre tiene consecuencias. Conminar a una guerra, contra el Islam o contra el narcotráfico, siempre tiene consecuencias. Todas ellas

funestas. Con base en el miedo y multiplicando, a su vez, ese miedo, las guerras a las que nos invitan los de arriba (para utilizar la terminología azueliana) son siempre, como lo enunciara de manera magistral Henry Miller, “la mejor parte de un mal trato”. Ahí nosotros, aunque parezca lo contrario, no tenemos nada que ganar. Ahí, de hecho, bajo la apariencia de estar ganando (seguridad, estabilidad, protección) estamos, en realidad, perdiendo. Lo sabe el soldado que muere en servicio y lo sabe el que fue rozado por la bala que iba dirigida a otro; lo sabe la mujer a la que levantaron, así se dice, de la calle, nada más por haber andado en la calle y lo sabe el motorista al que esculcan hasta la saciedad en el cruce fronterizo; y lo sabe el que atiende los funerales, y lo sabe la futura escritora que ya desde ahora ha aprendido a mirar. A mirar esto.

Fue un italiano, Alessandro Baricco, quien en la introducción que escribió para su apropiación contemporánea de la *Iliada*, el paradigmático texto de Homero, nos provocó a pensar de maneras alternativas contra la guerra. Ha existido siempre, alegó, está en los huesos de las civilizaciones más diversas: la adrenalina de la guerra, la excitación de la guerra, el canto hipnótico de la guerra. Sólo cuando, como sociedades, podamos inventar algo más excitante, más riesgoso, más aventurero, más revolucionario, podremos decir que, en verdad, estamos contra la guerra. Una forma de pacifismo radical. Una tenaz provocación, ciertamente. Entre mis pocas virtudes no está la de la profecía y cuento, para colmo de males, con un pobre sentido de la propedéutica política,

por eso me detengo aquí, en el eco que emerge de la provocación que, desde las páginas intervenidas de la *Iliada*, nos lanza Baricco.

Con Andrés Molina Enríquez, ese positivista de inicios del xx, repito a inicios del xxi lo que ya era cosa sabida entonces: sólo cuando el problema de la desigualdad social sea debidamente atendido estaremos de verdad atendiendo el corazón de esa nación (con sentimientos) que se llama México. Con Alessandro Baricco repito: si queremos ir más allá de una guerra basada en el miedo cuyo fin es producir más miedo, más nos vale imaginar algo más excitante, más rabioso; algo más lleno de adrenalina. Con los situacionistas de hace unos 50 años repito que nuestra tarea no es llamar a la guerra (o atender un llamado por la guerra) sino producir desde abajo y en comunidad una vida cotidiana dinámica y creativa, emocionante y plena. Y es justo ahí donde entran, de manera humilde y hasta discreta, las palabras: las palabras escritas: los libros dentro desde los cuales saltan a la vista y, de ahí, al cuerpo entero y a la imaginación. El que imagina siempre podrá imaginar que esto, cualquier cosa que esto sea, puede ser distinto. He ahí su poder crítico. El que imagina que, al caminar por las calles de Ciudad Juárez está, en efecto, caminando por las calles de Bagdad, también puede cuestionar la naturalidad con la que suelen presentarse la militarización de las ciudades. El que imagina sabe, y lo sabe desde dentro, que nada es natural. Nada inevitable. Apuesto que aquella niña, la futura novelista del xxi, también lo sabe.

VI. EL ESTADO SIN ENTRAÑAS

El 29 de noviembre de 1939, una joven paciente que escribía desde el “Pabellón 26 M.4 bis, Altos” dirigía un oficio a Rodolfo Faguarda, entonces gobernador del Territorio Norte de Baja California, cuyas oficinas se encontraban en el Palacio de Gobierno de Mexicali, B.C. Con letra muy bonita, respetando las líneas de los renglones invisibles, la señorita, puesto que así firmaba, le describía en detalle la situación de su salud, que era, al mismo tiempo, la situación de su cuerpo. La situación de sus entrañas.

“En virtud de haber esperado más de un año en reposo en este hospital esperando una curación radical y no pudiendo lograrlo, me ha sugerido el Dr. Jefe de este Pabellón le escriba a Ud, Señor Gobernador, anunciándole que es necesario que yo vuelva a la Baja California, que mi enfermedad no quiere ceder pero tampoco avanza, que los análisis de expectoración están siempre negativos, así como los análisis de sangre, metabolismo basal, también negativos. Por otra parte el clima de este lugar me tiene con gripa y una tos rebelde que tiende a ser asmática, y que a pesar de todo no hay peligro de contagio. En cuanto al estómago es una constipación crónica. También las manchas blancas son crónicas. No pudiendo hacer algo de mi parte, le pido a Ud, encarecidamente, tome mi asunto de su parte.”

El Oficial Mayor firmó el acuse de recibo de esta carta el 30 de noviembre del mismo año, archivándola con el número 14508 del expediente 852/641.1/856. A lápiz, en los márgenes de la carta original, una mano anónima escribió un día después: “Transcribirlo al C. Secretario de la Asistencia Pública, suplicando le tenga a bien ordenar se atienda a este Gob. informe acerca del estado actual de salud de la enferma así como sobre la necesidad que haya de que deje el Hospital en que se encuentra. Copia a la interesada”.

Un par de meses más tarde, el 17 de febrero de 1940, el Oficial Mayor transcribía un oficio dirigido al C. Secretario General de Gobierno del Territorio Norte, en el que se detallaba el estado de salud de la señorita paciente. De nueva cuenta, los detalles sobre la situación de su cuerpo abundaron: “tos espasmódica, disnea de esfuerzos, constipación crónica”.

La señorita, por otra parte, no cejó en sus empeños. Hacia finales de diciembre, por ejemplo, le informaba al Sr. Gobernador del estado de sus dientes: “que están todos picados, y cuatro muelas que hay que poner”. En otros oficios, algunos desde el sanatorio de Zoquiapan, también se extendía sobre un resfriado o la bronquitis que la había hecho “guardar cama algunas semanas”. Lo primero que llamó mi atención fue un oficio del 16 de julio de 1941, en el que la Señorita Firmante le informaba al Sr. Gobernador que pronto la operarían en el Hospital General.

“Me van a hacer una operación de plastia, es decir, me van a sacar cuatro costillas, probablemente me la harán pronto. Como yo no podré avisarle luego del resultado, suplico a Usted Señor Gobernador encarecidamente; me haga favor de informarse en Asistencia Pública de esta capital sobre mi estado de salud. Dios quiera que quede con vida y salud. Yo no tengo deseos de que me operen. También no quisiera que hicieran autopsia de mi cuerpo después de muerta. Pido a Usted Señor Gobernador interceda por mí con su valiosa influencia, que me den sepultura en algún Pabellón, sin que mi cuerpo lo reduzcan a cenizas”.

La correspondencia entre la Señorita Firmante y las distintas instancias del Estado, tanto a nivel estatal como federal, es más larga y, con toda seguridad, requiere de un análisis más cuidadoso. Pero me detengo aquí, donde dio inicio el estupor y, luego entonces, el interés, porque es justo aquí que aparece una y otra vez, con justificado temor, y acaso injustificada confianza, el tema del destino de su cuerpo. El reposo final de sus entrañas. Al entender de una mujer de avanzada edad y sin familia a la cual recurrir, ese destino final no era ni una cuestión menor ni meramente personal en sentido estricto. Sus entrañas eran una cuestión de Estado.

Si hay que creerle a los historiadores sociales, mucho de lo escrito hacia y desde el Estado mexicano de finales del siglo XIX se hizo con el lenguaje de la medicina. Ya como urbanistas de hecho o como legisladores de oficio, los médicos no sólo auscultaron el cuerpo social,

sino que también atrajeron los cuerpos de los ciudadanos hacia la camilla, tanto figurativa como real, del Estado. Nombrar el cuerpo, sobre todo ese interior del cuerpo al que denominamos entraña, fue uno de los pasos que primero se cuentan en las triunfantes historias de la profesionalización de la medicina y varias de sus ramas (la psiquiatría entre ellas, pero también la ginecología). El sistema de hospitales públicos que formó parte importante de la estructura de los gobiernos posrevolucionarios no hizo sino aumentar la relación entrañable del Estado con la ciudadanía. Que la relación entre el Estado y el ciudadano era entrañable para ambas partes es lo que se trasmina, y es tal vez lo que más impresionante, en los oficios de la Señorita Firmante: la certeza, ya fuera real o ficticia, ya de facto o buscada, de que el cuidado y el destino de su cuerpo era, en efecto, una cuestión de Estado.

Pienso en los numerosos oficios que la Señorita Firmante le dirigió al Señor Gobernador y en los numerosos acuses de recibo y respuestas transcritas que fueron emitidas desde la oficina de ese Señor Gobernador mientras veo la fotografía del cuerpo de una mujer que pende, ahorcada, de un puente peatonal en Monterrey, Nuevo León. Es el último día de 2010 y hay algo, además del cuello de la mujer, definitivamente roto en esa imagen. Hace ya mucho que los gobiernos de la posrevolución dieron lugar a los del Estado benefactor y, éstos, a los del Estado neoliberal. Hace cuánto fue que Fox dijo, famosa o infamemente según sea el color de la camiseta del que recuerde: ¿y a mí qué? En la atroz realidad que

se resume en esa frase yace parte de la explicación de la creciente violencia que desde y contra el cuerpo se ejerce en el México de nuestros días. Cuando el Estado neoliberal dejó de lado su responsabilidad con respecto a los cuerpos de sus ciudadanos, cuando dejó de “tomar de su parte” el cuidado de su salud y el bienestar de sus comunidades, se fue deshaciendo poco a poco, pero de manera ineluctable, de la relación que se había establecido con y desde la ciudadanía a partir de los inicios del siglo xx. La impunidad de un sistema de justicia ineficiente y corrupto sólo ha ido confirmando el fundamental desapego y la brutal indiferencia de un Estado que sólo se concibe a sí mismo como un sistema administrativo y no como una relación de gobierno. Ésta es, pues, mi hipótesis: el Estado neoliberal, hasta ahora dominado por gobiernos panistas, pero de ninguna manera limitado a esa tendencia partidista, no ha establecido relaciones de mala entraña con la ciudadanía, sino algo todavía a la vez peor y más escalofriante: el Estado neoliberal estableció desde sus orígenes relaciones sin entraña con sus ciudadanos. La así llamada guerra contra el narcotráfico, que no es otra cosa sino una guerra contra la ciudadanía, ha catapultado ciertamente el espectáculo de los cuerpos desentrañados tanto en las ciudades como en el campo, pero de otra manera no ha hecho sino llevar a su lógica consecuencia la respuesta a la cínica pregunta foxiana: si a ti qué, a mí menos. Y ahí está como prueba, entre otros tantos casos, el del cuerpo de la mujer que cuelga del puente peatonal que va de la primera a la segunda década del siglo xxi.

No cabe duda de que los herederos reales, o en todo caso más literales, del priismo del siglo xx han sido los cárteles del narcotráfico. Usurpando el lenguaje popular de la protesta (desde la manta sesentera hasta su debatible identificación con las capas más desprotegidas de la sociedad) y estableciendo relaciones de clientelismo con ciertas comunidades muy bien elegidas (el intercambio de ciertas mejorías urbanas por apoyo social, por ejemplo), esos empresarios exitosos del mundo globalizado participan de una interpretación del capitalismo como capitalismo descarnado. Si al Estado qué, a ellos menos. Y aquí, justo en esto, el Estado neoliberal y el Narco están más que de acuerdo. Si hay que elegir entre la ganancia y el cuerpo, la decisión final será siempre por la ganancia. Confirmando las tesis que Viviane Forrester esgrime en *El horror económico*, tanto al Narco como al Estado neoliberal les queda claro que el trabajo, y el cuerpo humano que llevaba a cabo ese trabajo en el sentido más amplio del término, en el sentido del trabajo como proceso de transformación del mundo y subjetivación de la realidad, ya no es esencial ni para el funcionamiento del capitalismo ni para la sobrevivencia del planeta. Si a ti qué, que se sigan despedazando entre ellos. Los cuerpos.

Releo los oficios que la Señorita Firmante le envió desde distintos hospitales públicos al gobernador de una zona remota del Estado mexicano allá, hacia mediados de otro siglo. Releo la manera en que la mujer enumera sus dolencias, mostrando sin pudores ficticios y con mucho cuidado el nombre de los órganos de su cuerpo. Los pulmones. Los dientes. Los huesos. Releo la

forma en que renuncia a convertirse en cenizas y vuelvo a detenerme, sorprendida. Sólo alguien que vive en un mundo donde el cuerpo ha sido finalmente desbancado por la ganancia podría suspirar de esta manera frente a los nombres internos de un cuerpo. Solamente alguien que ha visto ya demasiadas entrañas sobre las calles —cabezas, dedos, orejas, sangre— podría leer este oficio del dominio público como una carta de amor entre el Estado y la ciudadana. Sólo alguien que ha iniciado la segunda década del siglo XXI con la imagen casi consuetudinaria de un cuerpo colgando, cual péndulo, de un puente peatonal, podría pensar que estos documentos son, en realidad, constancia de una cosa entrañable.

No me conmina la nostalgia, aclaro. No escribo yo ahora alrededor de unos cuantos oficios que inmiscuyen a las entrañas y el contraste escandaloso con la realidad evidente de un *Estado sin entrañas* para invocar un regreso a un mítico pasado donde las cosas se imaginan como mejores o menos crueles. ¡Antes por lo menos no veíamos las cabezas rodando por los suelos! ¡Antes los fotógrafos guardaban las imágenes de los ahorcados para la nota roja y a nadie se le ocurría ponerlas en sociales! Estoy al tanto, cual debe, de que las relaciones que el Estado mexicano estableció justo a inicios de la etapa posrevolucionaria, y que he optado por denominar como entrañables, pronto dieron pie a formas de cooptación y subordinación social que en mucho sirvieron para pavimentar el terreno de donde surgiría el Estado neoliberal, ése que ya no tomó “de su parte” el cuidado del cuerpo y, por ende, de la comunidad. Estoy al tanto.

Lo que sí quiero escribir hoy, muy a inicios del 2011, justo cuando “una adolescente de 14 años de edad fue encontrada en matorrales del municipio de Zitlala”, según reporta *El Universal*, o cuando @menosdias, el contador de muertes, reporta en un *tweet*: “Coyuca de Catalán Guerrero 31 de dic. 4 hombres murieron durante los últimos minutos de la noche mientras acudían a una fiesta en las canchas”, o cuando se habla en los diarios con desenfado de las más de 30 mil muertes que nos ha costado la así llamada guerra contra el narcotráfico, es que mucho me temo que ningún cambio de gobierno, ninguna reforma en el sistema de justicia, logrará transformar el espectáculo del cuerpo desentrañado hasta que el Estado —que somos una relación encarnada, es decir, una relación viva entre cuerpos— no esté dispuesto a aceptar la responsabilidad que le viene desde el contrato que se estableció a través de la Constitución de 1917. Ante el cínico y criminal “¿y a mí qué?” de los gobiernos neoliberales, habrá que responderle con las voces de los dolientes de nuestros tiempos: a ti, sobre todo, sí, ciertamente, pero a todos por igual. Los cuerpos son cosa de nuestro cuidado. Las entrañas son materia de nuestra responsabilidad. Los muertos son míos y son tuyos. La responsabilidad del representante del poder ejecutivo es, en efecto, ejecutar, pero ejecutar viene del latín *exsecutus*, participio pasivo de *exsequi*, que quiere decir consumir, cumplir. Ejecutar no quiere decir matar.

Yo no sé si, en efecto, el cuerpo de la señorita que le escribía oficios al gobernador del territorio norte de la República Mexicana fue sepultado o, contra su voluntad,

se redujo a cenizas. Lo que me sigue sorprendiendo, y esto en tanto ciudadana de un Estado sin entrañas, es esa correspondencia tan larga entre la paciente-ciudadana y las instancias gubernamentales que, queriéndolo o no, creyendo que era su deber o no, atendieron las peticiones y los reclamos. Esas respuestas que declaraban, a su modo, a mí sí. Todo por un cuerpo. Todo por la relación todavía existente, aunque admitidamente imperfecta, entre el cuerpo y el Estado. Todo por las entrañas. Es el olvido del cuerpo, tanto en términos políticos como personales, lo que le abre la puerta a la violencia. Son los ex humanos los que la atravesarán.

VIII. RADIOGRAFÍAS VIOLENTAS

Como si se trataran de violentas radiografías, los desastres naturales tienden a poner de manifiesto males que la vida cotidiana vuelve —con sus prisas y sinsabores, con sus encuentros y rutinas— transparentes. Se requiere una cierta cantidad de olvido y una que otra estrategia de distracción, después de todo, para soportar una realidad no sólo imperfecta —ése sería, de hecho, el menor de los males— sino esencialmente injusta y mezquina; en resumen: insoportable. Así, aunque todos vivamos al tanto de los juegos sucios que componen no pocos de nuestros rituales, y aunque participemos ya pasiva o activamente en muchos de ellos, es más común hacerse el desentendido que poner una atención ya estética o ética no sólo a lo que nos rodea, sino también a las bases mismas de eso que nos rodea y, por rodearnos, nos funda. Pocos eventos, pues, nos obligan a desarrollar una conciencia del entorno de manera más rápida y puntual como los fenómenos que, fuera de nuestro control, nos avasallan, provocando muertes masivas. El temblor de 1985, por ejemplo, dejó al descubierto la serie de corruptelas públicas que debilitaron las trabes de los edificios y terminaron destrozando los cuerpos y las vidas de miles de víctimas. El huracán Katrina obligó a muchos norteamericanos a constatar la vergonzante falta de cuidado y protección

que el gobierno de Estados Unidos brinda a los más frágiles de sus ciudadanos. Por eso no es de extrañar que la epidemia de influenza que ha azotado a la Ciudad de México durante las últimas semanas de abril haya también levantado el velo de normalidad que ha encubierto, entre otras cosas, los defectos congénitos del sistema de salud pública en México, dejándonos ver lo que ya sabíamos: hospitales mal equipados, escasez de medicamentos, pobre infraestructura. Pero en la radiografía apareció también algo con lo que se contaba ya al menos desde 1985: una sociedad civil que, mezclando una masiva voluntad de millones, ha podido cuidar de sí y de una también masiva Ciudad de México.

La epidemia también ha puesto frente a nuestros ojos lo que ha estado frente a nuestros ojos por tanto tiempo: la intromisión constante de transnacionales que, aprovechando el costo de la mano de obra local y los acuerdos que logran establecer con autoridades locales, muestran poca preocupación por el medio ambiente y las condiciones sanitarias de las comunidades circundantes. La teoría de la dependencia y sus acólitos pueden haber perdido la popularidad de la que gozaron hacia el segundo tercio del siglo xx frente al embate de las nuevas historias sociales que, al pensar en la agencia de los elementos internos de un sistema, cuestionaron el peso real de las estructuras externas sobre las economías y sociedades latinoamericanas, pero la presencia de transnacionales con poco sentido de responsabilidad comunitaria es tan real ahora como entonces.

La facilidad con la que sale a flote el lenguaje coercitivo de la orden y la restricción es tal vez uno de los daños colaterales más obvios del paso de la epidemia. Sin necesidad del diminutivo ni las verdades a medias, con el justificado afán de contener el contagio y disminuir, así, el número de muertos, el lenguaje más uniforme de la imposición brota a la menor provocación. Lávese las manos. No salude. Cúbrase la boca al estornudar o al toser. No se aproxime. Vivimos justo entre las páginas de un manual gigantesco que está siendo leído en voz alta —y con ayuda de un micrófono— por aquellos que viven encerrados dentro de las oficinas del poder.

Pocas cosas como el A(H1N1) dejan ver de manera más clara la suspicacia y la tensión que genera la presencia de los mexicanos en Estados Unidos. Acostumbrados como están a darle la espalda a la vecindad que tienen con México, tanto desde sus orillas como desde dentro, ahora tienen que ver lo que ya saben que verán: la creciente presencia de trabajadores mexicanos sobre cuyos hombros descansa su sistema de vida. Como es bien sabido, el primero de mayo no es festejado en Estados Unidos excepto por trabajadores mexicanos que, exportando tradiciones de lucha, marchan por ciertas avenidas. Que frente a esos contingentes algunos hayan abogado por denominar al A(H1N1) como influenza mexicana, mientras que otros hicieron un llamado incluso para cerrar las fronteras, no es más que la manifestación más virulenta de la falta de diálogo y la falta de conocimiento que producen ansiedad y miedo, especialmente en zonas donde, de acuerdo con el censo oficial,

el número de mexicanos es cada vez mayor y el uso de una de sus lenguas —el español— no sólo es cada vez más obvio sino también más inevitable.

Las teorías de la conspiración que se han expandido casi con tanta o más virulencia que el A(H1N1) han dejado en claro también aquella vieja verdad que dice que los ciudadanos mexicanos no sólo no confían en sus políticos sino que gozan de una envidiable capacidad narrativa y argumentativa. Esta última, por cierto, no debería pasar desapercibida a aquellos a cargo de promover prácticas de escritura tanto en la ciudad capital como en el país entero.

Si pongo atención a lo que dicen los amigos, y los amigos de los amigos, el paso del A(H1N1) también ha dejado al descubierto una extraña belleza en los espacios públicos de la Ciudad de México. Vacías acaso por primera vez, las calles y plazas que aparecen en las fotografías de la capital sugieren paisajes después de la batalla —esa melancolía, esa desesperanza, ese abatimiento. Todo parece indicar que, de manera paradójica, algunos de los que están frente a esas calles, viendo pasar el aire y el silencio a través de las ventanas, han tenido la oportunidad de componer una forma inmediata de recogimiento. Algo, finalmente, de serenidad.

IX. LO QUE UNE LA SANGRE

ELVIRA ARELLANO. LOS DERECHOS DE LOS MIGRANTES

La orden de deportación que recibió Elvira Arellano el 15 de agosto de 2006 pudo haberse convertido en otro de los muchos incidentes que conforman la cruenta historia de la migración mexicana en los Estados Unidos. Como tantos otros, Elvira se había internado en territorio norteamericano sin los documentos requeridos, cosa que no le impidió encontrar trabajo tanto en Oregon, donde se estableció primero, como en Chicago, adonde años después llegó ya con un hijo. Una redada entre los trabajadores del aeropuerto donde laboraba dio inicio al largo peregrinaje del que emergería como una de las líderes populares más importantes entre la comunidad hispana. Al recibir la orden de deportación, y a diferencia de muchos en su situación, Elvira Arellano se negó a regresar pasivamente a México. En lugar de hacerlo, pidió refugio en la iglesia metodista Adalberto, ubicada en el centro de Chicago, donde permaneció cerca de un año, dándole auge así al movimiento Nuevo Santuario iniciado en Illinois por el pastor metodista José S. Landaverde. Desde dentro de estas instituciones o, poco después, desde las calles de la Unión Americana o desde los espacios públicos de Tijuana, Elvira Arellano ha insistido en la urgencia de su mensaje: es necesario establecer

una reforma migratoria capaz de respetar la unidad de las familias de mexicanos que se asientan, o de las familias que se forman una vez ya asentados, en los Estados Unidos.

Articulada, dueña de un discurso donde el pronombre nosotros y la palabra dignidad emergen en repetidas ocasiones, Elvira Arellano no recurre a ningún tipo de sentimentalismo para expresar una y otra vez la serie de condiciones que la llevaron de ser una trabajadora manual en distintas empresas norteamericanas a una activista social que se dirige por igual a la comunidad hispana como a los miembros de los parlamentos de los dos países implicados. En control, apelando a la grandeza de su fe y la solidez de su espíritu de lucha, la voz de Elvira ha puesto en evidencia, por una parte, la compleja realidad de las familias migratorias, especialmente la frecuente y forzada separación de padres e hijos, así como el activo papel de la iglesia en el surgimiento de un movimiento que ofrece el espacio eclesiástico como un refugio para migrantes amenazados por la deportación.

Como antes lo hicieron ya con mucho éxito las Madres de Plaza de Mayo en Argentina, Elvira Arellano ha utilizado estratégicamente un concepto de maternidad social para convocar tanto a los ciudadanos como a sus representantes en el Congreso para que aprueben una reforma migratoria capaz de velar por los derechos no sólo de los trabajadores sino también de las familias de las cuales forman parte. Sin oponerse al Estado, pero sí conminándolo a cumplir sus funciones como protector del bienestar y de los derechos de sus constituyentes,

Elvira ha apelado a su condición de madre y de integrante de una familia para legitimar su lucha. De hecho, las imágenes fotográficas de Elvira incluyen típicamente la presencia de su pequeño Saúl, quien la acompaña tanto en escenas de intimidad familiar como en la arena pública de las marchas y las iglesias. Así, valiéndose del papel tradicional de la mujer, Elvira Arellano ha sido capaz de traer a la luz una verdad que, por obvia, suele pasar inadvertida: que la migración actual no se compone únicamente de esos varones solos que, en su búsqueda de empleo, dejan atrás a sus familias. Para que pueda reflejar la complejidad del fenómeno migratorio de nuestros días, a esa imagen convencional habrá que añadirle ahora, gracias a la lucha de Elvira Arellano, los rostros de las muchas mujeres de la clase trabajadora que cruzan la frontera ya para reconfigurar sus propios núcleos familiares en el nuevo territorio o ya para iniciar, puesto que se encuentran en edad reproductiva, sus propias familias. Tal fue el caso, de hecho, de la propia Elvira, quien concibió y dio a luz a Saúl, su único hijo, en Estados Unidos. La separación de Saúl, una posibilidad que Elvira continúa describiendo como injusta y, además, antinatural, ha constituido la base de su rechazo a la deportación.

Como los primeros sublevados que desde el norte del país echaron a andar la Revolución mexicana de 1910, Elvira Arellano también ha afirmado atender las leyes de Dios, no las de los hombres y sus gobiernos, en su búsqueda de un trato justo y digno para las familias migrantes. Es una ley más alta a la que se atiende —eso lo

ha afirmado varias veces. Como aquellos que, al seguir a Santa Teresa de Cabora, abrazaban la fe y, con base en esa fe, desconocían al gobierno, Elvira Arellano pide que “lo que ha unido Dios, no lo separe el hombre”. De esta manera Elvira forma parte y prosigue con una larga tradición de lucha que se legitima a través de la apropiación popular del discurso religioso. Acaso por eso resulte lógico que haya optado por el suelo sacro de la iglesia para, desde ahí, lanzar su llamado social.

Pero cuando Elvira dejó los perímetros de la iglesia metodista de Chicago para participar en varias marchas a lo largo de California, ni el discurso de la maternidad social ni el de la religión popular fueron suficientes para detener la acción de los agentes de migración que la detuvieron el 19 de agosto del 2007, en Los Ángeles, California, justo en las afueras de la iglesia de la placita Olvera. Era ya de noche cuando Elvira llegó a Tijuana y, desde ahí, a unos pasos de los torniquetes por los que esta mujer nacida en 1975 regresaría a su país de origen, repitió su mensaje: no descansará hasta lograr la reforma migratoria que garantice la unidad de las familias migrantes.

Elvira Arellano no se ha quedado callada mientras eso sucede. De su paso por Tijuana, queda ya la Casa Refugio Elvira Arellano —una organización que acoge a mujeres deportadas de Estados Unidos mientras logran ponerse en contacto con sus comunidades o consiguen ayuda para reconstruir su vida. En funciones desde el 16 de diciembre de 2007 y ubicada en el centro de la ciudad fronteriza, la Casa Refugio provee este santuario secular

sobre todo a las mujeres que, por ser deportadas de noche, corren más riesgo. Además de haber tenido audiencias con presidentes y de haber encabezado manifestaciones masivas, Elvira Arellano también se ha postulado como candidata a puestos de elección popular en su país de origen. Del otro lado del silencio que cierra las bocas de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez, aunque en la misma línea fronteriza, Elvira mantiene intacta su voz para insistir en que el Estado no puede separar lo que une la sangre, la tradición, la comunidad.

X. ¿QUÉ PAÍS ES ÉSTE, AGRIPINA?

La pregunta que funciona como título de este texto proviene, claro está, de ese maravilloso cuento de Juan Rulfo intitulado “Luvina”. Recordarán los que lo hayan leído que Agripina es la esposa del ex maestro rural que, bebiendo cerveza tras cerveza, le narra a otro hombre, otro posible visitante de Luvina, cómo perdió su vida y sus ilusiones cuando vivió allá, en ese pueblo triste y pedregoso, ubicado sobre la Cuesta de la Piedra Cruda, donde las ráfagas continuas de un viento negro no dejaban ni siquiera crecer a las dulcamaras, “esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos a los despeñaderos de los montes”.

Según el hombre que cuenta su historia en Luvina, y para quien contarla es una especie de “baño de alcanfor” para su cabeza, un buen día se encontró en ese lugar junto con su familia: “Nosotros, mi mujer y mis tres hijos, nos quedamos allí, parados en la mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en nuestros brazos. En medio de aquel lugar en donde sólo se oía el viento... Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos”.

Es justo ahí, preso sin duda de la extrañeza, acaso prefigurando de una buena vez su porvenir y el nuestro, que el hombre le pregunta a su mujer:

—¿En qué país estamos, Agripina?

Y es ahí, en esa Plaza —una palabra que viene del latín *plattea* y que alguna vez quiso decir, en efecto, “lugar ancho y espacioso dentro de un poblado, al que suelen afluir varias calles”, pero ahora bien sabemos que significa otra cosa bastante distinta— que ella le da su escueta, muda, monumental, respuesta:

Y ella se alzó de hombros.

Soy parte de una generación que nació justo después del así llamado milagro mexicano y que creció, eso sí de puro milagro, en las décadas subsecuentes: años de crisis y descaro, corrupción rampante y deterioro. A mí todavía me tocó, por ejemplo, la devaluación que llevó al peso de 12.50 por dólar, a su doble: 25. Y me tocaron todas las otras también, hasta llegar a una irrisoria suma que incluía más ceros de los que puedo recordar ahora. Me tocó asistir de pura casualidad al concierto que daba un raro personaje en los patios de mi universidad frente un número reducidísimo de estudiantes para quienes no sólo tenía todo el sentido del mundo sino que era, además, algo incontestable. Me tocó, en todas las acepciones del término, el temblor del 85 justo en la Ciudad de México. Supe, con la rabia y la frustración del caso, de las represiones selectivas del salinismo, como sigo al tanto de las muertes de periodistas y activistas sociales en fechas más recientes. Como muchos a mediados de los ochenta, emigré al norte porque para una graduada

de la UNAM, y para colmo de la carrera de sociología, las esperanzas de vida en un país comprometido con los principios del neoliberalismo no eran muchas. La violencia de nuestra historia contemporánea, quiero decir, nunca me ha sido ajena. Pocas veces durante todos esos años, sin embargo, se me ocurrió repetir la pregunta que le hace el ex maestro rural a Agripina, su esposa, apenas un momento después de verse abandonado en Luvina.

Pero los años pasan (como suelen anotar los narradores) y la realidad, siendo como ha sido siempre, voraz e injusta, se me ha vuelto cada vez más extraña. Frente a la muerte impune de estudiantes en Ciudad Juárez y, más recientemente, en Monterrey, la misma pregunta: ¿En qué país estamos, Agripina? Frente a una guerra espuria que organizó un presidente para quien su legitimidad política ha sido más importante que el bienestar y la protección de la población civil, la misma pregunta: ¿En qué país estamos, Agripina?

En el cuento de Rulfo, Agripina se alza de hombros no una, sino dos veces. La segunda después de salir de una iglesia en la que había entrado nada más para rezar. Luego, poco a poco, todavía entre tragos de cerveza, el ex maestro rural va describiendo Luvina: es un lugar triste, eso ya lo sabemos, donde viven apenas “los puros viejos y los que todavía no han nacido”, “mujeres sin fuerza, casi trabadas de tan flacas”, “mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe”, y los muertos, por supuesto, nuestros muertos. Más tarde, ya casi a punto de empezar con el mezcal, el hombre se acuerda de la única vez en que vio la sonrisa de los habitantes

de Luvina. Fue cuando les sugirió que buscaran un sitio mejor y les dijo, además, que el gobierno los ayudaría. Lejos de alzarse de hombros, y mostrando, de hecho, “sus dientes molenques” a través de una risa que se antoja torva, le contestaron:

—También nosotros lo conocemos [al gobierno]. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del Gobierno.

La frase da para mucho, en efecto. Da para tanto. Pero heme aquí, en el centro de otra plaza donde todo se vuelve remolino e intemperie. Aquí. No escribo como analista política porque no lo soy. Escribo desde más adentro. Escribo como lo que alcanzo a ser a veces: una escritora. ¿Qué país es éste, Agripina?, me preguntas desde tan lejos. Es el país en el que nos convertimos, Juan. Acaso por callar. Acaso por no escuchar las voces de los otros. Acaso por cerrar los ojos.

XI. *NON-FICTION*

Dice que no es creyente pero que le han pasado algunas cosas a últimas fechas que lo hacen dudar. Dice que no le creeré. Dice que me contará, cuando le insisto que lo haga, pero que no está seguro. Y es entonces que, entre cambio y cambio, me mira por el espejo retrovisor y noto la diferencia.

Beto es el taxista que siempre me lleva al aeropuerto cuando salgo de Tijuana. Desde que lo conozco, que ya tiene tiempo, insiste en que algún día terminaré escribiendo alguna de las historias que me cuenta. ¡Y me cuenta tantas! En las vueltas al aeropuerto he conocido, a través de su voz, un cierto submundo de la ciudad fronteriza que de otra manera no visito. Beto también trabaja mucho con las chicas de la zona y ya en alguna ocasión me tocó compartir servicio porque andaban, como me explicó, apurados. Esta vez es distinta. En lugar de empezar su relato con la algarabía que lo caracteriza, usualmente subiéndole al mismo tiempo el volumen al radio, me esconde la vista y hasta cierra las ventanillas del auto. En un momento o dos recordaré cómo, al subir, admiré lo limpio que estaba, lo bien que olía. Lo immaculado.

Dice que la recogió, como a tantas otras, en una esquina cualquiera. Dice que sus largos cabellos cobrizos, sus ojos claros, su acento de las afueras. Dice que se trataba

de una chica muy joven, de las que aseguran tener 20 cuando apenas andan rozando los 16, y por eso son bonitas de verdad. Dice que la chica recibió una llamada por teléfono y que, todavía con el aparato sobre la oreja, le indicó el destino final. Dice que ahí donde estaba, en el asiento delantero, se quitó el pants deportivo y se puso un vestido entallado, verde, en realidad encantador. Dice que el destino final era un hotel.

Nunca antes me habían dado escalofrío las historias de Beto. Pero ésta, aun antes de conocerla del todo, me lo provoca. De repente tengo deseos de que guarde silencio. De repente tengo la esperanza de que algo pasará en la calle o en su cabeza y dejará de contarme lo que irremediablemente me cuenta. ¿Quién que haya vivido en México el último sexenio no sabe el final ya?

Dice que le pidió el número de teléfono para que, al terminar su trabajo, pasara por ella al mismo lugar. Dice que entre una cosa y otra, se abrieron de capa y contaron lo que se puede contar en un servicio. Dice, y esto lo dice otra vez ensartando su mirada apesadumbrada, su mirada afectada por algo que justo en ese momento no sé si llamar metafísico, en el espejo retrovisor. Dice que nunca le habló.

Sé que todavía no llega el punto que realmente me quiere contar porque hace pausas cada vez más largas. Algo discutimos alguna vez sobre el papel del silencio, del espacio en blanco, en la construcción del suspenso. Mientras calla veo los grandes espectaculares.

Dice que a la siguiente mañana supo todo por la televisión. Dice las palabras de siempre: encontrada muerta,

asfixiada, cuerpo sin identificación. Dice que tuvo que responder preguntas en la estación de policía. Dice las palabras de siempre: sin identidad, sin familia, sin qué más.

No sé si en ese momento o después empieza la náusea. No sé en qué momento me percaté de que, apenas unos días atrás, leí palabras similares respecto a un poeta y traductor cuyo crimen permanece sin esclarecimiento alguno: atado de pies y manos, cinta canela en la cabeza, golpe o disparo de gracia. Cada vez están más cerca, me digo, mientras quito la mano instintivamente del respaldo del asiento donde se había cambiado de ropa la muchacha.

Dice que otro día, un día también de entre semana, le volvió a pasar algo parecido. Dice que esto es lo que no le creeré. Dice, abriendo los ojos pero manteniéndolos paradójicamente sombríos, que cuando la chica joven se subió al auto iba ya contestando una llamada. Dice que respiró profundo y dudó. Dice que, luego, envalentonado o comprometido, en todo caso fuera de sí, le contó lo que le había pasado a la otra chica para convencerla de que no fuera sola a cumplir con una cita de trabajo a un hotel. Dice que le dijo: era una chica tan joven como tú. Dice que en ese momento la muchacha nueva se quedó callada y le hizo preguntas. Dice que al final, cariacontecida, pero sin derramar lágrima alguna, le dijo que era su hermana. Dice que entonces marcó un número y en voz muy baja le dio la noticia a su madre. Dice que dijo: Ya sé dónde está mi hermana.

¿Cuáles son las probabilidades reales?, me pregunta como si yo lo supiera. ¿Puedo o no puedo ver claramente

la intervención de algo más allá de nuestra comprensión habitual?, insiste. No sé qué pensar ni de la conversión religiosa que me anuncia ni del paisaje que, gris, se desdobra en polvo y ruido del otro lado de la ventanilla. Qué íntima es a veces la tristeza social. Y viceversa. Dice Carlos Beristáin, sociólogo y médico, perito de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que la violencia en México ha alcanzado los grados de catástrofe. También dice que el legado de esta violencia impactará, al menos, dos generaciones enteras. Los duelos. La rabia. La impotencia.

XII. LA MEJOR PARTE DEL MEJOR TRATO

Tengo la impresión de que fue en un libro de Henry Miller que leí por primera vez una frase que se comentaba mucho en casa: no aceptes nunca la mejor parte de un mal trato. Eso, con sus variantes respectivas y sus norteamericanos acentos, decía mi padre o pregonaba mi madre a la menor provocación, en cualquier sobremesa. Ninguno, que yo supiera, había leído a Miller, pero se trataba de cuestionar el oropel con que vienen a veces los triunfos fáciles, las derrotas disfrazadas. El famoso gato por liebre. ¿Andar con el hombre que te trata bien pero al que no amas?: esto era un ejemplo de la mejor parte de un pésimo trato. ¿Aceptar una beca jugosa en una universidad a la que no te llevaba ni el interés crítico ni el corazón?: mal trato absolutamente. ¿Aceptar el oropel de una democracia a la que la alientan, y esto de raíz, la corrupción y la impunidad?: el peor de los tratos posibles, en efecto.

Como siempre he creído, junto con tantos críticos de cepa, que, justo como el capital, el Estado es una relación (Marx *dixit*) y no una serie de instituciones establecidas e inamovibles, me parece obvio que a cada iniciativa, ya sea popular o del Estado, le corresponda una reacción viva y, de ser posible, intensa y apasionada. Así se arma el diálogo tenso, volátil, crítico que nos define como participantes de una relación social. En efecto, para contestar la pregunta de facebook: todos estamos en una relación

con ese otro que son los otros. En efecto, nuestra situación es, luego entonces y de suyo, complicada. El así llamado orden establecido, que a muchos les parece la regla y no la excepción, a mí me ha parecido, luego de años de revisar y explorar la historia nacional desde abajo, es decir, desde las experiencias de los menos favorecidos por el estado imperante de las cosas, la excepción y no la regla. Si uno lee la historia de México desde sus puntos más débiles —el de los locos, por ejemplo— es fácil darse cuenta de algo que ya decía Benjamin hace muchos años: la historia es un estado de emergencia constante. El conflicto es la regla. La lucha, de clases y más, es la regla.

Digo todo esto porque, como tantos otros, sigo con expectación y, sí, con gusto, las actividades que organizan los jóvenes en México durante estos tensos y muy discutidos días poselectorales. Me queda claro que, a esos furibundos jóvenes mexicanos no les disgusta tanto el resultado de la elección (el triunfo del candidato del PRI y de Televisa) como el proceso a través del cual se gestó un proceso electoral inequitativo y plagado de trampas desde años atrás. Están enojados, pues, y con justa razón. Como ellos no crecieron bajo el yugo de un régimen para el cual no contaban los ciudadanos, ni mucho menos sus votos (en las elecciones federales de 1976, para no ir más lejos, el único candidato era el candidato oficial: López Portillo), les parece evidente, por no decir que justo, que en un ejercicio de verdadera democracia se recuenten los votos, cosa que ya se ha hecho. Así, en largas jornadas —cuyas huellas, como migajas, van

dejando en twitter— llenan las calles en manifestaciones multitudinarias recuperando, de esa forma festiva y vociferante, el espacio público. Y yo prefiero eso mil veces al dominio que han ejercido sobre el mismo, y siguen ejerciendo de manera más visible en ciertas zonas del norte del país, el narco y la guerra calderonista que sólo ha dejado cabezas y manos y sangre regadas por todos lados.

No sólo pongo atención a las expresiones de desacuerdo más visibles y más colectivas de los jóvenes mexicanos de hoy. También leo, con igual expectación y más gusto, a los que empiezan a organizar colectivos de lectura con base en las bibliotecas gratuitas que ellos mismos han vuelto accesibles a través de #bibliotuit. Me entero de los que organizan talleres de dibujo o escritura en lugares que están más allá de Cuautitlán (@EHuertadixit). Estoy de acuerdo con los que insisten una y otra vez, otra vez y una (de otra manera no sería insistir) en que todo verdadero cambio inicia en el coto privado de nuestras decisiones más íntimas. Y me parece, porque creo que el Estado es una relación y no una serie de instituciones establecidas e inamovibles, que ése es el tipo de sociedad que nos merecemos: alerta, crítica, dinámica, propositiva. Esto apenas empieza, eso se dice, y ojalá sea así.

Mientras que los adultos acostumbrados a obedecer, o ya para siempre derrotados por el fracaso o la comodidad, o a los que animan intereses más oscuros y complicidades más viejas, se conforman con la mejor parte de un mal trato, adulando a una “democracia” a la que

entrecorren con toda justicia el escandaloso ejercicio de la corrupción y el mal uso de los recursos públicos; los jóvenes, hoy por hoy el verdadero tesoro de esta nación, hacen bien en reclamar la mejor parte del mejor trato posible: un Estado de derecho en el que el primer derecho sea cuestionar al Estado y el estado de cosas imperantes.

No es necesario acudir a manuales de radicalidad y ni siquiera leer a Miller para saber, como se decía tantas veces en casa a la menor provocación, que **nunca es una buena idea aceptar la peor parte de lo que aparenta ser un buen trato.** Mejor aún: propongamos las bases de ese trato que es la relación en la que todos estamos juntos y a la que llamamos, por algo ha de ser, Estado. De eso, y no de otra cosa, se trata vivir en sociedad y tener, claro está, una relación.

XIII. CACALUTA

Estamos sobre las hojas. Caminamos sobre las hojas amarillas y verdes y color café. Dejamos el pavimento atrás. El ruido atrás. Los asentamientos humanos atrás. Ahora caminamos sobre las hojas de la selva baja. La selva caducifolia. Nuestros pies hacen ruido contra las hojas. Contra las ramas que caen, nuestros pies provocan el sonido de cosa que se rompe. Cosa que se quiebra. Vamos por la vereda. Avanzamos poco a poco por la vereda que se llama Sicarú en zapoteco y que quiere decir hermosa en español. Éste es el lugar donde se reverencia al árbol. Aquí hay una inclinación frente al árbol. Huatulco, eso quieres decir.

Vamos caminando sobre las hojas húmedas que cubren Sicarú. Paso a paso, avanzamos. Hacia la laguna, avanzamos. Con la respiración acompasada, avanzamos. Hacia el olor de tierra combinada con agua de siglos. Ese lodo. Ese barro. Hacia la orilla, tan tersa. El aleteo de una garza rompe la calma en dos. El aleteo de una garceta. Las monjas de largas patas rojas y los diablos de plumaje marrón avanzan en el agua, picoteando. Un cardenal mosquero parece una flor o una flama a lo lejos. Rojo contra verde oscuro. Rojo contra verde esmeralda. Ésta es la laguna del zanate. Éste es un humedal. Una espátula color rosa se posa sobre las aguas. Otra garceta. Una urraca. Una cigüeña. Los picos delgados y curvos de las avocetas van a la caza de invertebrados.

El ruido de los pasos sobre las hojas. El ruido de la rama, que se quiebra. El aleteo de un oriol. Un ala amarilla se agarra a la fronda de los manglares. Otra urraca. Un cacique. El canto o el gemido. La manera en que se llaman. Estamos frente al pochote, el árbol. De su tronco, donde brotan pequeñas pústulas de agua, se alimenta el venado. De su fruto, tan dulce. De sus semillas, que también caen como las hojas sobre Sicarú, es posible fabricar almohadas. Posar una oreja sobre ellas y soñar con la selva húmeda. Con la vereda. Avanzamos bajos los termiteros. Bajo las lianas. Bajo las ramas que, vistas de abajo hacia arriba, transfiguran el mapa de los cielos. Un falcón. Un zopilote. El ruidazal de las chachalacas.

Estamos frente al huanacaxtle. Frente al tallo inmenso del huanacaxtle. Frente a las raíces del huanacaxtle que salen de la tierra y vuelven a enterrarse bajo la tierra buscando el agua de la laguna. Estamos bajo la fronda del huanacaxtle. Y tocamos su piel. De esta corteza, machacada, ha salido jabón para lavar ropa o para curtir piel. De entre sus hojas que duran pegadas a la rama ocho meses, brotarán las vainas color café en forma de oreja. El árbol que oye: el huanacaxtle. El árbol ancestral. Aquí, abajo, en el debajo que es la vereda, están los hoyos que han elaborado los zorrillos. Aquí, en otra temporada, está lleno de los huevos que depositan los reptiles. Éste es el cuachalalate, el árbol cuya corteza, vuelta infusión en agua hervida, ha curado la gastritis. Nos detenemos. El ruido de nuestros pasos sobre las hojas se detiene.

Las aves rapaces llegan pronto, en noviembre. La migración inicia. Las águilas pescadoras. Los gavilanes. Sus

alas extendidas contra el cielo. Sus sombras contra el agave silvestre. Contra la vereda Siracú. Luego vienen las otras aves. Las otras miles de aves. Los patos. Las alas. Las plumas. Sus patas entre el agua de la laguna de poca profundidad. Sus cantos entre los ficus amazquite y los ficus amate. Sus sombras también contra el huayacán, este árbol que se vuelve arbusto en la costa. Y se arrastra en la costa, sus ramas sobre la arena. Sus ramas de doscientos años sobre la arena. Avanzamos, ahora, sobre la arena. Un paso y, luego otro, hundiéndose entre la arena. La rosadía tiene espinas en las hojas. El árbol del copal tiene un líquen color amarillo que entinta su tallo, sus espinas gigantescas. Éstas son las partes de un cactus que ya no es verde sino rojo, y que florece. Amarilla y rotunda y delicada, la flor del nopal sobre la arena. Como nuestros pasos, sobre la arena. Entre la arena. Hundiéndonos.

Estamos sobre la arena. Frente al agua color verde esmeralda y verde botella y verde delicado, verde del agua del Pacífico. Frente al agua color azul marino y azul rey y azul más azul. Otros azules desconocidos. Bajo la bóveda celeste estamos. Allá van los oloropos sobre los cardúmenes de barriletes o de atún o de sardinas. Éste es el vuelo del zopilote. Aquélla, presurosa, es un águila pescadora. Alguien seguramente capturará un pez vela o un marlín este año. Alguien tirará el anzuelo como los otros, como los tantos, pero en lugar del pez de todos los días, saldrá un enorme pescado iridiscente del agua del Pacífico. Vemos todo eso. Podemos ver y caminar por entre todo eso. Respiramos. Lo agradecemos.

Huatulco quiere decir “lugar donde se le rinde reverencia al árbol”.

Todo eso, que es la selva baja caducifolia, se forma alrededor de la bahía de Cacaluta, justo donde se extiende el corazón de agua dulce de la selva, está bajo la amenaza que representa la construcción de una subplanta eléctrica de la Comisión Federal de Electricidad. Todas esas aves, todas esas hojas, todos esos troncos, todos esos años vueltos savia y clorofila y aire; todas esas migraciones, todos esos pasos sobre las hojas, todo bajo el ruido de las máquinas que talan los árboles y parten la tierra en dos, en muchos pedazos.

XIV. LAS SIRENAS DISECADAS

La presencia constante de sirenas en la iconografía popular y en muchas de las leyendas que recorren las tierras altas de la zona central de México puede causar sorpresa, cuando no franco estupor. No es del todo fácil o lógico, después de todo, imaginar a estos seres prodigiosos lejos del mar, en un paisaje dominado por montañas y bosques, arados y surcos. Pero aún así, en efecto, hay sirenas y sirenos por todos lados. ¿Qué hace, por ejemplo, una pareja de ellos viviendo en aparente armonía en las gélidas aguas de las lagunas del Sol y de la Luna en el cráter de un volcán? ¿Por qué continúa apareciendo tras la neblina esa temible Tlanchana, mitad mujer y mitad serpiente oscura, si sólo se lleva a hombres jóvenes a su abismo de agua? ¿Cómo es que, habiendo matado a un sireno de manera despiadada, ésta amenaza con regresar una y otra vez y otra más?

El pasado lacustre de la región, siendo inmemorial, parece perdido ya para siempre. En efecto, el Nevado de Toluca ha sido un espacio ritual y sagrado desde, al menos, los siglos xv y xvi. Hasta su cima, dominada por dos lagunas que los lugareños no dudan en describir como “dos ojos del mar”, han llegado sacerdotes y visionarios, peregrinaciones y creyentes por igual. Cada uno de ellos ha dejado su huella: las enormes ofrendas de copal o los picos de maguey que, poco a poco, han sido descubiertos e

investigados por equipos de arqueología subacuática de la UNAM. Los bastones de mando, muchos con formas que asemejan el rayo o el relámpago, también abundan en el lugar. Para los antiguos y actuales habitantes de estas regiones, las montañas siguen siendo enormes “vasos de agua” que, gracias al poder del rayo, y socorridos a menudo por la intercesión de graniceros, vierten su líquido preciado sobre los campos de cultivo y las comarcas aledañas. En sociedades rurales, cuya supervivencia física y espiritual depende sobre todo de la cosecha de maíz, ésta no ha sido ni es una cuestión menor.

Para muchos habitantes de las tierras altas no es difícil pensar que existió y existe, en efecto, una red de arroyos y ríos subterráneos que, partiendo de las cimas del volcán, se conectan con, y eventualmente desembocan en, mares y océanos distantes. El pasado lacustre del valle, sin embargo, es algo más que un producto de la imaginación. A lo largo del siglo xx, y hasta la fatídica fecha del 23 de junio de 1950, la vida cotidiana y laboral del valle estuvo dominada por tres grandes lagunas, la de Chignahuapan, la de Chimaliapan, y la de Chiconahuapan. Los residentes de los pueblos ribereños en los municipios de Ocoyoacac y Tultepec hasta Almoloya, Atizapán, Texcalyacac eran, sobre todo, pescadores o tuleros que se alimentaban de truchas, ranas, acociles. Todo eso desapareció, y no en un pasado remoto o en un fecha anónima. Todo eso desapareció el mismo día que se echaron a andar las obras hidráulicas que entubaron las aguas del río Lerma para satisfacer las necesidades de los habitantes de la Ciudad de México. Una noche

de tormenta, gracias a las actividades de unos ingenieros que dinamitaron la laguna, “se perdió el río para siempre”. Eso se recuerda. Cuando se disecó la laguna, cuando la ciénega se convirtió en pantano, entonces las leyendas de las sirenas vengativas y amenazantes sirenos retomaron mayor fuerza en la región.

A inicios del XXI, los investigadores José Antonio Trejo Sánchez y Gerardo Arriaga llevaron a cabo una serie de entrevistas entre los ex ribereños del valle de Toluca. En *Memoria colectiva: vida lacustre y reserva simbólica en el valle de Toluca, Estado de México*, se incluyen las palabras de Atanasio Serrano:

En el año de mil novecientos cincuenta, por el mes de junio, un jueves de Corpus, el río se perdió para siempre. Decían las gentes que vivían cerca de la orilla de la laguna que una noche después de un aguacero con muchos rayos escucharon un ruido, como si la tierra chupara algo, y aseguraron que en ese momento los ingenieros probaban la capacidad de las bombas, instaladas en El Cero. Al día siguiente puro lodo se veía en el lecho del lago, tiempo después, los lirios y tulares, se fueron marchitando, y miles de especies acuáticas quedaron sepultadas en el fango del pantano. Nada quedaba de las aguas que daban vida al famoso río Lerma.

De entre los relatos, destaca el de la Atl-Anchane o “Sirena de la laguna” en palabras de Cerón Hernández:

Fue ese tío, un señor ya grande, como de ochenta años, quien me lo platicó todo./ ¿Oiga, tío y que llora alguien en Agua blanca?/ Sí hijo, sí llora. ¿Sabes por qué? Porque mataron al sireno, al marido de la sirena./ ¿Cómo lo mataron?/ Sí, mira había mucha sangre, como de dos metros de radio en el agua./ ¡Ay, tío!/ Y no lo encontramos./ Y bueno, ¿qué le pasó?/ Pues esa señorita se lo llevó abajo, porque allí estaba un ojo de agua bien hondo, yo creo que como de aquí de esta esquina hasta San Sebastián; así de hondo para abajo./ Pues de noche y a la mañana siguiente, ya no hubo pescado señor. Había pero muy poquito, ya ni sirenas ni nada. Se acabó. ¿Qué le pasó? Solo Dios sabe./ Ya después vinieron las obras del agua [...].

Bajo el cielo del narco

XV. HORRORISMO

Cfr. Entre Medea y Medusa el gesto de la víctima. Las esquivas.

No quiero volver a leer las palabras: “Mi hijo murió en mis brazos”.

“Mi hijo murió en mis brazos”, relató Cinthia Salazar Castillo.

No quiero volver a leer las palabras: “La bala era para mí pero mató a mi hijo”.

“La bala era para mí pero mató a mi hijo”, agregó.

No quiero volver a leer las palabras: “Fueron soldados, todos uniformados”.

“Fueron soldados, todos uniformados”, denunció la madre de familia.

¿Y la resurrección?

“Fueron minutos de terror, de miedo, de coraje”, repitió una y otra vez.

“Fueron minutos de terror, de miedo, de coraje”, repitió una y otra vez.

“Fueron minutos de terror, de miedo, de coraje”, repitió una y otra vez.

“Fueron minutos de terror, de miedo, de coraje”, repitió una y otra vez.

El saldo: dos niños muertos. Armas de grueso calibre. Domingo de Pascua.

La palabra: esquirla. Las palabras.

Empezaron a tirar, tirar y tirar.

Mientras la violencia invade y adquiere formas inauditas, la lengua contemporánea tiene una dificultad para darle nombres plausibles: Martín y Bryan Almanza: Nuevo Laredo-Reynosa-Matamoros.

Una ontología de la vulnerabilidad: lo que nos expone a la dependencia del otro: tanto a su cuidado como a su ultraje.

Alguien se desangra en el monte. Alguien respira, amedrentado. Alguien teme.

La palabra: esquirla. Las palabras.

Empezaron a tirar, tirar y tirar.

No quiero volver a leer las palabras “Empezaron a tirar, tirar, y tirar”. No quiero la palabra inerme.

“A uno de ellos, que me apuntaba con su arma, le dije que me matara, total que dos de mis cinco hijos ya estaban muertos”, refiere la madre.

No quiero volver a leer las palabras: “Nos seguían aventando granadas”.

“Nos seguían aventando granadas”, recuerda.

La madre de familia aún presenta las huellas de las esquirlas en la cara, pecho y brazos.

La palabra inerme. El gesto de la víctima.

Dos féretros, en color blanco, que contienen los restos de Bryan y Martín, son velados en la humilde vivienda número 1135 de la calle Esfinge, de la populosa colonia Los Colorines.

Una ontología de la vulnerabilidad, condición humana que nos expone a la dependencia del otro: tanto a su cuidado como a su ultraje.

XVI. LA GUERRA QUE PERDIMOS

Como con cierta frecuencia en una taquería semiambulante que se llama El Chapo —sus tacos de cazón a la plancha no tienen rival alguno alrededor. Entre uno y otro punto de la ciudad en la que paso más o menos dos de las cuatro semanas del mes suelo encontrarme con un par de retenes militares y todavía más de esos apresurados convoyes que nos obligan a orillarnos a la orilla (adónde más, puesn). Lo de las sirenas policiacas (bueno sería que fueran de las otras) es cosa de diario. Cuando se callan, que no es muy seguido, es que logro escuchar el sonido del mar: hosco, constante, ruido sucio. Algunos integrantes de mi familia reportan hechos todavía más alarmantes desde la otra esquina del país: toques de queda, cancelación de recreos, restaurantes vacíos, calles por las que no se atreve a transitar nadie. Todo esto, desde siempre. Un siempre definido, claro está, como desde hace una media decena de años. Un poco más. Un poco menos.

Hemos compartido el mismo cielo ya por mucho tiempo, quiero decir. Nosotros sabemos de ellos y ellos de nosotros. Entre más pasa el tiempo nosotros somos menos. La permeabilidad tiene su precio. Pero pocas veces como en esta semana se me han apersonado tan de frente: en las portadas de las revistas que leo, en el área de comentarios de los periódicos que desmenuzo, en la

pantalla de mi computadora. El narco. El Jefe de Jefes. La plaza. Los siento, como pocas veces, aquí cerquita. Podría tratarse de un mero efecto efrástico, puesto que estas imágenes ya pasaron de la indiferencia a la esperanza y luego al miedo, pero el número de muertos es demasiado real. Las mujeres. Los estudiantes. Los niños, ahora. En el libro *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea* que toma partido por la visión y la experiencia de la víctima inerte, Adriana Cavarero decide dejar de lado el glamour y la mitificación que usualmente acompaña a las acciones del guerrero. A eso no pocos le llaman narrativa épica. Compartiendo como comparto esa postura (pocas cosas más tediosas que la mente de un asesino serial, si me lo preguntan), no puedo dejar de poner atención a la súbita cercanía mediática del Narco. Recuerdo el lema de mi espejo retrovisor: los objetos están más cerca de lo que parecen.

Siempre he sido reacia a creer en héroes de cualquier tipo, especialmente si vienen con las señas y modos de la virilidad más aparatosa (supongo que por eso no caí en el encanto de los super héroes de cómics, en los que el único poder de las mujeres, todo me lo decía entonces, consiste en volverse invisibles o en crear campos de protección). Por eso cuando empecé a escuchar los primeros corridos o a revisar las primeras novelas con narcos como motivo mantuve una distancia que me gustaba describir como crítica. Las declaraciones que Zambada le propinó al periodista Julio Scherer y los mensajes anónimos que aparecieron en la sección de comentarios de una noticia acerca de un toque de queda ocurrido en

Tampico, Tamaulipas, me obligan, ahora, a volver la vista. ¿Qué país es éste, Agripina?

En lo que ha sido una estrategia mediática bien organizada, Zambada, un hombre poderoso, que explícitamente se dedica a un negocio ilícito, tuvo el buen tino de convocar a un periodista respetado para hacer un par de declaraciones importantes. Eligió bien. Se saltó a los otros periodistas, éstos a los que, aunque reaccionaron con alarma y desdén ante la celebración del cronificado encuentro, les sacaron sus recibitos salinistas al sol en la prensa nacional. Eligió al periodista que ya le había dedicado horas de atención a Sandra Ávila, la mujer que atravesará la historia, en parte gracias a su libro, como *La Reina del Pacífico*. Eligió, y se lo hizo saber en pose de anfitrión, en pose de dueño de la plaza, porque lo había leído. En un país donde el promedio de lectura al año alcanza apenas la escandalosa cifra de un libro, esta declaración no deja de tener su evocadora relevancia.

Los mensajes explícitos fueron, en efecto, explícitos: no atentó contra Calderón, el Ejército comete atrocidades, la corrupción social es lo que mantiene vivo al narcotráfico, la guerra contra el Narco está, luego entonces, perdida. La realidad, para colmo de males, le dio la razón casi de inmediato: el Ejército asesinó a dos niños en la carretera Matamoros-Reynosa-Nuevo Laredo justo el domingo de Pascua, apenas un día antes de que se publicaran sus declaraciones. Pero no es lo que declaró lo más importante de esa historia, sino lo que dijo. Porque si de lo que se trata es de no mitificar ni mucho menos engrandecer al Narco —un peligro cierto en un país en

que ante una legalidad percibida como ilegítima suele anteponerse una poderosa ilegalidad— entonces habría que devolver su discurso al terrizo terreno de la tierra.

Veamos. Antes de hacer sus declaraciones, Zambada se contextualizó. Dijo: primero platiquemos. No es necesario ser un especialista en hermenéutica ni un lector profesional del entrelineado para resaltar lo que el mismo Zambada resaltó: un discurso patriarcal donde las fronteras de género además de bien definidas quedan desniveladas. Zambada insistió en presentarse como un hombre de familia, un patriarca al tanto de y preocupado por la suerte de su mujer, sus cinco hijos, a uno de los cuales, el primogénito por más señas, admitió “llorar”. También se expresó, aunque brevemente, de sus otras cinco mujeres, 15 nietos y un bisnieto, todos según aseguró, “gente del monte”, como él mismo. No habló, por supuesto, de las poderosas Reinas del Sur, las damas que, como Sandra Ávila, nacen dentro de sus filas y gozan, por lo mismo, de cierta permisividad y autonomía. Tampoco se refirió a las carismáticas buchonas que, como se sabe, suelen ser flores de ciudad. No habló de las que han aparecido —al menos una, en Tijuana, no hace mucho— decapitadas en la vía pública después de algún desaguisado, digamos, romántico. Una primera tentativa para desmitificar al Narco tendría que pasar por fuerza por una crítica general a las nociones de masculinidad que éste reclama y alienta. Si Zambada, de manera astuta, quiso resumir su idea de lo que es un hombre de fiar en frases como “tiene mi palabra”, “mi esposa, 5 mujeres, 15 nietos”, “mijo”, “agricultura y ganadería”, “todos

mienten”, habría que recordar que el clima de violencia de género que se respira no sólo en la plaza de Ciudad Juárez, sino en lugares donde las estadísticas son incluso más alarmantes, como en el Estado de México, está en gran parte relacionado con las agresivas respuestas con que se reciben los reacomodos del núcleo familiar y las cambiantes conductas de género en el México contemporáneo. Carlos Carrera, con guión de Sabina Berman, supo poner muy bien esto en su cinta *Backyard*.

Otra manera de desmitificar la autoagrandada imagen que el narco tiene de sí mismo es cuestionar su alianza, tanto material como cultural, con las clases más desposeídas de nuestro país. Su buscada adhesión a las clases populares se confirmó de inmediato al perfilarse como una especie ingrata de campesino contemporáneo: Zambada no sólo declaró ser un “hijo del monte”, sino que también habló, cual le corresponde, de la tierra y del cielo, con agradecimiento respecto a la primera, y desconfianza al segundo. De hecho, hacia el final de la entrevista aceptó que se dedicaba a “la agricultura y la ganadería”. Pero ni Zambada ni Calderón mencionan lo obvio: que estos negocios agrícolas son grandes emporios globalizados y que, a pesar de designarla como mera “tontería”, la fortuna de El Chapo sí está en las listas de Forbes. Lejos están de “la gente del monte” tanto los Jefes de Jefes como los otros miles de empresarios que ocultan sus nombres y las fortunas que han ido amasando en sus conexiones con el narcotráfico. Gente del post-monte en todo caso y, a juzgar por el golpe mediático, aguzados lectores de las formas populares de

la comunicación contemporánea: el Narco. Neocampiranos. Aspirantes a dueños de la aldea, ciertamente, global. Es evidente que mientras no se despenalice el consumo de drogas, es decir, mientras haya Jefe de Jefes y Empresarios Oscuros que acumulen dinero, y mucho, con ellas, este negocio no desaparecerá.

Cuando Zambada explicó que había escapado del Ejército en algunas ocasiones gracias a su conocimiento del terreno también hizo alianzas, metafóricas y no, con tradiciones guerrilleras campesinas que están en el corazón mismo de la historia de México, y más allá. Su crítica a las atrocidades que comete el ejército mexicano (justo cuando el mismo ejército parece estar saliendo de Ciudad Juárez), sin duda intentaba crear una empatía con los dolientes contemporáneos. Evitó mencionar, por supuesto, las atrocidades propias del Narco, las cuales han marcado escenarios urbanos y rurales por igual en los últimos años. Y pudo evitar mencionarlo porque, por lo que se deduce de las pocas palabras que le dijo a Scherer, Zambada sigue pensando que, a diferencia del Ejército, el Narco sólo ejerce la revancha o en todo caso la violencia con sus pares. Y nosotros, los que ya somos cada vez menos Nosotros, así, autoprotegidos en un pronombre con muros, sabemos bien que eso no es cierto. Las masacres contra estudiantes en Ciudad Juárez y en Monterrey son un alarmante recordatorio, entre tantos otros que se pierden en las páginas interiores de la prensa local o que no abandonan el sonido debajo del rumor, que la honorabilidad del Narco, si la hubo, es cosa del pasado. No habrá que olvidar tampoco las

continuas masacres dentro de los penales más diversos. Todos ellos, en las escuelas o en las prisiones, son parte de ese 23% de ejecutados que tienen menos de 23 años. Frente a sus sicarios de hoy todos somos vulnerables. Todos somos víctimas potenciales.

Como los anónimos mensajeros que dejaron, en mayúsculas, un texto en la sección de comentarios de *Milenio* de Tampico, la definición de pueblo en el discurso de Zambada va acompañada, explícita o implícitamente, de la palabra *subordinación*. Y en esto, como en su manera de aliarse cultural y materialmente con las muy diversas clases desposeídas, Zambada emula los mejores tiempos del PRI. Recuérdense que la incorporación de trabajadores y campesinos al aparato del Estado fue, desde el inicio, altamente selectiva: se dejó entrar a los que capitulaban, como los sindicatos que luego formaron la CTM, pero se descartó a los independientes y a los anarquistas. Pueblo y subordinación constituyen un pleonasma en ese léxico. En el mayúsculo texto (lo digo por el uso de las mismas así como también por su extensión), los anónimos anunciaban, por ejemplo, un toque de queda y, al mismo tiempo, prometían la protección consabida para el pueblo, y no así para la “gente que no”. ¿Cuál “gente que no”? La definición se sigue casi con naturalidad. Es una frase de uso popular, al final de la oración cortada: la gente que no está con ellos. “Somos Tamaulipas”, escribieron varias veces. Insistiendo. Lo cierto fue que la gente no salió de sus casas. Lo cierto es que la gente que no puede ser más numerosa que la gente que sí. Lo cierto es que existe una posibilidad de que ellos no sean Tamaulipas.

Si a todo esto se le agrega la figura imponente, jovial incluso, que colocó el brazo derecho sobre el hombro cansado del viejo periodista mientras retaba, y esto no sin orgullo, a la cámara, es entendible que nosotros, todos nosotros, los nosotros en plena minúscula, hayamos perdido la guerra que nunca quisimos. La ecuación es fácil: frente a gente como Zambada, atento a los discursos públicos y el sentir popular, manipulador de nociones de masculinidad que parecen empatar a la perfección con machismos seculares, se encuentra gente como Calderón, incapaz de crear lazos, siquiera retóricos, con las mayorías dolientes. Encerrado en una torre de marfil de la que sólo sale, y eso a veces, para regañar la mala conducta del respetable, autista de la política (esto va con disculpa incluida para todos los autistas y los familiares de los autistas, por favor), a Calderón le ha importado más su legitimidad abstracta que su trabajo. ¿Cómo comparar a un hombre que retóricamente al menos habla de llorar a un hijo frente a otro que fue incapaz de escuchar, ya no digamos conmoverse, frente al dolor de una madre que acababa de perder a dos de los suyos debido a la violencia desatada por ese otro que se dice llorar por el propio? No olvidemos, por favor, a doña Luz María Dávila, de Villas de Salvárcar, en Ciudad Juárez, Chihuahua, madre de Marcos y José Luis Piña Dávila de 19 y 17 años de edad. Incapaces de abrazar, y digo esto en el más amplio sentido de la palabra, tanto Calderón como su esposa defraudan y, con razón, encolerizan. Incapaces ambos de moverse de sus asientos y de salirse de protocolo. Si ya tuvieron la desfachatez de iniciar una

guerra que no pedimos ni apoyamos, no estaría de más tener el valor de asumir las consecuencias de sus actos y, al menos, parpadear. Porque el Narco, al menos a nivel popular, no sólo va ganando por dinero (los sueldos de los aprendices de sicarios no son tan altos como uno pudiera imaginarse); también va ganando porque, como dijo la periodista Gabriela Warkentin, en un muy buen artículo publicado en *El País*, en la foto que se tomaron Scherer y Zambada, todos, pero todos de verdad, nos vimos ahí. Desconcertados, cariacontecidos, tomados por sorpresa, afirmados o negados, pero todos ahí.

Coda: este 5 de junio esperamos una decisión de la Corte sobre los culpables de la injustificada y atroz muerte de 49 niños sonorenses. Si Calderón tuviera a bien preocuparse más por su trabajo y menos por su abstracta legitimidad podría, por una vez, salirse de su torre de marfil y aceptar que estos mexicanos, estos otros en minúsculas, estamos ahí, dolientes. La justicia es, a veces, la forma del abrazo.

XVII. LAS NEO-CAMELIAS

“Antes, por lo menos, respetábamos a los niños y las mujeres”, le dice don Epifanio Vargas —un narco vuelto político— a Teresa Mendoza, la futura Reina del Sur en la famosa novela de Pérez-Reverte. Recordarán los que leyeron este libro a inicios de 2008 que Teresa Mendoza no era todavía la empresaria que logró establecer un imperio ilegal en la boca del mediterráneo, sino sólo la novia —que no buchona— del Güero Dávila, un piloto al que por intentar pasarse de listo se lo tronaron en plena pista de aterrizaje. Don Epifanio, fiel a su palabra, le proporciona a Teresa los contactos que la ayudarán a evadir la venganza del Narco, aunque ya para entonces ha pasado por la violación de rigor, la persecución a salto de mata y el clásico encañonamiento en la sien. De ahí que el *antes* que pronuncia don Epifanio Vargas cuando medita sobre la posibilidad de ayudarla salga de su boca con un pesado dejo de nostalgia. Antes, eso parece estar diciendo, la cosa era entre machos. Antes se respetaba, parece colegirse como resultado lógico, luego entonces, a las mujeres y niños. Algo, pues, debió haber cambiado mientas tanto.

Es de presumirse entonces que sólo en ese mítico antes pudo haber existido un personaje como Camelia “La Texana”, aquella mujer que inmortalizaron Los Tigres del Norte en el corrido “Contrabando y traición”, de 1971.

A la luz de noticias que incluyen la decapitación de una edecán tijuanaense, quien presuntamente tenía lazos sentimentales con hombres del Narco, resulta difícil creer e incluso seguir la historia del romance entre Camelia y Emilio Varela. Como se recordará, Emilio y Camelia se hicieron amantes mientras lograban cruzar una carga de “yerba mala” a través de la frontera entre México y Estados Unidos. Una vez conseguida la misión, y sin miramiento alguno, Varela le da su parte del negocio a Camelia, aconsejándole que rehaga su vida mientras él se prepara para regresar a su casa, con su mujer, “el verdadero amor”. Unos 30 años después, es difícil imaginar siquiera una despedida tan civilizada entre integrantes del narcotráfico. Ahí está, por ejemplo, Emilio Varela invitando a Camelia a continuar en otro sitio, y sobre todo con otros, la vida que merece tener. Y ahí está, sobre todo, Camelia que en lugar de conformarse con las condecoraciones femeninas del Narco (joyas, coches, viajes) tiene a bien vengarse a sí misma (“sonaron siete balazos”, dice la canción) y, además, quedarse con la totalidad de la carga que había ayudado a pasar. Las Camelias de ahora no suelen ser así. Todo parece indicar que el amor en los tiempos del narcotráfico tiene nuevas reglas.

Una década después del apogeo del corrido de Camelia, aunque todavía en ese antes mítico que pronunciaba don Epifanio Vargas, existió también Sara Cosío Vidaurry, la novia (supuestamente secuestrada) en compañía de quien capturaron a Rafael Caro Quintero, uno de los capos más poderosos del Narco durante la década de los ochenta. Descrita por su padre como una joven

“de carácter muy fuerte”, la hija de una familia bien de Jalisco sólo tenía 17 años y estudiaba el bachillerato en el momento de la captura en 1985. Que Sara Cosío haya sobrevivido al romance con el capo que fue a dar a la cárcel y contra el cual ella declaró, es sólo otra prueba de que las reglas de antes, en efecto, pudieron haber sido distintas.

De antes, aunque también de ahora, son las así llamadas buchonas, esas mujeres bellas y de poca educación que acompañan a los hombres del Narco en coches último modelo, portando joyas ostentosas y luciendo su físico. Una especie de esposa trofeo, aunque sin el estatus civil incluido. Una especie de paloma que “ostenta un volumen de pecho exagerado”. El ejemplo más contemporáneo es la tristemente célebre Miss Sinaloa 2008, Laura Elena Zúñiga Guisar, la joven que andaba en compañía de Ángel Orlando García Urquiza, presunto operador del cártel de Juárez, cuando lo capturaron con armas y miles de dólares en su haber. Tal vez antes ella no habría terminado en la cárcel, pero ahora así fue. Habiéndose desempeñado como modelo de una agencia, Laura Zúñiga había hecho notar con anterioridad la poca remuneración del oficio (lo más que llegó a obtener por un trabajo hecho para Pepsi fue un salario de 40 mil pesos, cuando el promedio era de 2 mil pesos por pasarela), además de la marcada discriminación en favor de extranjeras en el medio. Quejas similares contra la falta de empleo y los bajos salarios fueron asociados a la profesora de literatura de la Universidad Autónoma de Baja California, Alejandra González Licea, cuando

fue capturada mientras recaudaba dinero del Narco en Tijuana. De buchonas a profesoras de literatura, es claro que las neo-Camelias se han diversificado.

De ahora, y definitivamente no de antes, fue la noticia del asesinato brutal de Adriana Ruiz Muñiz, la modelo y edecán del equipo de futbol de primera división A, Xoloitzcuintles, propiedad de la familia Hank, quien se presume sostenía alguna relación de tipo sentimental (así se dice) con gente del Teo, o incluso con el Teo mismo, el capo que pelea la plaza de Tijuana. Ejecutada por encargo, torturada y decapitada cuando aún estaba viva, el cadáver de Adriana Ruiz es tal vez la prueba más obvia de los cambios ocurridos en las relaciones que se establecen entre los hombres del Narco, por un lado, y las mujeres y los niños, por otro. ¡Qué lejos estuvo esta neo-Camelia bajacaliforniana de imprecar a su Emilio Varela! Menos como Teresa Mendoza y más como las anónimas mujeres asesinadas tanto en Ciudad Juárez como en otras ciudades de un país en guerra, las neo-Camelias, como Adriana Ruiz, confirman que en el paso de la mariguana a la cocaína, y luego a la heroína, con guerra presidencial de por medio, en el Narco las jerarquías de género son cada vez más mortíferas.

XVIII. EL DOMINGO MÁS LARGO

1

Recuerdo las dunas, sobre todo. El cielo tremendamente azul y las nubes, abundantes y abigarradas, blanquísimas, sobre el horizonte de arena. Recuerdo las huellas que dejaba tras de sí el escarabajo que se arrastraba tan lentamente por sobre los médanos de Samalayuca. Un hálito de silencio, eso recuerdo. Las miradas que se clavan en los objetos del mundo por largo tiempo, sin entender. O entendiéndolo, por el contrario, todo de súbito, en su magnífica brutalidad. ¿Así que esto era Ciudad Juárez? A lo lejos, apenas resguardados por la sombra de una pick up, un grupo de hombres tomaba cerveza. Sus cuerpos en semicírculo. La única mujer, una jovencita de cabellos largos y pantalones apretados, iba y venía con algunos de ellos desde la base hasta la punta de la duna. ¿Es que no sabe?, me preguntaba. ¿Es que no teme?, insistía en silencio, mientras la veía sonreír a la distancia. La arena entre los dedos de la mano, cayendo. La arena, bajo el peso del cuerpo. Y sus cabellos volando junto con el viento hacia algún otro lado.

2

Recuerdo sus palabras; nunca olvidaré sus palabras. Recuerdo las palabras de Luz María Dávila. Apenas unos

días antes, en lo que todavía se denominaba como “equivocación”, un comando armado había asesinado a 17 jóvenes que participaban de un convivio en Villas de Salvárcar, una colonia en el suroeste del centro urbano más peligroso de México, si no es que del mundo entero: Ciudad Juárez. Dos de esos jóvenes eran sus hijos: Marcos y José Luis Piña Dávila, de 19 y 17 años de edad respectivamente. Sus únicos hijos. Los piñitas; así les decían. La noticia de la masacre, una más en una escalada de violencia que no había dejado de aumentar desde que el presidente Felipe Calderón impusiera una guerra del todo fallida sobre el país, dejó impávidos a muy pocos. Luz María Dávila, una trabajadora de una maquiladora de bocinas, había pronunciado palabras que, siendo como eran, poderosas y trémulas, también eran básicas y certeras. Usted no es bienvenido, Señor Presidente. Yo no le doy mi mano. Luz María Dávila, una mujer bajita de suéter azul —así la había descrito la periodista Sandra Rodríguez Nieto en su nota para *El diario*— había dicho esas palabras en un foro público, a un lado de un presidente que ni siquiera pudo parpadear.

3

Recuerdo la ansiedad anterior al viaje. La guerra calderonista había cobrado ya para entonces entre 50 y 60 mil víctimas, fragmentando familias y descomponiendo el tejido social con iguales dosis de violencia e impunidad. Un aire sombrío soplaba sobre regiones enteras del país

pero, junto con las acumuladas noticias de feminicidios, Ciudad Juárez continuaba ocupando un lugar tristemente privilegiado en las geografías del horror contemporáneo. ¿Por qué ir allá? Recuerdo las amplias avenidas vacías de gente y la hilera de casas abandonadas que bordeaban el camino del aeropuerto al hotel. Un hoyo negro en el corazón mismo de la ciudad. Una impávida inmovilidad. Esa manera de volver la cabeza una y otra vez sobre los hombros como quien espera lo peor, cierto de que vendrá. Recuerdo los huizaches a través de las ventanillas, ese verde venido a menos. Los sote rrados murmullos de los restaurantes, las advertencias constantes, las prohibiciones señeras, eso recuerdo. Las noticias ofrecidas en clave de rumor: ¿supiste que? ¿te enteraste de que? ¿también a ti? Recuerdo que eso era vivir en plena guerra.

4

Recuerdo el auto en el que el fotógrafo Julio Aguilar me llevó hasta Salvárcar a través de largas avenidas solitarias bajo el sol de domingo. Los asientos ajados, las ventanillas rotas, los dudosos frenos. Recuerdo su voz, la voz de él, su voz en el camino: yo escribo con la luz. Un tatuaje con grandes letras griegas en la cara interior del brazo izquierdo. Recuerdo la velocidad. Villas de Salvárcar no está en el fin del mundo pero sí en Ciudad Juárez. No se trata de un barrio marginal lleno de casas hechizas o sin servicios urbanos, sino de la colonia de calles

pavimentadas y construcciones de cemento a la que la familia de Luz María Dávila había elegido mudarse nueve años atrás, buscando un mejor futuro para sus dos hijos, Marcos y José Luis. Los condominios de colores. La Unión de Villa S. Te Invita a su 3ra. Gran Kermes este 2 de octubre a las 5:00 pm, en beneficio del Dispensario Médico. Las vigas apuntando al cielo. Curso de confirmaciones. Las bardas de concreto gris. En memoria de Wicho. Con el sueldo de su marido, un guardia de seguridad también de una maquiladora, y el salario que ella misma ganó como trabajadora de “fábrica”, fueron remodelando la casa poco a poco. Abarrotes Martínez. Gracias por su preferencia. Instalaron, por ejemplo, una cocina integral de estilo americano y convirtieron lo que era una recámara, en la sala de la casa. Números de emergencia: 629 33 07/629 33 80. Construyeron más. Recuerdo, entre los muchos imanes que resaltaban en la puerta del refrigerador, las frutas de colores, las abejas sonrientes, las plantas con piernas y bocas, y esa foto de Los Tigres del Norte, vestidos todos de azul cielo, anunciando “La Reina del Sur”.

5

Recuerdo la voz de Luz María Dávila; recuerdo su voz asombrosamente suave. Su figura, tal como la describiera la periodista Sandra Rodríguez Nieto, es menuda. He visto las fotografías que Julio Aguilar le tomó en ese entonces pero, aún así, me cuesta trabajo reconocerla

cuando abre la puerta de su casa. Es una mujer bajita, en efecto. El cabello rizado y corto. El asomo apenas de las canas. Recuerdo eso; recuerdo su manera de moverse entre los muebles y de tomar, como si fueran objetos de un cristal muy añejo y muy frágil, las cucharas. Y si uno no supiera que sus únicos dos hijos fueron acribillados en una de esas “equivocaciones” mortales que abundan en las ciudades bajo la ley del narco, sería difícil asociar la delicadeza de sus movimientos durante la bienvenida, la calma con que emergen las palabras de sus labios, toda su contención emocional, con el duelo de una madre.

Yo quiero a los culpables. Mientras no haya culpables es como si se estuvieran llevando a mis muchachos todos los días. Eso le diría al Señor Presidente hoy, siete meses después. Le diría que yo confío. Que quiero confiar. No he sido irrespetuosa o grosera. Le volvería a decir que, si hubieran sido sus hijos, si sus hijos estuvieran ahora en un cementerio, habría buscado hasta por debajo de las piedras. Necesitamos poner a trabajar a los tres niveles de gobierno. Es su deber acabar con la impunidad.

6

Recuerdo que su voz se quebraba, a veces, al hablar sobre ellos, sobre sus hijos. Recuerdo que no tardaba nada en recomponerse. Una lágrima o dos. Nada que no pudiera limpiar con una servilleta o un rato de silencio. Los ojos,

hacia abajo. La inmovilidad. Luego, en el momento menos pensado, otra vez en el centro de todo, su mirada. Esta cosa abierta. Esta forma de palpar.

Eran buenos muchachos, mis muchachos. Quien diga lo contrario, miente. Vea la casa donde murieron. A media cuadra de aquí. Ahí los reuníamos para que no salieran a otros lados peligrosos. Los cuidábamos desde aquí. Salía a media calle de cuando en cuando para asegurarme, como todas, que estaban bien. No estaban solos. No estaban fuera de nuestro alcance.

7

Recuerdo la pregunta que bajo la lengua llevé guardada hasta llegar a Salvárcar. Algunos argumentan que repetir la historia de la violencia es ahondar en la violencia. Algunos dicen, en su nombre, en nombre de todas las víctimas, que ya es necesario empezar a hablar de las cosas buenas de Ciudad Juárez. Cuando se lo pregunto también le digo que, en mi opinión, su dignidad y su valentía son parte de esas cosas buenas de las que hay que empezar a hablar.

Hay que hablar de lo que está mal porque está mal. Porque si no lo hacemos nunca nadie va a agarrar a los culpables de tantas muertes. Las cosas no están bien aquí. No han estado bien aquí por muchos años. Ahora aquí andan en la colonia construyendo una biblioteca, un dispensario,

un parque. Y eso está bien. Pero todo lo demás sigue igual. No es nada más para ahondar la herida contar todo esto. Es para cambiar las cosas que es necesario cambiar. Hay que trabajar con los tres niveles de gobierno. Es la responsabilidad del presidente acabar con la impunidad.

8

Yo sí hablaría con la esposa del Señor Presidente. Gente suya ha tratado de comunicarse conmigo, pero en la mañana, cuando estoy en el trabajo. Pero yo sí hablaría con ella, así, de mujer a mujer. De madre a madre. Ella debe comprender. Ella podría, tal vez, abrirle el corazón al Presidente. Hacerlo entender que no podemos continuar así. Que es su responsabilidad terminar con la impunidad. Con esto. Para eso es el Presidente. Yo confío. Yo quiero confiar.

9

Recuerdo las luces de los autos en las avenidas nocturnas de Ciudad Juárez. Recuerdo, en ese momento, antes, allá, la manera en que Sandra Rodríguez metía los cambios en su coche. Alguien nos persigue, recuerdo que dijo en algún momento, mirando por el espejo retrovisor. Acelerar es una acción brutal. ¿Ves ese lote vacío? Ahí hubo antes un edificio. ¿Ves ese boquete en la pared? Eso fue hace apenas un mes. ¿Ves esa esquina?

Ahí mataron a un amigo. La ciudad como una estela de cruces. La ciudad como eso que hay que atravesar para llegar a uno de los pocos bares que todavía permanecen abiertos en su zona céntrica. Recuerdo la frase apurar una cerveza mientras apurábamos, en efecto, un par de cervezas y poníamos canciones de Lucha Reyes o Bob Dylan en una vieja rocola. Recuerdo su conclusión, tan básica y brutal como las palabras de Luz María Dávila: la impunidad como el origen del mal. Ya son al menos dos generaciones de muchachos creciendo en un ambiente donde es “natural” presenciar la muerte masiva de mujeres, de hombres jóvenes, de todos. Son ya dos o tres generaciones de hijos que desconocen el lazo con la madre que sale temprano a trabajar y regresa, si es que regresa, muy noche. El lazo del cuidado. El lazo del reconocimiento. El lazo con lo femenino. Mientras ellos sepan que cualquier acción puede permanecer impune, las cosas no van a cambiar, recuerdo esas palabras de Sandra Rodríguez Nieto.

10

No soy periodista, recuerdo haberlo dicho desde el inicio de nuestra conversación. Yo lo que quiero es conocerla; hablar con usted. Y ella, que hace apenas unos días ha recibido entrevistadores de Italia y de España —gente que, según dice, sí puede reportar todo lo que ve y todo lo que oye porque no se quedarán a vivir aquí— ha abierto las puertas de su casa disculpándose porque sólo

nos puede ofrecer un par de tamales, y agua para nes-café. Recuerdo los figurines de cera sobre las servilletas bordadas en punto de cruz. Recuerdo el llavero sobre la pared de la sala. El paraguas colgando de la manija del refrigerador, eso recuerdo. No soy periodista, recuerdo que le repetí a modo de excusa cuando ella sacó las fotografías de sus muchachos y las colocó sobre la mesa y no pude sino echarme a llorar. Podría ser mi hijo, recuerdo haber pensado. Son los rostros de tantos niños y adolescentes y jóvenes con los que me topo a diario en las calles, en los salones de clase. Que el dolor de Luz María Dávila le alcance todavía para consolarme, ofreciéndome una servilleta y su mirada abierta y su mano, esa misma mano que no quiso y no pudo ofrecerle al presidente, me obliga a recomponerme.

Recuerdo mi vergüenza.

Recuerdo cómo volví a respirar.

11

Recuerdo los pasos —pocos, tambaleantes, trémulos— dentro de la casa de la masacre. Recuerdo las figuras de sangre sobre las paredes: manos. Son manos de niños. Manos de muchachos. Manos de humanos. ¿Recuerdo eso? En el camino de regreso, cuando ya hemos pasado frente al personal de seguridad que todavía salvaguarda la casa, frente a las pintas con las que se conmemora a algunos de los caídos, frente a la nueva biblioteca en cuyas

paredes han quedado huellas de las manos coloridas de otros niños, le pregunto a Julio Aguilar cómo le hace. ¿Cómo se hace para sobrevivir en esta ciudad tomando fotos de entre 10 y 14 cadáveres al día? Recuerdo su risa. Julio, en efecto, se ríe. Yo escribo con la luz, dice. Conforme pasa el día me deformedo pero, a veces, cuando algo del paisaje me alcanza a conmover —una nube, una planta, la lluvia— pienso que todavía soy humano. Entonces estoy seguro de que sobreviviré. Yo me voy a morir haciendo esto, ¿sabes? No es por el dinero. Es porque yo escribo con la luz. Por eso.

12

Recuerdo que, al avanzar de regreso por las avenidas anchas y solas de Ciudad Juárez, mientras atravesamos esos boquetes que la violencia y la impunidad fueron abriendo en el tejido urbano de la ciudad, me pregunté por las horas de su domingo. El domingo de Luz María Dávila. Recuerdo la palabra *zozobra*. Recuerdo que la leí, por primera vez, en una novela rusa y la busqué, porque no la conocía, en un diccionario entonces, años atrás: Del lat. *sub*, debajo, y *supra*, encima. 4. Intr. Estar inquieto y desazonado por la inseguridad respecto de algo o por la incertidumbre sobre lo que conviene hacer. Recuerdo que imaginé sus flores, todas las flores de papel que ahora elabora, con las que ahora pasa el tiempo que ya no disfruta con sus hijos. La palabra *zozobra* es un sustantivo femenino. Significa la inquietud, aflicción

y congoja del ánimo que no deja sosegar, o por el riesgo que amenaza, o por el mal que ya se padece. Recuerdo haberla imaginado repitiendo en silencio las palabras que me dijo en voz alta: yo confío. Yo quiero confiar. Señor Presidente, es su responsabilidad.

13

Recuerdo el apabullante cielo azul. El cielo que era un cielo en demasía. Recuerdo las dunas y, sobre las dunas, las flores de un papel muy colorido y, alrededor de las flores, las manos de un domingo largo, muy largo, y alrededor del domingo ese escarabajo lento que sigue arras-trándose sobre la arenisca de Ciudad Juárez.

XIX. UNA RED DE AGUJEROS

Salieron de Ciudad Victoria a las cuatro de la mañana con tal de llegar a Zacatecas a eso del mediodía. Queríamos aprovechar mi participación en un festival, el mítico punto medio que a veces sorprende a la geografía, y el gusto compartido por la ciudad colonial para llevar a cabo una cita ya muchas veces postergada. Hay que aceptarlo: suele llegar el momento en la vida en que ni el facebook ni el twitter ni el messenger bastan para colmar las ganas de verse, como se dice, en vivo. Esa vieja costumbre. Me dio gusto verlos llegar, desvelados pero furibundos. Me dio gusto abrazarlos e iniciar, alrededor de una mesa, la conversación que nos ata desde que nos encontramos por primera vez, años atrás, allá en la tierra de origen que compartimos: Tamaulipas. Pasó muy poco tiempo para que Claudia Sorais Castañeda lo reconociera: venía muerta de miedo. Tanto Marco Antonio Huerta como Sara Uribe, poetas que residen en el puerto de Tampico, lo admitieron de inmediato: ellos también. Ninguno había tenido el ánimo de admitirlo en el coche que manejaba Claudia bajo el cielo norteño, pero cada kilómetro que avanzaban los obligaba a estar despiertos y a guardar silencio. La plática ligera. La sonrisa forzada. La alarma en todo lo demás. Por esos mismos caminos, aunque un poco más al norte, el Ejército había masacrado no hacía mucho a los niños Martín y Bryan

Almanza Salazar, en una acción que permanece impune hasta el día de hoy. Por ejemplo. Por esos mismos caminos asesinaron no hace mucho también a un candidato a gobernador. Por esos mismos caminos, aunque más al este, fueron encontrados hace apenas un par de días los cuerpos de los 72 migrantes masacrados por el Narco. La plática zacatecana no podía evadir los hechos. ¿Están las cosas tan mal como dicen los diarios?, pregunté, refiriéndome al ámbito íntimo del barrio o la familia. Cuando volvieron la cabeza y bajaron la voz para empezar a responder supe que las cosas eran todavía peores.

Los caminos sin ley es el título de un libro de Graham Greene. Se refiere, desde entonces, a México.

Pero éstos fueron, esos mismos caminos de Tamaulipas, los caminos de mi infancia. Y los quiero de vuelta. Por ahí avanzábamos de madrugada o en plena luz, desde Matamoros hasta Tampico, pasando ineludiblemente por San Fernando, para visitar a amigos o parientes. ¿Cuántas veces no salimos tempranito de Matamoros para ir a Reynosa y por ahí cruzar a McAllen? Por las carreteras y, luego, por las brechas ejidales, por ahí manejábamos también para llegar hasta el minúsculo cementerio de Santa Catarina, donde descansan los huesos de los más viejos de nuestros viejos. Íbamos de Tampico a Mante para visitar a una tía en pleno verano: si eso no es el infierno, entonces ¿qué es? Recuerdo la tarde en que viajábamos en la caja de una pick up —el viento en la cara, la primeriza luz de algunas estrellas— justo antes de llegar a San Fernando para cargar gasolina. El cruce en chalán, por ejemplo, de Tuxpan a Tampico. Las colas de coches o de personas en

el puente que une Matamoros con Brownsville. No son los caminos sin ley de Greene; son los caminos de mi familia y de familias como mi familia. Son míos. Son nuestros. Y lo dicho: los quiero de vuelta.

Acabo de retuitear a Elda Cantú, residente fronteriza entre Nuevo León y Tamaulipas: En veinte años contaremos sobre el 2010: Por la noche había tiros y de día íbamos a trabajar. En el camino, bloqueos. Será un mal recuerdo.

No pude contestar un mensaje que escribió Claudia Sorais desde Ciudad Victoria, Tamaulipas: Abrazos virtuales desde este norte que duele.

He leído ya “¿Es esto una fiesta?”, el artículo con el que Sara Uribe cuestiona, desde Tamaulipas, la conmemoración del Bicentenario.

En esto seguimos: una guerra fatalmente fallida contra el Narco. En esto estamos: una respuesta característicamente blanda del presidente ante la masacre de los 72 migrantes.

Por esto y más estuve tentada a unirme a la iniciativa de luto activo lanzada entre la comunidad de facebook. La acción ha sido sencilla pero imponente: se ha tratado de reemplazar la imagen del avatar personal con un recuadro negro. El resultado a primera vista: dramático. A medida que aumentaba el número de participantes, la pantalla se fue convirtiendo en una colección de hoyos negros. Frente a ellos no pude dejar de preguntarme, con las palabras que utilizaran los vencidos frente a una Ciudad de México ya tomada por el enemigo: ¿y será nuestra herencia una red de agujeros?

Otra manera de hacer la misma pregunta es: ¿y me quitaron ya para siempre los caminos de la infancia como a otros los caminos de su porvenir?

Respeto y comparto la indignación que anima la iniciativa del luto activo en internet. A diferencia de los cínicos o los nihilistas, todavía creo que este tipo de acciones producen lo que más necesitamos hoy en día: un sentido y una práctica de comunidad. Un reconocimiento en otros. Me resistí, sin embargo, a cubrir el rostro con el color negro porque creo que eso, borrar el rostro bajo el manto de la oscuridad, es precisamente lo que hace la violencia. El asesino mata antes de apretar las sogas o de dar el tiro de gracia; el asesino mata cuando cubre el rostro del otro con la sábana del silencio o la indiferencia. Contra el pusilánime que nunca da la cara o el corrupto que evita encarar las consecuencias de sus actos, yo prefiero exponer el rostro. Porque, tal como decía Levinas, la cara requiere. La cara clama. La cara, por el mero hecho de existir, precisa de una respuesta: ésta: la presencia. Ya lo decía también Peter Sloterdijk en el primer tomo de *Esferas*: “fue por la apertura del rostro —más que por la cerebralización o la formación de la mano— que el hombre se convirtió en animal abierto al mundo o, lo que importa más aquí, abierto al prójimo”. Así las cosas: mejor dar la cara y obligar a los culpables a encarar los hechos. Mejor abrirnos al rostro del otro, reconociendo su humanidad. Honrándola. El rostro es una puerta. El rostro conecta, sin remedio. Un hacia-afuera: el rostro. Un hacia-ti. Mírame, nos dices.

XX. BAJO LA RESOLANA CON GUILLERMO FERNÁNDEZ

De acuerdo con las estadísticas nacionales, durante marzo de 2012 se registró el número más alto de asesinatos en 10 meses. Según el recuento de *Milenio*, “el total de ejecuciones en lo que va del sexenio asciende a 50 mil 93, de los cuales 3 mil 138 corresponden al primer trimestre de 2012”. En lo que fue calificado como un “repunte significativo de la violencia”, hubo un promedio de 36.8 muertos al día durante el mes de marzo. Uno de ellos, acaecido el último día del mes, fue Guillermo Fernández, el poeta y traductor tapatío que radicaba en Toluca, la ciudad más alta de la República Mexicana, desde hacía una veintena de años. Aunque las condiciones de su deceso todavía no se esclarecen del todo, las escuetas notas periodísticas al respecto hacen hincapié en la violencia del crimen perpetrado de noche, dentro de su propia casa. El sustantivo y el adjetivo: cinta canela. El verbo: maniatado. El punto final: un golpe en la cabeza. ¿Cuántas veces no hemos leído ya descripciones así? Detesto escribir notas sobre amigos o maestros recién fallecidos, sobre todo porque escribir sobre uno tendría que comprometerme a escribir sobre todos, pero en esta ocasión lo hago para unir mi voz a la de tantos escritores y amigos que, ya desde el Estado de México como desde otros estados de la República, han demandado el

esclarecimiento puntual de los hechos y la impartición de justicia. Yo tampoco deseo que este crimen, este otro crimen, quede impune. Yo tampoco deseo que Guillermo Fernández, ni nadie más, se convierta en otra cifra horrorífica en este país que se nos cae a pedazos; ¿no es cierto, Agripina? Yo también pido justicia.

Qué difícil es escribir esto.

No fui, ni con mucho, una amiga cercana de Guillermo Fernández, pero sí tuve el privilegio, como residente esporádica de esa ciudad en las tierras más altas, de convivir ocasionalmente con él. Como bastantes más en la capital de un estado que poca atención le ha puesto a su vida cultural, asistí en algunas ocasiones a los talleres tanto de poesía como de traducción que impartía en la Casa de la Cultura como quien encuentra algo de oxígeno en una zona de aire muy enrarecido. Los que saben lo cruenta que suele ser la vida en ciertas ciudades industriales de la provincia mexicana, deben imaginarse con cierta facilidad el aura de último refugio y el tono de festejo que adquirirían esas reuniones. Conservando siempre y a pesar de los años su posición como recién llegado, Guillermo Fernández contribuyó así a mantener y expandir un medio cultural muchas veces maniatado ya por falta de recursos o ya por rencillas internas. Su ironía, su continuo desmarcarse y, sobre todo, su trabajo constante, propiciaron la aproximación de los más rebeldes hacia los vericuetos de la poesía.

Guillermo Fernández fue, en efecto, un apasionado y devoto traductor del italiano. Como cualquiera que haya leído a Italo Calvino o a Eros Alessi en español, yo también le debo mucho a su labor infatigable, disciplinada, cuidadosa, mal pagada. Pero le debo más. Mi amor por el Xinantécatl, ese Nevado de Toluca que desde hace tiempo insisto en visitar al menos una vez al año, es algo que aprendí en las largas travesías que organizaba Guillermo para oír, en una de las cimas del mundo, su música favorita. Gracias a él también adquirí la bendita costumbre de añadir cardamomo a los granos de café. Fue bastante la música que descubrí o redescubrí gracias a sus sugerencias, pero de entre todas recuerdo horas deliciosas discutiendo en detalle la voz de Lucha Reyes, especialmente su manera de enunciar los versos de “La mensa” —esa canción en que una mujer se vuelve lacia, lacia, lacia. Alguna vez en una charla sobre política llegó a la definición exacta del poder: poder es no poder salir a la calle. Recuerdo que de inmediato tuiteé esa máxima. Nos sacábamos de nuestras casillas con facilidad él y yo pero, para qué más que la verdad, nunca dejamos de hablar en esos encuentros en las tierras altas. Alguna vez llegó a mi casa de Metepec sin invitación, cosa que él rara vez hacía, y se sentó a la mesa (en una esquina de la mesa) y se puso a platicar de su vida. Más que en ninguna otra ocasión, Guillermo fue ahí no el hombre de 80 (o casi) sino esos míticos cuatro jóvenes de 20. Nunca supe qué era verdad y qué no en ese relato que ahora se me confunde con la resolana de la tarde: el niño que se escapa de su casa a los 9 años, el joven que

conoce en persona a Eugenio Montale, el hombre mayor que continuamente descubre que, ante todo, prefiere la soledad y la poesía. Entre una cosa y otra saqué la botella de tequila —hasta donde sé, su bebida favorita. Y lo escuché. Debió haber sido sábado o domingo. Nunca supe por qué hizo aquello; qué lo conminó a tocar a la puerta y, luego, a quedarse. Esa tarde maravillosa y clara, esa tarde que seguramente fue de un sábado de primavera, está toda entera ahora, aquí.

Dentro de esa tarde, bajo su resolana que no cesa, pido como tantos otros que se esclarezcan los hechos y que se haga justicia.

Aquí había unos versitos, maestrín.

XXI. BAJO EL CIELO DEL NARCO

Tuve buenos amigos durante la posadolescencia. Eso lo sabía entonces, en efecto, cuando se trataba de descubrir el mundo e irse a cualquier extremo (especialmente los menos pensados), pero lo sé cada vez más ahora, cuando me descubro citando sus palabras a la menor provocación. Uno de esos amigos memorables dijo alguna vez, por ejemplo, “no es raro que no exista, sino que exista, ¿no crees?”, con la pluma en la mano izquierda y la mirada perdida detrás de una nube gigantesca. Se refería al amor, por supuesto, fenómeno contra el cual escribíamos en ese entonces un largo manifiesto furibundo. La idea había empezado, como tanto en esa época, a raíz de un sesudo chiste. Nos molestaba la cursilería amorosa. La manera en que los nuevos amantes orquestaban los desplantes de su posesión nos causaba una especie de alicaída conmoción interna. La doméstica actitud resignada que, hasta hacía poco, emergía de hombres y mujeres independientes y activos, nos dejaba sumidos en largos trances metafísicos. La repetición cansina de los gestos y las palabras nos condujo a la parodia y, de ahí, entre risas, a la redacción del manifiesto aquel, todavía inédito. La pausa dentro de la cual se produjo la frase (“lo increíble es que siga existiendo”) fue sin duda uno de esos raros momentos que con frecuencia tacho de epifánicos. En efecto, a pesar de que la crítica contra el

amor como lo veíamos existir frente a nuestros ojos era precisa y necesaria y vitriólica, los dos tuvimos la suficiente cantidad de autocritica como para inclinar la cerviz y aceptar lo inaceptable. Maravillados. La frase vino a colación no hace mucho, leyendo las noticias sobre las sangrientas prácticas del Narco en la frontera norte del país. Un día antes había cruzado la frontera de nueva cuenta, internándome en los terrenos de esta plaza que, según los diarios, se sigue peleando el Teo, alias “el Tres Letras”. Recordé que mis amigos (que siguen siendo, por cierto, amigos posadolescentes) ya no salen tanto como antes, prefiriendo las reuniones en domicilios particulares para así evitar, de ser posible, las balaceras. Se me vinieron a la memoria también las tantas y tantas historias que involucraban el secuestro del primo, o del nieto, o del padre. Vi una vez más los ojos preocupados; los puños enhiestos; los rostros ajados. Bajé la velocidad, como me era indicado con un ademán de mano, frente al retén militar que hace cinco años, cuando dejé esta ciudad fronteriza, todavía no se encontraba en el camino que utilizo para llegar a casa. Volví a bajar la velocidad cuando pasó a mi derecha y a toda prisa el convoy de cuatro camionetas con logo de la policía: las sirenas en alto, las luces rojas. ¿Así que esto es vivir en el imperio del Narco?, me dije, más que preguntarme. ¿Así que así se vive en estado de sitio? ¿Así que esto es la guerra?

Cuando finalmente llegamos a casa, nos aseguramos de cerrar bien las puertas. En voz sospechosamente baja, como si temiéramos las represalias de los fantasmas, nos dimos a la tarea de repetir todos los lugares comunes de

la plática norteña: la desaparición del amigo del amigo; los truculentos detalles que animan las vidas de los secuestradores: su falta de empatía, su crueldad sin límites, la forma de su trabajo; el miedo que provoca que el vecino se asome a la ventana para ver, y que lo anima también a correr la cortina una vez visto lo que alcanzó a ver; la corrupción de una policía que está, a todas luces, al servicio del Narco y no del Estado; la corrupción de los políticos. La muerte que, en efecto, tiene permiso. Fue en ese momento que aquella frase epifánica provocada por los modos vulgares del amor vino a la memoria, aunque algo tergiversada (ahora diríamos: intervenida). Después de los miles y miles de muertos que ha producido una guerra iniciada por voluntad presidencial, y sin el permiso de la sociedad, desde 2006, lo raro no es que no exista una sociedad civil organizada y presta a ponerle límites a una clase gobernante a todas luces inepta y torpe, sino que es raro que todavía exista. No es para nada extraño que una buena parte de la sociedad lúcida y pensante haya decidido anular su voto, sino que otros, los más, sigan apostándole, a través del mero acto de ir a las urnas, a la democracia. No es inusual que el miedo nos paralice, sino que también, a veces, provoque las ganas de hablar, y de hacerlo en el volumen más fuerte. No es rara la crueldad, aunque en estos lares y con la cifra de feminicidios creciendo en Ciudad Juárez y otros sitios de la República alcance límites casi impensables, sino que, en ocasiones, no exista.

Eso pensaba exactamente ayer cuando, al desayunar en una pequeña taquería tijuanaense (es decir, de Sonora),

vi llegar a una pareja de adultos, recién bañados ellos, tomados de la mano. Eran amantes, eso se les notaba a la legua, puesto que se miraban de ese modo (y por amantes quiero decir que era evidente que conocían sus cuerpos, no que fueran necesariamente adúlteros). Y, mientras consumían sus alimentos, hablaban en el tono bajo que remite a la intimidad compartida. Se trataban, además, con cortesía. Se daban las gracias. Si mi amigo posadolescente y yo los hubiéramos visto entonces, cuando se nos vino a la mente la idea desparpajada del manifiesto contra el amor, seguramente habríamos escrito otra cosa. Lo raro, en todo caso, me dije en ese momento, no es que bajo el cielo del Narco siga creciendo la saña y la muerte, la corrupción y la crueldad, sino que existan estos dos, aquí, recién bañados, prodigándose el uno al otro con los gestos siempre inéditos, siempre irrepetibles, siempre transparentes, de algo que, si fuera un poco más valiente, llamaría ahora sí, con todas las de la ley, amor.

Escrituras dolientes

XXII. DUELO

Escribí el texto que aparece a continuación hace ya un par de años. Lo cito en extenso ahora porque es lo que llevaré bajo mi brazo mañana, miércoles 6 de abril, cuando, esté donde esté, en realidad camine junto con otros en esa marcha de Emergencia Nacional que emprendemos desde el Palacio de Bellas Artes hasta el Zócalo de la Ciudad de México por nuestros 40,000 muertos. Lo cito en extenso porque no sé de qué otra manera darle mi pésame ni al poeta Javier Sicilia por la muerte de su hijo, Juan Francisco, ni a los otros padres y madres que también se han visto amputados, como bien lo describiera el poeta, de un hijo. Lo cito porque sí, es cierto, tal como lo escribió Sicilia en la carta abierta que publicó la revista *Proceso* el domingo pasado, estamos hasta la madre. Y lo cito también porque, sin embargo, seguimos. Y aquí seguimos.

En “Violence, Mourning, Politics”, uno de los ensayos que componen *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*, un libro reciente de Judith Butler, la autora explora, con la inteligencia que le conocemos, con la preocupación política y rigor filosófico que le son propios, las funciones del duelo en un mundo atravesado por manifestaciones punzantes y masivas de creciente violencia. El evento que desata la preocupación de Butler

no es sólo el 9/11, como son conocidos los ataques a las Torres Gemelas en Estados Unidos, sino la manipulación política, especialmente la de corte bushiano, que se ha propuesto transformar la rabia y el dolor, es decir, el duelo público e internacional, en una guerra infinita contra un Otro permanentemente deshumanizado. De ahí que Butler inicie este ensayo, y lo termine también, con una reflexión acerca de lo humano que, en estas páginas pero también fuera de ellas, se transforma en una pregunta que por concreta no deja de ser enigmática: ¿qué es lo que hace que ciertas vidas puedan ser lloradas y otras no? La respuesta, desde luego, no es sencilla. Aún más: la respuesta invita, de hecho obliga, a entrecruzar y contraponer, lo que ocurra primero, los elementos más íntimos y, por ende, los más políticos de nuestras vidas.

Para entender la dinámica del duelo, Butler propone primero considerar la central dependencia que vincula el Yo y el Tú. Más que relacionales, un término que, aunque adecuado y usual, parece bastante aséptico en este caso, Butler describe esos vínculos de dependencia, esas relaciones humanas, como relaciones de desposesión, es decir, relaciones que están basadas en un acuerdo más que tácito con el pensador Emmanuel Levinas: “en un ser para otro, en un ser en tanto otro”. De ahí que la vulnerabilidad constituya la más básica y acaso la más radical de las condiciones verdaderamente humanas, y que sea imperioso no sólo reconocer esa vulnerabilidad a cada paso sino también protegerla y, aún más, mantenerla. Perpetuarla. Sólo en la vulnerabilidad, en el reconocimiento de las distintas maneras en que el otro me

desposee de mí, invitándome a desconocerme, se puede entender que el Yo nunca fue un principio y ni siquiera una posibilidad. En el inicio estaba el Nosotros, parecería decir Butler, ese nosotros que es la forma más íntima y también la más política de acceder a mi subjetividad.

El duelo, el proceso psicológico y social a través del cual se reconoce pública y privadamente la pérdida del otro, es acaso la instancia más obvia de nuestra vulnerabilidad y, por ende, de nuestra condición humana. Cuando nos dolemos por la muerte del otro aceptamos por principio de cuentas, ya sea consciente o inconscientemente, que la pérdida nos cambiará, acaso para siempre y de formas definitivas. “Tal vez el duelo tenga que ver con aceptar esta transformación”, dice Judith Butler, “(quizá uno debiera decir someterse a esa transformación) cuyos resultados completos son imposibles de conocer con anticipación”. Porque si el Yo y el Tú están vinculados por esas relaciones de desposesión, la pérdida del otro nos “enfrenta a un enigma: algo se esconde en la pérdida, algo se pierde en los descansos mismos de la pérdida”. La pérdida, acaso tanto como el deseo, “contiene la posibilidad de aprehender un modo de desposesión que es fundamental a lo que soy [porque es ahí] que se revela mi desconocimiento de mí, la marca inconsciente de mi socialidad primaria”. Al perder al otro, luego entonces “no sólo sufro por la pérdida, sino que también me torno inescrutable ante mí mismo”. La virtud del duelo consiste, entonces, en posicionar al Yo no como una afirmación y ni siquiera como una posibilidad, sino como una manera de desconocimiento. Un devenir.

Butler mantiene, o quiere creer, que reconocer estas formas básicas de vulnerabilidad y desconocimiento constituye una base, fundamentalmente ética, para repensar una teoría del poder y de la responsabilidad colectiva. Cuando no sólo unas cuantas vidas sean dignas de ser lloradas públicamente, cuando el obituario alcance a los sin nombre y los sin rostro, cuando, como Antígona, seamos capaces de enterrar al Otro, o lo que es lo mismo, de reconocer la vida vivida de ese Otro, aun a pesar y en contra del edicto de Creonte o de cualquier otra autoridad en turno, entonces el duelo público, volviéndonos más vulnerables, nos volverá más humanos. Este tipo de marco teórico, dice ella, podría ayudarnos a no responder de manera violenta al daño que otros nos infligen, limitando, a su vez, la posibilidad, siempre latente, del daño que ocasionamos nosotros.

Mejor conocida por sus reveladores argumentos sobre identidades genéricas como condiciones inestables y performativas, Judith Butler explora en este libro la posibilidad de una ética de la no violencia que no es ni *new age* ni principista ni rígida. Personal, íntima, apasionada y, al mismo tiempo, rigurosa y austera en sus argumentaciones, Judith Butler ha escrito uno de los libros más compasivos e inteligentes sobre el dolor y la justicia en el mundo contemporáneo.

Y termino ahora como termina Butler uno de sus ensayos, diciendo: “Eres lo que yo gano a través de esta desorientación y esta pérdida. Así es como se hace lo humano, una y otra vez, en tanto aquello que todavía no conocemos”.

XXIII. LA ESCRITURA DOLIENTE

Existe una larga tradición de poesía documental en la escritura norteamericana. En el contexto del activismo social que se desarrolló durante la década de los 30 —justo después de la crisis del 29 y al inicio de la Gran Depresión, cuando Roosevelt estableció el pacto que aseguraba la intervención del Estado en la economía nacional mejor conocido como New Deal— algunos poetas se alejaron de la práctica de la lírica íntima o personal para dedicarle especial atención tanto a su entorno social como a las formas utilizadas para implicarse en él. Se trata pues, de una poesía eminentemente política que, sin embargo, no es convencional o simplista. En cuanto a temperamento se refiere, más Nicanor Parra que Ernesto Cardenal, para entendernos en latinoamericano. Más Zurita aunque no en estilo o en método. Se trata de poetas que aprovecharon las prácticas y enseñanzas del modernismo norteamericano —entre ellos la ruptura de la linealidad en la forma— para incluir el documento histórico, la cita textual, la historia oral, el folclore e incluso los anuncios comerciales en la formulación de textos híbridos marcados por una pluralidad de voces y, luego entonces, por una subjetividad múltiple. De acuerdo con el ensayo que Michael Davidson le ha dedicado a la obra *Testimony* de Charles Reznikoff, lo que verdaderamente diferencia a los poetas documentales

de los experimentos con collage y el pastiche propios del surrealismo o del dadaísmo de la época es que los primeros estuvieron interesados en poner en entredicho el récord social que salvaguardan distintas agencias públicas o gubernamentales. Así, continúa Davidson, los documentalistas lograron redirigir el énfasis de los modernistas “de la materialidad del lenguaje estético hacia la materialidad del discurso social”.

Conocidas en español son las grandes novelas sociales de la época, entre ellas las de John Dos Passos. También, aunque distribuidas con menor presteza, los textos y anotaciones y fotografías que componen *Let Us Now Praise Famous Men* (traducido por Círculo de Lectores en 1994 bajo el título *Elogiemos ahora a hombres famosos*), el libro que el narrador James Agee y el fotógrafo Walter Evans publicaron en 1941 con base en las ocho semanas que pasaron en Alabama, entrevistando a los blancos pobres de la región. Menos conocidos son los grandes poemas documentales de Muriel Rukeyser, *The Book of the Dead*; y el ya citado *Testimony*, de Charles Reznikoff. Lejos del gesto imperialista de intentar suplantar la voz de los otros con la voz propia, estos poetas se dieron a la tarea de documentar las luchas y sufrimientos de vastos sectores de la clase trabajadora norteamericana incorporando sus voces tal y como éstas aparecieron en documentos oficiales o en entrevistas orales o en registros del periódico. Rechazando de entrada el papel del poeta gurú que guía visionariamente a los desposeídos, tanto Rukeyser como Reznikoff investigaron y entrevistaron a los directamente involucrados en las luchas y tragedias cotidianas del

capitalismo que les tocó vivir, incorporando luego su testimonio en textos por fuerza interrumpidos, trastocados, intervenidos.

Muriel Rukeyser —traductora alguna vez de Octavio Paz, por cierto— estaba convencida de que el verdadero poema conminaba una “respuesta total” por parte del lector. En *The Life of Poetry*, un libro que estuvo fuera de circulación por más de 20 años antes de volver a ser editado en 1996, Rukeyser afirmaba: “Un poema invita. Un poema requiere. Pero ¿a qué invita un poema? Un poema te invita a sentir. Más que eso: te invita a responder. Aún mejor: un poema invita a una respuesta total. Esta respuesta es total, en efecto, pero se formula a través de las emociones. Un buen poema atraparé tu imaginación intelectual —esto quiere decir que cuando lo atrapes, lo atraparás intelectualmente también—, pero el camino es a través de la emoción, a través de eso que llamamos sentimiento”. Este tipo de poética hace entendible el interés que Rukeyser mostró por la tragedia ocurrida en la construcción de una planta hidroeléctrica en Virginia del Oeste, más específicamente en el puente de Gauley. Ahí, bajo la tierra, un grupo de mineros que, obedeciendo órdenes, rompían la roca que impedía el paso, contra la silicosis que los mataría en grandes números. *The Book of the Dead*, publicado en 1938, se hace cargo de este evento: lo registra, lo cuestiona, lo trae al caso, lo exprime, en resumen: se duele. Aún más: se conduce. Algo similar hizo Reznikoff, quien a la manera del nuevo historiador social o cultural, se sirvió del lenguaje registrado en los litigios legales para enjuiciar tanto el

capitalismo como el sistema de jurisprudencia de sus tiempos en *Testimony*, publicado en 1934.

Aunque la poesía contemporánea norteamericana parecería dominada ya por la devoción a la epifanía íntima de convencionalidad o ya por el apego al experimento lingüístico de la era *post-language*, existe, contra toda probabilidad, un espacio para el poema documental. Acaso este legado modernista sea más evidente en el trabajo poético y político de Mark Nowak. En su reciente *Coal Mountain Elementary* (Coffee House Press, 2009), Nowak une esfuerzos con el fotógrafo Ian Teh para documentar las extremas circunstancias en las que viven, y mueren, los trabajadores de minas de carbón de Estados Unidos a China. Evitando su propia voz y a manera de DJ, Nowak samplea textos de periódicos en los que ha quedado registrada la voz de los dolientes, párrafos de documentos oficiales de las empresas en cuestión, y hasta lecciones escolares incluidas en un libro de texto acerca de ciertas actividades cotidianas de los mineros. Así, en un trabajo de yuxtaposición constante, Nowak logra arrebatarse el sello de “naturalidad” al lenguaje oficial, cuestionando ampliamente las relaciones de explotación que dominan el trabajo de los mineros de hoy.

Escribo estas notas todavía bajo el impacto de la masacre de Ciudad Juárez, donde hace apenas unos cuantos días un comando aún sin identificar asesinó a 15 estudiantes que participaban de una fiesta. Escribo estas notas como una doliente más en esta guerra que nos ha sido impuesta, sin consulta alguna a la ciudadana. Y como tal, como doliente y como escritora y como

ciudadana, me pregunto qué podría la escritura si pudiera algo ante tanta y tan cotidiana masacre. Si la pregunta fuera cómo incidir sin pretender arrebatarse la voz, cómo expresar sin caer en la reificación del dolor, acaso las lecciones de esta poesía documental podrían servir de algo. Si la escritura pudiera, se entiende. Si pudiese.

XXIV. ESCRIBIR CONTRA LA GUERRA

No hay pocas escenas de horror y sangre en la crónica gráfica que Joe Sacco publicara en 2001 sobre la guerra en el este de Bosnia, especialmente sobre la manera en que ésta se desarrolló en Gorzade, un pequeño poblado enclavado en el valle de Drina y cuya población fuera predominantemente musulmana y serbia. En el recuento crítico de la guerra durante el álgido periodo que va de 1992 a 1995 aparecen, naturalmente, las escenas de hambre y creciente desesperanza que fueron marcando la región, así como los recuadros en los que se da cuenta de los tiroteos nocturnos que pronto se convertirían en diurnos y, luego, en permanentes. Están las aguas ensangrentadas de un río, el Drina, cuyo nombre se convertiría luego en el nombre de los cigarrillos que calmaban los nervios y servían también como moneda de cambio. Narradas a veces en la voz de la primera persona que le pertenece a los testigos presenciales y a los sobrevivientes, pasan por estas páginas llenas por igual de dibujos y de palabras, las vergonzosas masacres de Foca y Srebrenica. Las violaciones masivas de mujeres, los cuerpos descuartizados de hombres y niños, los hospitales donde se operaba, cuando se podía, sin anestesia: todo eso está en el libro.

Pero tal vez no hay cosa más escalofriante en estas páginas traspasadas por las marcas más atroces de la

guerra que cuando los personajes, habitantes comunes y corrientes de Gorzade, empiezan a contar, más con estupor que con verdadera rabia al inicio, más con el horror que no pocas veces conduce a la incredulidad que al deseo de venganza, cómo fueron reconociendo las caras de sus vecinos en los cuerpos de sus atacantes. Y digo que tal vez no haya cosa más escalofriante porque es ahí, en ese cruel reconocimiento, que los lectores de este libro maravilloso y horrendo, humano y atroz, finalmente nos damos cuenta de lo que significa vivir en guerra, hacer la guerra, sufrir la guerra en el día con día.

De manera por demás sintomática, es en el capítulo intitulado “Vecinos” que la madre de Edin, el amigo-informante que es el Virgilio a cargo de llevarnos tanto a Joe como a sus lectores por los intrincados caminos de Gorzade durante estos años tan difíciles, comienza a mencionar los nombres de los rostros de sus vecinos serbios en una filmación casera. La mujer recuerda ahí, en un par de recuadros que privilegian un rostro ya cruzado de arrugas, cómo solían tomar café en sus casas o cómo celebraban sus navidades ortodoxas o, incluso, cómo asistían a sus bodas. “Cuando los serbios se acercaron como a 50 metros”, admite otro mientras, asomado apenas detrás de un barandal, reconoce a lo lejos a un soldado perpetrado bajo el dintel de una puerta, “reconocí a mi vecino. Uno de ellos había pasado mucho tiempo con mi hijo más joven, mucho tiempo en mi casa... haciendo la tarea, con mi hijo”.

“La cosa más espantosa y aterradorante del fascismo”, detalla Christopher Hitchens en la introducción de este

libro, “es que sólo toma unos cuantos gestos (la cabeza de un cerdo en una mezquita, el rumor de un niño secuestrado, una provocación armada en una boda) deshacer lo que el trabajo comunal ha hecho por generaciones enteras”. Y añade: “Pero normalmente los fascistas no tienen las agallas para llevar a cabo este trabajo por sí solos, necesitan el apoyo de sus superiores o la ayuda de un poder externo, y necesitan saber sobre todo que la ley, ya sea definida nacional o internacionalmente, será una broma a expensas de sus víctimas”. De acuerdo con Hitchens, estas tres indulgencias fueron garantizadas en Bosnia durante los años del monumental conflicto. Así fue como los vecinos olvidaron a los vecinos y se encerraron en su terror. Así también fue como representantes del Estado, originalmente elegidos para servir y salvaguardar el bienestar de los ciudadanos, eligieron una alharaca nacionalista, enunciada aquí en términos étnicos, para demostrar que tenían la razón en lugar de gobernar. Así fue como el trabajo de generaciones enteras en eso que hacemos bien en llamar vecindario o, más generalmente, comunidad, fue disolviéndose en un río (y esto no es metáfora) de sangre y de impunidad.

Si algún lector cree que me he equivocado y, en lugar de hablar de Gorzade a finales de siglo xx, estoy hablando de México a inicios del XXI, debo decirle que no ha cometido un error. La historia que Joe Sacco va desarrollando en textos bien informados, diálogos delirantes y verosímiles (tal vez verosímiles por delirantes), y dibujos precisos, de gran poder evocador, es, en efecto, sobre la guerra en el este de Bosnia, pero es sobre todo, de ahí

el paralelismo, sobre La Guerra, así, con las mayúsculas de las minúsculas. Difícil no asociar el hambre de poder, el cinismo y cerrazón de los gobernantes, el reino imperante de la corrupción y la impunidad, con los hechos que forman la realidad del país donde nació. No son gratuitos los consejos de no viajar por carretera, ni las sugerencias, sobre todo en ciertas ciudades del norte, de no salir a cenar en lugares públicos ni mucho menos a bailar o divertirse. No son exageraciones lo que cuentan en voz baja los parientes que nos visitan desde esas ciudades fronterizas: ya se puede cruzar ciertas brechas, y el olor a cuerpos chamuscados de las tierras de adentro no es tan obvio, pero nada se ha calmado. No es exceso de cariño ni proclividad por el melodrama lo que provoca que cada despedida vaya precedida de un cuídeseme mucho y el abrazo del que no está seguro que esto, este abrazo, volverá a suceder.

¿Cuántos recuerdan todavía lo que sucedió en Bosnia? ¿A cuántos les estremece aún el nombre de Srebrenica? Mi temor es que, sin un registro de los testimonios de esta guerra mal llamada contra el narcotráfico, sin un gran archivo que resguarde las voces de las víctimas de la guerra con la que el gobierno de México decidió unilateralmente iniciar el siglo, en algunos años no sólo habremos de olvidar las masacres y el dolor, sino también, acaso sobre todo, ese trabajo de generaciones enteras —ese trabajo amoroso y rutinario, dialógico y constante— que cuesta formar la comunidad que bien hacemos en llamar vecindario. Escribir es un estremecimiento también. Y es algo nuestro.

XXV. ENARGEIA

En *Memorial. An Excavation of the Iliad*, la poeta británica Alice Oswald se deshizo de unos siete octavos del texto de Homero para rescatar así, fósiles en vivo, las muertes de aproximadamente 200 soldados, todos perecidos en la guerra de Troya. Se trata, a decir de la poeta misma, de una re-escritura que intenta rescatar la *enargeia*, esa “luminosa, insoportable realidad” del poema homérico. Se trata, luego entonces, en primera instancia, de un saqueo. La poesía mira de reojo a las líneas del texto y, escalpelo en mano, extirpa del marasmo de datos y de anécdotas, el momento único e indivisible en que un ser humano pierde la vida. Eso es la guerra, después de todo; de esto se trata la guerra: de cómo seres humanos de carne y hueso pierden la vida de forma violenta. Armada, pues, con los instrumentos de la poesía, Oswald le arrebató esa pérdida que es la muerte a la acumulación de datos o de sangre que, con tanta frecuencia, conduce a la indiferencia o la insensibilidad o a las lecturas de corrido. Si “la pena es negra”, si está “hecha de tierra”, si se “mete en las fisuras de los ojos / y deposita su nudo en la garganta”, lo que este largo poema se lleva sobre el hombro, no a hurtadillas para que no se note, sino aparatosamente, para volverla más visible, es a la muerte en sí, a la muerte sola: la muerte oscura, anónima, violenta, de la guerra.

Ahí está, en la excavación poética de Oswald, en el duelo en el que nos invita a participar a través del tiempo y a lo largo del espacio, iridiscente para siempre, la muerte de Protesilaus: "...el hombre reconcentrado que se internó aprisa en la oscuridad / con cuarenta barcos negros, dejando atrás su tierra", el que "murió en el aire, mientras saltaba para llegar primero a la costa". Y está también, en el gerundio de la eternidad, la muerte de Iphidamas, "el muchacho ambicioso / A la edad de dieciocho a la edad de la imprudencia", el que incluso "...en su noche de bodas / Parecía traer puesta la armadura", el "[A]rrogante peón de campo que fue directo por Agamenón", y que cayó "doblado como plomo y perdió". Y está Coon, su hermano, el hermano de Iphidamas: "Cuando un hombre ve a su hermano caído sobre el suelo / se vuelve loco, aparece corriendo como de la nada / atacando sin ver, así es como murió Coon". La cabeza separada de su cuerpo por la espada de Agamenón: "...y eso fue todo / Dos hermanos asesinados en la misma mañana, por el mismo hombre / Esa fue su luz que aquí termina".

Uno tras otro, así van cayendo los 200 soldados de los relatos homéricos. Uno tras otro, en versos ceñidos, con frecuencia coronados por el canto repetido de un coro, mueren otra vez. Y otra. Ahora bajo la luz de un sol contemporáneo, justo frente a nuestros ojos. Un memorial también es un ruego. ¿Era necesario que murieran de nueva cuenta? La respuesta es: sí. ¿Era necesario tallarse los ojos una vez más y dolerse? La respuesta es: sí. Cuando nos dolemos por la muerte del otro aceptamos, argumentaba Judith Butler en *Precarious Life. The Powers*

of Mourning and Violence, que la pérdida nos cambiará, con suerte para siempre. El duelo, el proceso psicológico y social a través del cual se reconoce pública y privadamente la pérdida del otro, es acaso la instancia más obvia de nuestra vulnerabilidad y, por ende, de nuestra condición humana. Por esta razón bien podría constituir una base ética para repensar nuestra responsabilidad colectiva y las teorías del poder que la atraviesan. Cuando no sólo unas cuantas vidas sean dignas de ser lloradas públicamente, cuando el obituario se convierta en una casa plural y alcance a amparar a los sin nombre y a los sin rostro, cuando, como Antígona, seamos capaces de enterrar al Otro, o lo que es lo mismo, de reconocer la vida vivida de ese Otro, aun a pesar y en contra del edicto de Creonte o de cualquier otra autoridad en turno, entonces el duelo público, volviéndonos más vulnerables, tendrá la posibilidad de volvernos más humanos. Por eso, aunque Protesilaus haya estado “bajo la tierra oscura ahora ya por miles de años”, es necesario acudir. Es preciso acudir a su cita con la muerte y compartir, después, el duelo. Es necesario re-leer, por ejemplo, lo re-escrito por Oswald para actualizar la muerte que pasó y pueda así volver a pasar frente a nuestros ojos, sobre nuestras manos para que, eventualmente, ya no pase más. ¿Cuántas veces al día olvidamos que somos, por principio de cuenta y al final de todo, mortales?

Azuzada por la guerra calderonista que cuenta ya con algunas 80 mil muertes en su haber, la nueva poesía política que se escribe en México se plantea ésta y otras angustiantes, incómodas, urgentes, preguntas. Son

preguntas estética y políticamente relevantes. Están ahí en el poema “Los muertos”, de María Rivera, pero también en la excavación que Hugo Harcía Manríquez hizo del Tratado de Libre Comercio en su *Anti-Humboldt*. Están en los *Hechos diversos*, de Mónica Nepote, y en *Querida fábrica*, de Dolores Dorantes. Están en “Di/sentimientos de la nación”, de Javier Raya y en *Antígona González*, de Sara Uribe. Están en muchos de los poemas incluidos en *País de sombra y fuego*, la antología que editó el poeta tapatío Jorge Esquinca. Todos ellos, toda esta *enargeia*.

XXVI. SEGUIR ESCRIBIENDO

Porque nos volvemos sociales en el lenguaje. Mi yo de ti.
Tu tú mío de mí. Nuestro ustedes de ellos.

Porque la escritura, por ser escritura, invita a considerar la posibilidad de que el mundo puede ser, de hecho, distinto.

Porque el mecanismo secreto del texto es la imaginación.

Porque aquí se extiende una manta donde claramente se lee “el lugar de la escritura es también allá afuera, justo frente a tus ojos, en el espacio público de tus pasos y de la imaginación”.

Porque la imaginación es otro nombre de la crítica y, éste, el otro nombre de la subversión.

Porque el que escribe no se adaptará jamás.

Porque acaso el ser de la escritura no consista más que en dar la cara y, de ser necesario, en ofrecer la otra mejilla. La poesía no se impone, decía Paul Celan, se expone. Pero ésas son cosas menores. Porque encarar, es, sobre todo, encarar a la muerte. Colocarse en pos de lo

desconocido o, lo que es lo mismo, lo oscuro. En esa actitud ética y estética de la exposición que abre y, al abrir, vulnera, ahí donde surge con singular apremio la certeza de que la muerte, independientemente de su circunstancia, es una violencia, ahí, en ese camino, tanto el rostro como la poesía van solos. Están solos. Por eso también.

Porque la memoria.

Porque la escritura nos enseña que no hay nada “natural”. Las cosas están más cerca de lo que parecen, eso dice también la escritura.

Porque a través de ese artefacto rectangular que es el libro nos comunicamos con nuestros muertos. Y todos los muertos son nuestros muertos.

Porque la oración produce la memoria donde habitarán para siempre los nombres de Marco y José Luis Piña Dávila, Ciudad Juárez, Chihuahua, enero 30, 2010.

Porque el contorno de la página es también el límite de lo real.

Porque aquí hay una manta donde se lee “diles que no me maten”.

Porque pertenecer es algo que hago a través de ti, oración.

Porque hay un abismo al final de cada línea por la que vale la pena despeñarse. O lanzarse. O desaparecer.

Porque mira cómo se arranca de sí el verbo arrancar.

Porque también es lo que escribiríamos en caso de que escribiéramos.

Porque, en su quehacer de palabra, cada palabra cuestiona las costumbres de nuestra percepción.

Porque una línea es una imprecación o un rezo.

Porque el terror se detiene ahí donde se detiene, inscrita, la palabra terror.

Porque hay voces que vienen de lejos, de abajo, de más allá.

Porque utilizar el lenguaje o dejarse utilizar por él, eso es una práctica cotidiana de la política. Trastocar los límites de lo inteligible o de lo real, que eso y no otra cosa es lo que se hace al escribir, es hacer política. Independientemente del tema que trate o de la anécdota que cuente o del reto estilístico que se proponga, el texto es un ejercicio concreto de la política. Mi mano, sobre todo la izquierda aunque también la derecha, es pura política. Pues eso.

Porque dentro del libro siempre saludo al extraño que conozco tan bien.

Porque la oración produce la memoria donde habitará para siempre el nombre de Lucila Quintanilla, Monterrey, Nuevo León, octubre 6, 2010.

Porque todo empieza, en efecto, con un signo.

Porque un párrafo es un deporte extremo.

Porque se necesitan palabras para decir Yo no le doy la mano, Señor Presidente. Yo no le doy la bienvenida.

Porque el lenguaje es una forma del No que siempre nos lleva a otra parte; sobre todo a esa otra parte impensada de nosotros mismos.

Porque es sólo a través de la escritura que se funda el aquí. Porque el ahora.

Porque “mientras la violencia invade y adquiere formas inauditas, la lengua contemporánea tiene una dificultad para darle nombres plausibles: Martín y Bryan Almanza: Nuevo Laredo-Reynosa-Matamoros, abril 2010”.

Porque en el rectángulo de la página me alimento y sueño y me zambullo y muero. Porque ahí, también, renazco. Renacemos.

Porque la palabra esquirra, la palabra soldado, la palabra impunidad.

Porque esto es una forma, la más definitiva, del plural.

Porque aquí hay una manta donde está la historia de la mujer que elabora flores de papel para llevarlas al cementerio cada fin de mes, esperando a la justicia, conminando a la justicia.

Porque ante las preguntas: ¿vale la pena levantarme en la mañana temprano sólo para seguir escribiendo? ¿Puede la escritura, de hecho, algo contra el miedo o el terror? ¿Desde cuándo una página ha detenido una bala? ¿Ha utilizado alguien un libro como escudo sobre el pecho, justo sobre el corazón? ¿Hay una zona protegida, de alguna manera invencible, alrededor de un texto? ¿Es posible, por no decir deseable, empuñar o blandir o alzar una palabra?, mi respuesta sigue siendo Sí.

Porque sí es una palabra diminuta y sagrada y salvaje al mismo tiempo.

Porque, francamente, no sé hacer otra cosa.

Porque aquí hay una manta donde se lee “somos un país en duelo”.

Porque dentro de estas palabras siguen palpitando los nombres de los 41 niños que murieron en la Guardería ABC, en Hermosillo, Sonora, 2009.

Porque qué. Y porque sí. Y pues éstos.

Porque yo no olvido. Porque no olvidaré. Porque no olvidaremos.

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Cavarero, Adriana (2009). *Horrorismo: Nombrando la violencia contemporánea*. México: Anthropos.

Grüner, Eduardo (2005). *El fin de las pequeñas historias: de los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.

Rancière, Jacques (2010). *El espectador emancipado*. Castellón: Ellago ediciones.

LOS SUFRIENTES

I. LA RECLAMANTE

López Velarde, Ramón (1944). *La suave patria*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Zacatecas.

II. AGENCIA TRÁGICA

Sontag, Susan (2003). *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara.

Williams, Raymond (2006). *Modern Tragedy*. EUA: Broadview Press.

III. DIARIO DEL DOLOR DE MARÍA LUISA PUGA

Kleinman, Arthur, Das, Veeny. Lock, Margaret (1997). *Social suffering*. Berkeley: University of California Press.

Morris, David B. (1991). *The Culture of Pain*. Los Ángeles: University of California Press.

Puga, María Luisa (2004). *Diario del dolor*. México: Conaculta / INBA, Universidad del Claustro de Sor Juana / Alfaguara.

Scarry, Elaine (1999). *The Body in Pain*. Nueva York: Oxford University Press.

IV. LA VIOLENCIA Y EL DOLOR

Sontag, Susan (2003). *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara.

V. 2501 MIGRANTES DE ALEJANDRO SANTIAGO

Marx, Karl (2001). *Escritos económicos y filosóficos*. España: MIA.

¿QUÉ PAÍS ES ÉSTE, AGRIPINA?

VI. LA GUERRA Y LA IMAGINACIÓN

Ahmed, Sarah (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. New York: Routledge.

Azuela, Mariano (1960). *Los de abajo*. México: FCE.

Campobello, Nellie (2005). *Cartucho*. México: Era.

Desai, Kiran (2006). *El legado de la pérdida*. Barcelona: Salamandra.

Molina Enríquez, Andrés (1909). *Los grandes problemas nacionales*. México: Carranza e Hijos.

VII. EL ESTADO SIN ENTRAÑAS

Forrester, Viviane (1998). *El horror económico*. México: FCE.

X. ¿QUÉ PAÍS ES ÉSTE, AGRIPINA?

Rulfo, Juan (1986). *El llano en llamas*. México: FCE.

BAJO EL CIELO DEL NARCO

XVI. LA GUERRA QUE PERDIMOS

Cavarero, Adriana (2009). *Horrorismo*. México: Anthropos.

Scherer García, Julio (2010). “En la guarida de El Mayo Zambada”. *Proceso* (3 de abril de 2010).

XVII. LAS NEO-CAMELIAS

Pérez Reverte, Arturo (2002). *La Reina del Sur*. Madrid: Alaguara.

XIX. UNA RED DE AGUJEROS

Greene, Graham (2007). *Los caminos sin ley*. Barcelona: Edhasa.

ESCRITURAS DOLIENTES

XXII. DUELO

Butler, Judith (2004). *Precarious Life. The Powers of Mourning and Violence*. Nueva York: Verso.

XXIII. LA ESCRITURA DOLIENTE

Agee, James (2008). *Elogiemos ahora a hombres famosos*. Barcelona: Planeta.

Nowak, Mark (2009). *Coal Mountain Elementary*. Minneapolis: Coffee House Press.

Reznikoff, Charles (1965). *Testimony*. Nueva York: New Directions.

Rukeyser, Muriel (1938). *The Book of the Dead*. Nueva York: Covici Friede.

XXIV. ESCRIBIR CONTRA LA GUERRA

Sacco, Joe (2001). *Gorazde, Zona Protegida*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2015 en la ciudad de Oaxaca, a 8 meses de la “desaparición” de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa. Como dice Jaime Martínez Luna, en un tono similar al de Judith Butler, es urgente reconocer los lazos de dependencia que nos unen a los otros, o como decía Emmanuel Levinas, reconocer que yo solo soy en tanto otro. Entonces, podremos dolernos, condolernos, conardernos, e imaginar que el mundo podría ser radicalmente otro. Vivos se los llevaron. Vivos los queremos.

Cuando todo enmudece, cuando la gravedad de los hechos rebasa con mucho nuestro entendimiento e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí, dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante, el lenguaje del dolor.

De ahí la importancia de dolerse. De la necesidad política de decir "tú me dueles" y de recorrer mi historia contigo, que eres mi país, desde la perspectiva única, aunque generalizada, de los que nos dolemos. De ahí la urgencia estética de decir, en el más básico y también en el más desencajado de los lenguajes, esto me duele.

Lo único cierto es que, luego de la parálisis de mi primer contacto con el horror, opto por la palabra. Quiero, de hecho, dolerme. Quiero pensar con el dolor, y con el dolor abrazarlo muy dentro, regresarlo al corazón palpitante con el que todavía tiembla este país. Frente a la cabeza de Medusa, justo ahí porque es ahí donde el riesgo de convertirse en piedra es más verdadero, justo ahí decir: aquí, tú, nosotros, nos dolemos.

Cristina Rivera Garza

2a. Edición